



S E A L T I E L

ALATRISTE



Quien sepa de amores



Lectulandia

Ésta es la historia de un amor que no por comenzar como una furiosa atracción sexual es, a la postre, menos sublime o melodramático. Siendo el narrador amigo del protagonista —incapaz por esta misma condición de compadecerse o apiadarse de él—, el acoso de Marina Campollo de Anchondo aparece como una sucesión de lances sexuales regocijantes — para quien no los padece, por supuesto—, siempre interrumpidos a punto de su culminación. El encuentro decisivo, con la satisfacción plena de todas las expectativas a que el diferimiento autoriza, es el preludio a una separación aún más cruel que aquel suplicio de Tántalo, y la desolación del héroe prepara un reencuentro de apoteosis y un final trágico.

Quien sepa de amores es la segunda de una trilogía de novelas no seriadas —la primera es *Por vivir en quinto patio* (1985)— que bajo el título genérico de «Cineteca Nacional» se propone recuperar para la literatura el ancho caudal de imágenes, mitos y conductas de la canción romántica y la época de oro del cine, asumidos como señal de identidad por una generación de límites imprecisos. La apuesta narrativa —acción ininterrumpida y tono desenfadado que encubren la exploración del sentimiento trágico de la vida — prueba una vez más su robustez.

Lectulandia

Sealtiel Alatríste

Quien sepa de amores

ePub r1.0

Titivillus 17.04.2018

Título original: *Quien sepa de amores*

Sealtiel Alatraste, 1990

Fotografía del autor: Edna Rivera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Gabriela y Mariana, por todas las ilusiones y el cariño.
Para Cecilia que los ha compartido con nosotros.
Para las tres, esta variación del mito femenino; y para Edna, que,
contándome barbaridades, lo inspiró.

Quien sepa de amores que calle y comprenda,
que me dejen solo, sufriendo en silencio
mis penas de amores. Si yo soy dichoso teniéndote
cerca, qué le importa a nadie, si eres luz y sombra
de mi corazón, ¡ayyy! si eres luz y sombra,
de mi corazón.

Bolero de Rafael Cárdenas y Rubén Fuentes, en la inimitable voz de José Feliciano.

Casi siempre lo que transcurría
en la pantalla era para mí, la vida
y el teatro; el público y las lunetas,
eran la zona espectral que no
tenía ninguna consistencia:
como en las sesiones espiritistas,
los seres eran las sombras.

Dice Guillermo Cabrera Infante, en esa suerte de autobiografía que se llama La Habana para un infante difunto.

NOTA AL LECTOR

Yo sé que a muchos les parecerá que esta memoria quiere refutar el libro que Jeudiel Alatorre publicó bajo el título de *Por vivir en quinto patio*, o sea, las cartas que Enrique Guerra le escribió a su tío, don Gustavo Rodríguez. Nada tan alejado de mi propósito. Es verdad que, en su momento, me opuse a su publicación porque me pareció que era evidente que su autor no hubiera estado de acuerdo con que se diera a conocer algo que no estaba destinado al público, y que incluso dije que me parecía inmoral que tanto el Jeo como su tío lo hicieran. A nadie que las haya leído le podrá caber la menor duda que Enrique Guerra se hubiera sentido avergonzadísimo de que todo mundo se enterara de su vida privada. Pero todo eso, lo que pasó y se discutió, ya no es de mi incumbencia. Lo mío, ya que ellos publicaron la correspondencia, tiene objetivos y razones distintas que, creo, están suficientemente justificadas en las siguientes páginas. Simplemente quiero dejar constancia que nada tengo que ver con la publicación de *Por vivir en quinto patio*, y que mi escrito, si vale, es totalmente original y, en cierta forma, independiente del anterior. Si en aquel fui un personaje involuntario, en este me precio de ser su autor.

ISAAC, EL VIKINGO SELIGSON

Ahora ya nunca vamos a saber por qué Enrique Guerra inventó la patraña para justificar su divorcio, si todos supimos desde el principio que éste se debió a que Laura, su esposa, se enteró del enredo que tuvo con Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera. Es cierto que renunció a su trabajo en Sears Tlalpan, y que le fingió a Laura la historia de su cansancio metafísico de las finanzas (por llamar de algún modo a su crisis vocacional); y, también, que le hizo el tango de su creatividad desperdiciada, de que su talento estaba todavía virgen, y todo el merequetengue que fue bien conocido por todos nosotros; pero de ninguna manera fue porque se le hubiera aparecido el espectro de Emilio Tuero, ni siquiera fue para ir a trabajar a la Cineteca Nacional, como quiso hacérselo creer; esto vino después, gracias a que el Jeo Alatorre se compadeció de él. Si Guerra renunció a su empleo fue porque se le presentó la oportunidad de trabajar de creativo en una agencia de publicidad, y de ninguna manera porque se le hubiera removido la vocación de investigador cinematográfico; y si se tuvo que separar de su esposa, fue por caliente y no porque le hubiera entrado el patatús de la honestidad; éstas, como muchas otras, fueron viles mentiras que le contó a don Gustavo Rodríguez Alatorre, el conocido productor de cine, tío del Jeo. Ahora que, como ya dije, nunca vamos a saber con certeza las razones que tuvo para inventar sucesos tan descabellados como los que describió en sus cartas: ¿le dio vergüenza lo que vivió con la Güera Anchondo?, ¿fue por las fotos pornográficas que les tomaron?, ¿por no herir la sensibilidad de Laura?, ¿por no pasar a la historia como un simple cogelón y mujeriego? Solamente especulaciones, especulaciones y nada más. Sin embargo, la historia tal y como yo la viví, tal y como he podido reconstruirla, tal y como el mismo Guerra me la contó, es como sigue:

Resulta que un día, en una reunión de ejecutivos para crear un departamento de modas en Sears, Enrique dijo algo que cambió el rumbo de su vida:

—Pongámosle un nombre con faltas de ortografía —comentó sonriente—. Qué tal ROPPA AKTUAL, con doble pé y ka de actual.

Al principio todos dudaron que el futuro departamento, con un nombre así, tuviera gancho comercial, pero cuando el director dijo que le parecía una sugerencia genial, se decidió seguir la idea de Guerra. Ése fue el principio de su carrera creativa, y el principio, también, de su debacle emocional.

El gerente de la agencia Publicidad Solar, don Salvador Mendieta, que había estado presente en la reunión, y que se encargaría de la realización de los displays para el nuevo departamento, lo llamó dos días más tarde para sondearlo. Mendieta era un hombre chiquito, de pelo escaso, anteojos de aro redondo, y nariz picuda: el arribista clásico, con pinta de comerciante de la vieja Lagunilla, que había llegado a la publicidad por un olfato innato para husmear los buenos negocios y descubrir a las personas de las que se podía servir para realizarlos. Desde que vio a Guerra, en la junta de Sears, se dio cuenta que estaba frente al hombre preciso para explotar a gusto, y que lo único que faltaba era tirarle la carnada para que él sintiera que a su lado lo esperaba un futuro prometedor.

—Me gustaría verlo, lic Guerra —le dijo Mendieta por teléfono, con la voz lúgubre, de película de suspenso, con la que adornaba todas sus frases—. Me parece que está usted perdiendo el tiempo en esa compañía. La publicidad es su futuro, mi amigo. La publicidad.

Mendieta había quedado tan impresionado con las extravagancias de Enrique Guerra, con el desparpajo con el que había lanzado su descabellada idea (aún a sabiendas que, dada la concepción que tenían los ejecutivos de Sears de lo que era la promoción, se jugaba el puesto), que sin dudarle tantito le pidió que se fuera a trabajar con él a su agencia.

Guerra, que tenía compulsión por rendirse al primero que lo halagara, vio en Mendieta al hombre que lo liberaría del yugo de una chamba que lo tenía hasta las criadillas. Llevaba ya muchos días con un deseo reprimido, y una voz interna que lo andaba chingue y chingue con un sonsonete repetido: «Cambia, cambia, cambia». Enrique Guerra nunca fue un hombre de decisiones rápidas, pero vio en esa propuesta de trabajo una solución inmejorable a una larga temporada de malestar, y aceptó enseguida sin preguntar siquiera por el sueldo. Por la cabeza de ninguno de los dos pasó que iban a sostener una relación escabrosa, y a los pocos días Guerra estaba instalado en su privado de Publicidad Solar, con un letrerito en la puerta que lo anunciaba:

LIC. ENRIQUE GUERRA CREATIVO

Su primer trabajo fue la invención de un anuncio que resultó de tal manera exitoso, que parecía indicar que Guerra sería un fenómeno en el mundo de la publicidad, pero que no fue otra cosa que una prueba más de que su destino estaba marcado, pues por un lado le dio mucho prestigio y dinero; pero, por otro, lo condujo al dilema sentimental que fue crucial en su vida; y todo para que acabara perdiendo el trabajo que lo iba a sacar de lo que él llamaba su «miseria intelectual».

El bendito anuncio fue aquel tan famoso que se hizo para el lanzamiento de las toallas sanitarias *Support*, con dodecaedros absorbentes. En una sesión del Consejo Creativo (donde asistía el mismísimo dueño de la empresa que fabricaba las toallitas), Guerra dijo que esos comerciales en los que las mujeres bailotean como locas por el campo, para darle a entender al auditorio que la menstruación les importa un bledo, en realidad constituían una agresión contra el maltrecho metabolismo de mujer menstruante (dijo, literalmente: «Son una flagrante incomprensión del temperamento reglar», y aunque nadie entendió a qué se refería, lo escucharon en silencio); agregó que había que ser muy güey para no darse cuenta que «las féminas» e sentían humilladas. «Lo que ellas quieren es verse comprendidas, aceptadas en su intimidad. Quieren algo que les dé fuerza y no que minimice su, ya de por sí, madreado estado físico. Si todos sabemos que se sienten chinchas, ¿cómo las vamos a comparar con

mujeres tocando la pandereta?». Guerra estaba desconocido: gesticulaba, manoteaba, hablaba a los gritos, mirando provocadoramente al famoso industrial que solicitaba su consejo. Los ejecutivos que asistían a esa reunión quedaron un poco perplejos ante la agresividad demostrada por su nuevo compañero (uno se puso en pie de un brinco, otro se pegó contra la mesa porque se le resbaló el brazo donde tenía recargada la barbilla, otro más se fue a parar atrás del sillón del señor Mendieta y amagó un gesto como si le fuera a hacer piojito), y quedaron aún más perplejos cuando el sueño de la firma *Support*, perturbado hasta la demencia por el sentido comercial de Guerra, decidió darle la oportunidad al joven valor de la publicidad, y aprobó el presupuesto para que él se hiciera cargo de la campaña promocional.

Para asombro del medio publicitario en general, y contra los pronósticos más encendidos, el anuncio resultó un éxito brutal. No sé si todavía se le recuerde, pero yo me acuerdo de él como si lo estuviera viendo en la tele: primero aparecía un dodecaedro dorado, como los que estaban grabados en las toallas, que le hacía pensar a uno en el logotipo de un banco; una música de fondo, un tanto melancólica, se iniciaba mientras el dodecaedro giraba lentamente; entonces aparecía el rostro de una mujer —pálida y ojerosa— que parece recién salida de un forcejeo con Drácula, o en el mejor de los casos, consumida por una anemia galopante; una voz en off daba pie al mensaje publicitario: «Nosotros sí te comprendemos... *Support*, la toalla higiénica con mágicos dodecaedros... para mujeres de anatomía salvaje y fuerte temperamento sanguíneo»; un *jingle* remataba el mensaje donde, si la memoria no me falla, se decía algo así como «Support, Support, más que una protección, una buena consejera»; al oír la melodía, el rostro de la mujer se sonrosaba —entre avergonzada y revitalizada—. No creo pecar de exageración si digo que le volvía la sangre al cuerpo.

El anuncio fue un éxito fuera de todo pronóstico que hizo que las toallitas se vendieran por millares en todos los autoservicios (hubo mujeres, incluso, que se colgaron botones en donde venía dibujado el hoy famoso dodecaedro absorbente, para que se les identificara como asiduas consumidoras de *Support*), e hizo que ascendieran a Guerra dentro de la compañía. De la noche a la mañana, Enrique Guerra se vio convertido en una estrella de la publicidad.

—Vikingo —me dijo cuando me habló para darme la noticia— estoy de una suerte bárbara, me ascendieron viejo, me ascendieron por mi talento.

Me bastó con un interrogatorio leve acerca de cómo le habían asignado su primer trabajo, para comprobar, una vez más, que en Enrique Guerra los síntomas de la felicidad eran los mismos que los de la fantasía.

Lo del talento creativo, creo que debo aclararlo, era muy importante para él. Según consta en la ya aludida correspondencia (donde da las mil variaciones de la crisis por la que pasaba), no quería hablar, ni oír, ni discutir de asuntos administrativos desde que dejó Sears Tlalpan. En cierta forma tenía razón, al Enrique Guerra de los días previos a su ingreso a la agencia, se le conocía como el típico maniacodepresivo, al que nada satisfacía. Del muchacho alburero, relajiento y

entusiasta por el cine, apenas y quedaba una sombra. Ya ni siquiera, cuando escuchábamos esporádicamente a Tres Patines, se animaba. Vivía cabizbajo y meditabundo, de un humor de pelos, y echándole de todo la culpa a su carrera de administrador de empresas, con una depresión de toditos los diablos, que resonaba como fanfarria de la Twentieth Century Fox en cualquier cosa que decía. Sin embargo, no se requerirían de los auxilios de la clarividencia para saber que se equivocaba, y que se podrían imaginar mil causas distintas para su histeria: el miedo congénito a no tener dinero; la dependencia extrema de su familia; el desorden de su vida sentimental; su pasión por tantas mujeres; en fin, muchas otras causas, pero para él, el motivo fundamental de tanta desazón era que estaba obligado (quien sabe por quién) a trabajar en lo que no le gustaba, desperdiciando de manera miserable su talento, y, según él, buscando dónde emplearlo correctamente había recuperado la alegría y la confianza en sí mismo. Creyó que porque nadie le hablaba de ventas, ni de números, ni de finanzas, el futuro le sería promisorio. Y así hubiera sido. Nada de lo que ocurrió después hubiera sucedido, si a causa precisamente del talento creativo, Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, no hubiera solicitado el puesto de asistente de la gerencia; nada, si ella no hubiera estado casada con uno de los clientes más importantes de la agencia (el conocido dueño del complejo industrial Anchondo e Hijos); nada, si el ingeniero Anchondo no le hubiera solicitado al señor Mendieta, «como un favor muy especial», que su esposa trabajara con Guerra, «es un caprichito que ella tiene, usted verá. Ese señor Guerra le puede dar muy buenos consejos, y si se vuelve publicitaria, pues qué mejor»; nada, aún, si al saberlo, Guerra no hubiera concluido que necesitaba hacerse de una imagen aventurera, contraria a la del «ejecutivo eficaz» que hasta entonces había tenido; nada, todavía, si para lograr tan torvo propósito, no se hubiera propuesto vivir un amor clandestino y desesperado; nada, por último, si a causa de sus mutuos conflictos, Enrique Guerra y la Güera Anchondo, no se hubieran enulado como locos.

Todo esto, como ya dije, Enrique Guerra lo censuró en las cartas que le escribió a don Gustavo Rodríguez, y creo que solamente a nosotros, sus amigos del alma — Taibo II, el Jeo y su servidor, el Vikingo Seligson— nos lo contó íntegro. En una ocasión en la Provi, la cantina de Avenida Revolución, donde nos reuníamos a comer todos los viernes, nos dijo que no hacía ni tres días que Marina Campollo de Anchondo trabajaba con él, y ya se andaban fajando abajo de todos los escritorios.

—¿Ya te metiste con otra vieja, primo? —le preguntó el Jeo, sonriendo, que no entendía que Guerra se enredara con cuanta vieja se le cruzaba en el camino.

—No me aguante, Jeo. Pero creo que ésta sí me está golpeando duro.

—¡Ay, carajo! —intervino Taibo— que te compre el que no te conozca. Si te hubiéramos creído todas las veces que nos has dicho lo mismo, pensaríamos que te la has pasado a los puros guamazos con un nutrido contingente de las representantes del sexo débil.

—Sí es cierto, Enrique —le dije para joderlo un poco más—, eres bien pito flojo.

—Órale pues —repeló Guerra, picando un pedazo de queso, una aceituna, y echándose a la boca un buche de su bull—. Me late que con la Güera sí va en serio.

Su gesto delataba un incierto entusiasmo que se mezclaba con una nostalgia que le nacía siempre que iniciaba un romance. Se lo vi en la mirada, a pesar de la penumbra debida a que la tarde pardeaba y no habían prendido la luz, pero conocía a Guerra desde hacía muchos años y me sabía de memoria todos sus tics.

—No me lo van a creer —agregó—, pero hace años que le quería llegar a esta vieja.

En cierta forma, fue la casualidad la que hizo que Guerra se enredara con la Güera Anchondo, pues queriendo quedar bien con Mendieta, trató de conseguir nuevos clientes para la agencia, y habló con su primo Godonche, que era comerciante y acababa de abrir un negocio de venta de tapetes, Super Alfombras S. A., con el que le iba muy bien, pero con el que, según Guerra, le iría mejor si se anunciaba al menos por la radio.

—Déjame que te haga un pequeño proyecto publicitario, primito —le dijo una noche que se lo encontró en casa de su tía la Conchona—, ¿pierdes con probar? Y si quedas a gusto, me recomiendas con tus amigos.

Con esa frase, sin saberlo, estaba haciendo un pacto siniestro con el destino que lo conduciría a las manos (piernas y todo lo demás incluido), de la Güera Anchondo.

Fue Godonche el que primero supo, por el mismo Mendieta, que Enrique Guerra, su primo del alma, era un talento desperdiciado.

—Su primo se las trae —le dijo Mendieta, el día que Godonche pasó a la Agencia para ver cómo iba la producción de sus anuncios de radio—. Tiene el tipo clásico del genio: nervioso, impulsivo, inseguro, pero de ideas sensacionales. Estoy encantado con él.

—Así somos en la familia, don Salvador —contestó Godonche, desconcertado por la manera draculesca con que Mendieta se frotaba las manos.

Godonche era un tipo escuálido, de pelo crespo (que tenía sometido con vaselina a un peinado de los años cincuenta), que usaba anteojos oscuros para disimular que el ojo izquierdo se le iba cuando se encorajinaba. Como también era muy mal pensado, se dio rápidamente cuenta que Mendieta quería explotar a su primo, y tuvo que mirarlo de lado para encontrarlo con el ojo torcido.

Godonche salió de la agencia, con los ojos turulatos, con la firme idea de ayudar a su primo a escalar la cumbre de la gloria y escamotearle a Mendieta el placer de decir que Guerra era su creación. Fue por eso que empezó a presumir con todos sus amigos que tenía un pariente que era un portento de la publicidad, una suerte de Beethoven del *merchandising*.

Fue la mala suerte la que hizo que don Venustiano Anchondo escuchara las echadas de Godonche, se interesara en conocer a Guerra, y los invitara a cenar a su casa de Las Lomas, para ver qué se le ocurría al portento publicitario en el lanzamiento de un «productillo» que se traía entre manos.

La cena fue íntima, y en una mesa donde usualmente debieron sentarse veintiséis, cenaron, a la luz de cuatro trémulas velas, el ingeniero Anchondo, su señora esposa (la hoy casi mítica Güera Anchondo), Godonche Guerra, y mi querido amigo. Al principio todo transcurrió en aparente calma, con una cortesía digna de salón de té; sobre una pared había una monumental pintura de un bosque solitario; en un trincherero, una ponchera de plata rodeada de tarritos de cristal cortado, y atrás, un espejo esmerilado que reproducía la aparente cordialidad de los comensales. Nadie, o mejor dicho, ni Godonche ni don Venustiano se dieron cuenta que cuando Enrique Guerra y Marina Campollo se dieron la mano, y se dijeron «mucho gusto», como si nunca en la vida se hubieran visto, mentían hasta decir basta, pues ambos se conocían desde años atrás, cuando participaron en el movimiento estudiantil del 68, pero por quién sabe qué oscuro y torcido presentimiento, ninguno de los dos dijo esta boca es mía, y se hicieron pasar por dos auténticos desconocidos.

—¿A poco no se acuerdan de ella? —nos preguntó Guerra cuando nos contaba todo lo que sucedió en la cena—. Es esa vieja que estaba buenísima, y que llegaba a las asambleas muy arreglada, como si se hubiera pasado todo el día en el salón de belleza. A todos nos encajaba un berrinche ideológico, pero verla era todo un espectáculo, ¿o no?

No se qué habrán pensado los otros, pero yo, vagamente, me acordé de un cuerpo menudo, una cara mona, unos senos incipientes, y una manera de caminar por los pasillos de Filosofía y Letras, que hacía cimbrar aún a las conciencias más revolucionarias de los dirigentes del Consejo Nacional de Huelga. Marina Campollo era muy atractiva, medio morena, y las compañeras, para hacerla rabiar, le decían la Güera.

—No me digas que aquella chamaca que te querías tirar está casada con ese vejestorio —le dije asombrado.

—Vejestorio pero con mucha lana. El cuate está pudriéndose en dinero, me cae. Creo que es viudo o divorciado, y éste debe ser como su tercer matrimonio, en el que la Güera le debe estar sacando hasta la risa.

—Híjole Guerra —volvió a intervenir Taibo, con un bodoque de queso en el cachete—, pues ándate con cuidado.

—Pues muy casada con el industrial, muy señora de las de acá, pero bien que me echó mis riflazos.

Sin saber lo que se cocinaba en sus narices, Godonche y don Venustiano hablaban del futuro del país y de lo impopular que era el señor presidente, «porque no sabe llegarle a la gente, qué esperanzas que fuera como don Adolfo; ya ve, todos le conocíamos sus enjuagues, y hasta sus viejas, pero, la mera verdad, nos gustaba un resto»; «tiene usted razón ingeniero, don Adolfo era un galán bien hecho, y un político carismático, que es lo que le hace falta a este pueblo. A mí me huele muy mal todo esto que está pasando». Anchondo era alto, gordo, medio calvo, y con un tupido bigote negro que le daba un aire de diputado de los años treinta. Por sus opiniones

políticas uno podría pensar que era un liberal, pero por las económicas, que era un reaccionario de mierda. «Este país necesita mano dura, don Godonche, el que no produzca, que se lo lleve su chifosca mosca, pero este gobierno tiene manga muy ancha, nada bueno se puede esperar de tanto pillo». «Tiene usted muchísima razón, ingeniero».

Mientras ellos se comían a cuanto político sacaron a relucir, mientras hacían pronósticos para saber quién sería el tapado, y comentaban los profundos cambios que estaba sufriendo la sociedad mexicana, Enrique Guerra y la Güera Anchondo se lanzaron miradas retadoras. Él, que escuchaba a cierta distancia lo que su primo y el ingeniero decían, trató de ver a su anfitriona con profesionalismo, pero no pudo, pues al verla parada en el quicio de la puerta de la sala —recargado el cuerpo sobre un lado, un clavel en la oreja, un brazo extendido sobre un muslo, y el otro en ángulo recto sobre el rostro, sosteniendo un cigarrillo cerca de la boca— evocó a Andrea Palma en *La mujer del puerto*, e intuyó que Marina se había vuelto, como él, una menesterosa de los amores contrariados. Al momento se le aparecieron fantasmas, ilusiones, fantasías. Una rueda de la fortuna empezó a girar en su mirada, y a Marina le brotaron ademanes prohibidos, cabezas múltiples, encantos de celuloide, que, sin ella proponérselo, hicieron desfilar frente a mi amigo el cúmulo de sus escenas preferidas: a Ninón Sevilla en *Sensualidad*, contemplando lascivamente al pobre de Fernando Soler, que acaricia, entre tímida y complacientemente, su pantorrilla desnuda; a la mirada tiernamente melancólica con que en *Distinto amanecer*, Andrea Palma parece preguntarse por qué son tan atractivos los obreros y tan vulnerables los intelectuales; a la violencia contenida, erótica, de Estela Indá en *Los olvidados*, mientras que al lavarse las piernas frente al Jaibo, un amigo de su hijo, da carta de naturalización al complejo de Edipo. Se le apareció otra vez el mito, rodeándolo, seduciéndolo, arremetiendo contra la precaria estabilidad que se jactaba de haber adquirido.

Tal vez esas fantasías, esas ilusiones, o las miradas que intercambié con la señora Anchondo, fueron el germen de la idea que mi amigo dio a conocer, minutos después, cuando estaban en los cognacs.

Habían pasado a la biblioteca, don Venustiano Anchondo estaba parado sobre su piel de oso, Godonche y Marina se habían sentado en un mullido sillón forrado con cuero rojo, y Enrique Guerra, recargado en un escritorio *chippendale*, con patas de garra de león, escuchaba que su anfitrión acababa de adquirir una empresa de su tierra natal (Sonora, Son.), que producía varios licores, y que a él se le antojaba aventarse con la producción de vodka, que se había convertido en su bebida favorita.

—¿Qué le parece don Enrique? ¿Se le ocurre alguna idea para su lanzamiento? —dijo don Venustiano, afilando la punta de sus bigotazos.

Guerra no había pensado en nada, creyó que en el curso de la cena, mientras se esbozaban las primeras ideas del proyecto, imaginaría algo, pero como se dedicó al coqueteo, no tuvo otra alternativa que improvisar, en ese momento, lo que fuera.

Recordando la mirada de Marina se le ocurrió el *slogan*:

—¡Impresione! tome vodka —dijo Guerra repentinamente.

Como todos los que estaban ahí eran unos ignorantes, no se dieron cuenta que Enrique Guerra estaba plagiando un viejo anuncio de la televisión.

—A mí me parece sencillamente genial —dijo Godonche.

—Mire mi estimado —continuó Guerra—, me parece que usted tiene una visión acertada, pero riesgosa. En este país todos estamos acostumbrados a beber tequila, nuestras cubitas libres, o cuando más, uno que otro jaibolito. Es momento de empezar a modernizarnos, y el vodka puede ser nuestra puerta de acceso a la modernidad. Aunque la verdad el licorcillo es rasposo y no sabe a nada. Le propongo que la campaña entera esté centrada en la idea de combinar el vodka con jugos y refrescos.

Su tesis, ya desde esos primeros argumentos, demuestra que Enrique Guerra fue (aparte de un plagiario consumado), un adelantado para su tiempo. Poco tiempo después, en todos los anuncios de licores, se iban a sugerir las combinaciones más descabelladas: con refrescos, jugos, agua, otros licores y aún todo revuelto, pero honor a quien honor merece, la idea fue de Guerra.

Don Venustiano no había hecho ningún comentario, miraba a mi amigo como si estuviera sopesando sus argumentos o queriendo adivinar la talla de su saco. La Güera, por su parte, lo observaba babeando.

Se creó un silencio embarazoso que Guerra aprovechó para sugerir un posible anuncio comercial.

—Primero se va a ver un lugar medio invernal, con algo que dé la impresión de que está nevando; entonces se aparece una rubia despampanante, cubierta hasta los puños por un grueso abrigo de mink blanco, que camina hasta una mesilla donde hay vasos, una hielera, varias botellas de nuestro vodka, y naranjas, pinas, toronjas, y racimos de uvas; se empieza a escuchar una melodía sugerente, pero todavía débil; un barman, del tipo cadavérico, le prepara un cocktail a la modelo, y mientras ella se lo bebe, el abrigo se le desliza por los hombros, dejándonos ver que, debajo del abrigo, sólo lleva un bikinito minúsculo; la música aumenta de volumen y adquiere un ritmo tropical, la güerota da unos pasos guapachosos, y el barman cadavérico, sonriendo, dice hacia las cámaras: «¡Impresione! tome vodka, mézclelo con su jugo favorito». Y ahí nos vamos con el *jingle* del producto. ¿Qué tal?

Tanto Godonche, como Marina, quedaron estupefactos cuando vieron los gestos que Guerra hacía para describir la anatomía de la modelo, y cómo movía los hombros y las manos, «guapachosamente», para indicar el tipo de baile tropical que interpretaría. Creyeron que don Venustiano Anchondo lo pondría de patitas en la calle, pues era conocida su militancia en Provida, y su férreo rechazo a todo lo que pudiera oler a faltas a la moral. Su sorpresa fue enorme cuando el industrial decidió consultar a su mujer.

—¿A ti qué te parece, Güerita?

Marina, sin poder salir de su azoro, y tal vez sintiendo un cosquilleo en la

entrepiera, entregó a mi amigo en brazos de la catástrofe.

—Original, audaz, conmovedor.

A ninguno de los presentes, cuando con un apretón de manos decidieron lanzar al mercado el vodka Anchondo, se le ocurrió pensar en el código sanitario vigente, en el reglamento para la venta de licores y bebidas, ni en la ley de moral y buen gobierno que tantos dolores de cabeza pudo traerles, y aunque, después de todo, los acontecimientos tomaron un curso distinto al estrictamente legal, cuánto se hubiera evitado con un poco de criterio; cuánto, si en vez de beberse las dos botellas de cognac, se hubieran dado las buenas noches, dejando que las visitas se retiraran a una hora decente; cuánto, si cuando efectivamente se fueron, Guerra no le hubiera dicho a la Güera que estaba para servirla, y ésta, tomándose la sugerencia al pie de la letra, le hubiera pedido a su marido que la dejara participar en la campaña de publicidad, que quería sentirse parte integral de su vida y labrarse un sitio en el Complejo Industrial Anchondo; cuánto, si a causa de una borrachera de pronóstico, el ingeniero Anchondo no se hubiera conmovido hasta las lágrimas, pensando que al fin, después de tantas arribistas que habían llegado a su vida, una mujer quería merecer su herencia colaborando en uno de sus proyectos; cuánto, en fin, si ya en el coche, Godonche no hubiera dicho (cuando su ojo izquierdo giró en su órbita y quedó torcido hacia afuera), que qué buena estaba la vieja del ingeniero Anchondo, que qué ganas de ensartársela, aunque se había dado cuenta que a quien ella quería llegarle era a su primo Enrique, atizando en él, con comentario tan banal, un deseo reprimido; cuánto, para terminar, si Enrique Guerra no hubiera decidido, desde ese momento, engañar a su mujer con Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, su compañera de la universidad, con quien tenía, como se decía entonces, una asignatura pendiente.

Bajando por Reforma, Enrique Guerra recordó una vez que vio a Marina en una de las manifestaciones del 68; a lo mejor iba acompañada por el Callao, el líder de Arquitectura, que, según decían, era su novio. Se movía con alegría, con la soltura que daba la libertad de aquellos días, y Enrique sintió deseos de acercarse, pero una timidez que iba más allá de sus fuerzas, lo obligó a retirarse y verla de lejos, admirando su minifalda, su cabellera alborotada, su forma de tratar a todos con una aparente cordialidad que acentuaba su belleza, pero que al mismo tiempo los mantenía a distancia. La impresión que Marina le causó en aquella marcha fue tan fuerte —su sonrisa, la forma de gritar «júntensen, júntensen», su cuerpo delgado pero espectacular, toda ella como a punto de ser inaugurada— que no se dio cuenta que todos habíamos salido corriendo porque en la esquina había aparecido un contingente de granaderos.

Guerra estudiaba en Comercio, pero se pasó el resto de la huelga, conmigo, en Filosofía, con tal de ver pasar de lejos a Marina y hacerse las ilusiones de que se acostaba con ella. Alguna vez los presenté, o él se acercó a ella como por casualidad, pero su relación no pasó nunca de una plática que no hizo sino atizar las ansias calladas de mi amigo.

Otra vez, dos o tres años después, Enrique Guerra se encontró con Marina en un cocktail del hotel María Isabel. Ella era modelo y esa noche presentaba la nueva línea de vestidos de no sé quién. La impresión que entonces causó en Guerra fue aún mayor, parecía una artista sacada de la portada de una revista femenina, una diva puesta en la pasarela para ser simplemente admirada. No es que fuera elegante o bonita, sino que era especial, excéntrica, rara. «Rara, maligna y fatal», como se dijo Guerra admirando las vueltas de trompo que daba frente a los camarógrafos que se daban vuelo tomándole placas. Cuando acabó el desfile fue a buscarla, Marina inmediatamente lo reconoció y le dio un abrazo que lo dejó bembó. Para entonces, Enrique no era más el chico tímido de la facultad, se las empezaba a dar de conquistador, pero frente a ella volvió a sentir la misma suerte de parálisis que lo hizo comportarse siempre a distancia. Fueron a tomar una copa al Veranda, y Marina le dijo que había abandonado la carrera y la militancia política para dedicarse al modelaje, pero no se atrevió a confesarle que hacía años, antes aún del 68, ya era modelo. Guerra no supo qué decirle, su gusto por ella crecía paralelo a su timidez y miedo, se concretaba a verla y a imaginar de dónde sacaría su gesto angelical, su pose de tragedia, su manera de indicar que la vida era calamidad pero que la iba sobrellevando con estoicismo. Cuando se despidieron, en la puerta del hotel, ella lo besó sin que él pudiera, literalmente, meter las manos.

Tal vez entonces hubiera un poco de niebla, como la que esa noche del reencuentro, bajando por Reforma, cubría el camellón y difuminaba los edificios a lo lejos; tal vez fuera sólo lo difuso del recuerdo, pero en Guerra renació la sensación de estar enamorado de un imposible, y no se equivocaba. Con la Güera Anchondo volvería a vivir algo que en los años recientes, aún después de que se había casado, se había vuelto una condena, una jetatura, una especie de maleficio que pendía sobre él: trataba con mengua y distancia a las mujeres, las enamoraba poco a poco, sin confesar sus intenciones, dando por entendido que lo comprenderían todo, insinuando que su matrimonio era un desastre, y usando tanto tiempo en seducirlas, que ni aún las que habían enloquecido por él a primera vista, estaban dispuestas a entregarse sino tras una tortuosa relación. Muchas quisieron acostarse con él, es cierto, pero a la hora de la verdad, casi todas se rajaron. Como alguna le dijo en cierta ocasión, inspiraba un sentimiento confuso —entre miedo y respeto, entre pasión y devoción— que le era muy difícil superar para encamarse con él. «Te va a parecer curioso», concluyó la interfecta, «pero es más fácil que me acueste con un desconocido, a que me atreva a hacer el amor contigo. Me daría miedo encularme como loca de ti». Yo creo que le tomó el pelo, pero ese tipo de romances dejaban en Guerra la impresión equívoca de que estaba condenado a sentirse arrebatador pero impoluto, algo así como símbolo sexual con complejo de padrote narvarteño.

Para su perjuicio, lo que le sucedió con la Güera Anchondo fue mucho peor que en otras ocasiones, pues no solamente fue tortuoso, sino alucinante. La misma noche en que se reencontraron, empezó simultáneamente la temporada de su desajuste

emocional y la de sus grandes sueños eróticos. Soñó —intensa, devastadora, congénitamente— que perseguía a Marina por un ancho pastizal. A Marina, en sí, no la vio en todo el sueño, pues sobre el alto pasto solamente se alzaba un brazo que agitaba una falda hawaiana, que él pensaba que era de ella, y se decía, al ver la falda deshilachada al viento (con un desconocimiento total de la moda imperante en los Mares del Sur), que su perseguida ya se había rasgado las vestiduras y que debía correr desnuda. En el horizonte, el cielo era verde, y tras un volcán humeante, el sol brillaba en todo su esplendor. A pesar del entusiasmo con el que él corría, Marina se alejaba cada vez más y más, porque Guerra avanzaba con una torpeza infinita, sin duda porque su excitación había ido *in crescendo*, y su miembro ya le llegaba hasta las rodillas, evitándole toda posibilidad de maniobra. La persecución se prolongaba durante horas, pues cada vez que Guerra desistía, harto de correr tras su presa sin fortuna, Marina agitaba nuevamente la falda hawaiana, como si estuviera mandando mensajes en clave, y Guerra, revitalizado, se echaba al hombro el vergotón descomunal, y continuaba la carrera.

De esa manera, ininterrumpidamente, se soñó hasta las cuatro de la mañana, en que despertó sudando, y con su miembro, el real, adoloridísimo.

Su cuarto estaba a oscuras, el cuerpo de su esposa, acostada a su lado, aparecía ante sus ojos, pálidamente iluminado por la luna, como la muestra palpable de su desventura y desvergüenza. El sueño parecía haber concluido, pero una imagen tenebrosa se sobrepuso en la penumbra: la Güera, desnuda de la cintura para arriba, en minifalda, con un clavel en la oreja y ojos de culebra, parada al pie de su cama, se desternillaba de risa señalándolo con el dedo. Un redoblado dolor en el pene, reducido ahora (el pene) a sus proporciones mínimas, borró la imagen.

Enrique Guerra se preguntó, queriéndose olvidar de las calamidades de su sueño, si el regreso de Marina podría ser tan avasallador como para provocar tal desorden en sus emociones, y tal sufrimiento en su pito. Sentado en su cama, con un dolor generalizado de la cintura a la ingle, no encontró una respuesta que lo ayudara a enfrentarse al fatalismo contenido en la burla de la Güera. Para reanimarse se dijo que era un miserable, ¿por quién tomaba a la señora Anchondo? ¿Por una vampiresa amoral capaz de fijarse en el primer pelagatos que se le pusiera enfrente? Recordó a Marina (casi la pudo ver otra vez, como si se hubiera vuelto a aparecer a los pies de su cama), diciéndole «original, audaz, conmovedor», y le entró una nueva duda: ¿sería o no una vampiresa amoral?, ¿se habría vuelto una devora bombres, como María Félix en *Doña Bárbara*?, ¿o sería la mujer fiel, amantísima, encarnada por Gloria Marín en *Historia de un gran amor*?, ¿o peor, sería Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, una versión más del tipo de mujer con la que estaba destinado a vivir amores atormentados? Ahí debió entrarle un cierto prurito por Laura, acordarse que hacía muy poco, después de que ella lo había sorprendido en una de sus canalladas, le había prometido fidelidad eterna y jurado que no tendría ojos más que para ella; «esta mujer ha dado la vida por mí», pudo argumentar, «me

ha aguantado todo y yo le pago calentándome con otra vieja»; pero no, se le metieron al cuerpo clamores de tumultos distantes, se volvió hacia el cuerpo dormido de Laura, la vio con una ternura dominada por la lástima, pensó que ya llevaba mucho tiempo deprimido, y que una aventura más no le vendría nada mal a su vida; entonces se imaginó cayendo sobre Marina y doblégándola con su pitote descomunal.

Cuando volvieron a encontrarse (en la oficina de él, tres días después de la cena en casa de ella), Marina, sin quererlo, intentó sacarlo de las dudas que lo habían mantenido en vela casi todas las noches, exhibiéndole su personalidad atormentada. Le dijo que lo recordaba muy bien, que siempre se le había hecho muy chistosa su timidez, y que desde el principio le había gustado mucho.

—Si aquella ocasión, en el hotel María Isabel, hubieras sido más aventado, quizá muy otro hubiera sido nuestro destino —agregó Marina, reproduciendo aquella sonrisa que, en otro tiempo, tanto amedrentara y cautivara a Enrique Guerra.

Después le contó, para borrar de su pasado la vida insípida que en realidad había llevado en los últimos tiempos, que en todos aquellos años en que no se vieron, se había vuelto una mujer arrebatada.

Era ya un poco tarde, y no quedaba casi nadie en la oficina. Guerra la estaba entrevistando porque el gerente le había dicho que muy probablemente fuera su colaboradora en la próxima campaña publicitaria, y que era conveniente que se conocieran un poco mejor.

—Parece que es una mujer muy eficiente, lic Guerra —había dicho Mendieta frotándose las manos—. Se la encargo mucho, Anchondo puede ser un clientazo.

Viendo las ojeras, el tono casi cadavérico de su tez, y sus ademanes terroríficos, Guerra pensó en los ladrones que se dedican a vaciar tumbas. Se concretó a asentir con la cabeza, haciéndose una idea muy personal de lo que era hacerse cargo de una mujer. Tampoco a su jefe se atrevió a decirle que conocía a la señora Anchondo de tiempo atrás.

La Güera llegó sola, con gesto solemne y circunspecto, como si fuera a darle el pésame a alguien. Vestía un traje sastre negro, se había vuelto a poner un clavel rojo en la cabellera, y Guerra no supo por qué, pero le pareció que, como en su sueño, tenía ojos de culebra. Se saludaron con una rara solemnidad, que tal vez la entrevista ameritaba. Guerra se cuidó muy bien de que no se le notara el estado de conmoción en que se encontraba, porque le pareció que, aunque muy formalita, ella estaba de lo más campante de verlo casi a solas. Ninguno de los dos explicó la razón por la que habían ocultado que se conocían desde antes, sino, como ya dije, empezaron tanteándose, para pasar, inmediatamente, al asunto de las confesiones:

—Tengo que confesarte que los hombres me fascinan —continuó la Güera, humedeciendo sus labios con la lengua—, pero no sé qué me pasa, debo ser una especie de ninfomaniaca frustrada, pues cuando me enamoro de algún hombre, me es

imposible hacer el amor con él, a lo más que llego es a un sobeteo, y aunque me haya encantado, no me quedan ganas de volverlo a ver. Y eso, créeme, si es que nos tocamos, a la mayoría los dejo vestidos y alborotados. Me es imposible ser de otra forma.

Al menos en eso fue sincera, si Enrique siguió pensando en ella como una mujer pura, pero embrujada, fue culpa suya, pues la Güera le pintó un cuadro siniestro de su vida erótica.

—Mira, nada más para darte un ejemplo: no sé qué tienen los doctores, pero la mayoría me subyuga. Yo creo que me he querido acostar con todos los que me han atendido. Me basta verlos con su bata blanca para sentirme cautivada. Apenas les descubro esa mirada tan profesional que tienen para escudriñarle a uno las enfermedades más espantosas, me quedo estupefacta y concibo unos deseos inconcebibles... Todo empieza muy bien, con los auscultamientos, los diagnósticos y las recetas, pero acaba muy mal, conmigo acostada en la mesita de exploración, con ellos montados sobre mí, y con las enfermeras tocando la puerta para ver si se nos ofrece algo. Para ese momento yo ya estoy sintiendo males mucho peores de los que me llevaron a consultarlos. No sé qué hacer, Enrique, he llegado a una situación límite.

Marina contempló en su mente el relato que acababa de hacer y se llenó de admiración: sin decirle realmente mentiras, le había escondido toda la verdad de lo que sentía de sí misma.

Enrique Guerra recordó a la jovencita de la que había estado enamorado, imaginó su jugueteo sexual y sus primeros orgasmos en las noches que se quedaba a hacer guardia en la facultad, mientras se besaba y se tocaba frenéticamente sus partes con su novio. Guerra no atinó más que a decirse que cómo pasaba el tiempo, y, cómo, también, había cambiado aquella muchachita para desarrollar una personalidad tan tormentosa. También se acordó que se la habían recomendado mucho y que Anchondo podía ser un gran cliente, tuvo un fugaz sentimiento de profesionalismo, pero, sin embargo, viendo el cuerpazo del que se había hecho la Güera al lado de su neurosis galopante, hizo una pregunta poco edificante.

—¿Y qué piensa tu marido de ese mal tan peculiar que padeces? Quiero decir, ¿acostarte con él, también te produce ese rechazo tan enfermizo?

La Güera dio una contestación perturbadora, que unas semanas después se volvería uno de los enigmas más desconcertantes de su relación:

—Mi marido no se ocupa de mí —dijo ocultando el rostro con la mano derecha.

«Este hombre debe ser un imbécil», pensó Guerra, compadecido de la suerte de Marina, viendo su rostro sollozante; su cuerpo delgado que se cimbraba con breves espasmos de dolor, y los senos que se le bamboleaban a causa de la incompreensión de la que era objeto.

De la compasión, Guerra pasó a un pensamiento todavía menos edificante que todos los anteriores: calculó que para esas horas en la oficina no quedaría más que el

policía de la entrada, y cuando más, el conserje (que era un viejo alcahuete); así que concibió un plan de ayuda emergente para salvar a su antiguo amor de sus insatisfacciones sexuales: decidió de una vez por todas ser un hombre «aventado», vivir sus ensueños, y pasó encima del escritorio que haría famosos sus escarceos, derribó a la que ya consideraba su paciente, estuvo forcejeando con ella, susurrándole al oído que él era un médico frustrado, hasta que un telefonazo los volvió a la realidad. Era el ingeniero Anchondo. Guerra contestó.

—Hace un ratitito que se fue su señora, ingeniero —le dijo Guerra tratando de normalizar el ritmo de su respiración—. Ya nos pusimos de acuerdo y me parece muy bien que nos ayude en la campaña... nos va a ser de gran utilidad, claro que sí... ya hasta hemos empezado con *el jingle*, fíjese usted.

Cuando colgó, Marina, que había acabado de componerse el vestido, le sacó una promesa:

—Prométeme que me vas a ayudar a superar este trauma, Enrique. Hazlo en nombre de nuestra amistad.

Enrique Guerra, sintiendo que el corazón se le saltaba por el pecho, le prometió que haría todo lo que estuviera a su alcance para ayudarla. Por la ventana vieron una noche extrañamente iluminada, que los hizo sentirse muy románticos. Guerra se volvió hacia Marina, y algo en su mirada le hizo pensar que había aprendido a amar la vida con una pasión sin sentido; que amaba los extremos, tanto al día como a la noche, a su marido y a todos los hombres; que era buena muy en el fondo, pero que algo torcido en su vida la conducía a un destino inexorable: la sensualidad perturbada por la vergüenza.

«Mujer, mujer divina», se dijo en silencio, comiéndose con la mirada el cuerpo de Marina, «tienes el veneno que fascina en tu mirar». Se le quiso echar encima nuevamente, pero ella le desbarató las intenciones con una sonrisa encantadora, y le dijo que para primera sesión ya era suficiente.

Esa noche (en que alejándose de él con aire de ensueño Marina pasó a ser su mujer divina, con vibración de sonatina pasional y toda la cosa), Guerra se dejó caer por mi casa. Fue una visita imprudencial, pues yo estaba con Jennie Ostrosky —hoy mi esposa— en lo que se podría llamar nuestra práctica premarital, y la verdad no tenía ganas de estar con nadie que no fuera ella. Le estaba diciendo no sé qué cosa acerca de la pasión desproporcionada que me inspiraba, de lo inteligente que me parecían sus comentarios literarios, o alguno de los muchos piropos con que, desde siempre, la he halagado, cuando escuché que llamaban a la puerta. Me asomé por la ventana y vi a Enrique Guerra pegado al timbre. Por la manera de mirar al cielo, por la forma beatífica con la que sonreía a todo el que pasaba a su lado, me di cuenta que traía a cuestas lo que los psicólogos llamamos «las cadenas de la ilusión». Decidí no contestar a sus timbrazos hasta que escuché un grito.

—Órale Vikingo, no te hagas. Ya sé que estás ahí encerrado, y si no sales, le digo a todo el mundo lo que estás haciendo.

En aras de nuestra buena reputación y no porque nos preocupara el qué dirán, decidimos abrirle. Poco le importó encontrar a Jennie en bata; poco el que yo estuviera, de la cintura para abajo, envuelto en una toalla rosa con dibujos lascivos de Mickey mouse con la Bella durmiente. No nos dejó ni hablar.

—La hallé —nos dijo, lanzó hacia Jennie un beso al aire, y se metió al departamento.

—¿A quién? —preguntó Jennie.

—Al hechizo de la liviandad, a la mujer alabastrina... a la maravilla de la inspiración.

Por un instante dudamos si se estaba refiriendo a alguien en lo particular, o a una vieja edición del cancionero Picot.

—A la Señora Tentación, a la mujer más maravillosa que hay sobre la tierra. Es excéntrica y se viste horrible, pero bien podría pasar por Afrodita.

—No entiendo ni madres, pinche Guerra.

—¿Cómo la vas a entender? Marina Campollo es inentendible.

—¿Es un ritmo o una persona? —volvió a inquirir Jennie.

—Es todo. Un ritmo, una persona, una diosa. Todo.

—Sonamos —dije, viendo que, efectivamente, como mi ojo clínico me lo había indicado, Guerra estaba embriagado por otra de sus ilusiones legendarias: lo que nos había contado en la Provi se había vuelto, en sólo tres días, un ensueño de proporciones mayestáticas—. Contigo no ganamos para sustos.

Nos contó entonces quién era Marina (al menos la versión que él se había hecho de quién era Marina), y cómo la había pasado con ella esa tarde. No le quedó más que informar a Jennie (que hacía cara de estar escuchando a un demente, pues no tenía la menor idea de quién estaba hablando), que la había conocido en la universidad, y que, para su desgracia, la maravilla de la inspiración estaba casada con un esperpento: el ingeniero Anchondo.

Ante el silencio que guardamos, intentó darnos un retrato hablado del temperamento de Marina. Nos la describió como un torbellino emocional, una loca suelta de la guerra, y un figurín alucinado; como la probable musa viviente de Agustín Lara; como una intelectual avasalladora, de habla inagotable y agotadora; y, como si todo ello fuera poco, como la encarnación de su mito favorito: Andrea Palma en *La mujer del puerto*.

—Hasta se parece a Diana Bracho, que, como deben saber, es sobrina de doña Andrea.

La imagen que nos hicimos de Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, fue la de una mujer que le había pedido prestado algo a todo el mundo para crearse una imagen retumbante.

Pero su visita no tenía por objeto describirnos a Marina (ése fue solamente el preámbulo), sino explicarnos el dilema en el que se encontraba: ahora que se había reencontrado con la mujer de su vida, sentía que se le iba a escapar entre las manos.

—Estando con ella tuve una imagen fugaz —nos dijo Guerra asustado— me sentí una especie de Doctora Corazón al que aquella alma desamparada acudía en busca de consuelo, y a la que yo no podía tender la mano. Si la vieran... está que se cae de buena, y tiene una manera de contar su vida, de mirarlo a uno a los ojos como si estuviera avergonzada de todas las barbaridades que hace, que la vuelve irresistible. Me cautivó, así como lo oyen, me cautivó, y me dije a mí mismo que no podía perder la oportunidad que ella me presentaba o sería un desharrapado moral para el resto de mi vida. ¡Qué me importa que los dos estemos casados!

Guerra se abismó en un silencio extraño en el cual ni Jennie ni yo teníamos nada que hacer, pero en el que podíamos contemplar el nacimiento de una fantasía heroica. Entonces nos contó cómo había terminado su entrevista esa tarde:

Como si hubieran estado firmando un contrato en vez de la cachondeada que se dieron, Guerra se despidió de Marina en la puerta de la oficina, la presentó con el policía y con el conserje; la vio caminar por la calle —contoneándose, esbelta y elegante— y trató de imaginarla desnuda. A su lado, el policía y el conserje parecían custodiarlo, mirándole el trasero a la que, ya en la distancia, parecía un alma en pena.

—Se ve que es una señora como muy, ¿cómo le diré?, como muy auténtica, ¿no licenciado? —le comentó el conserje alcahuete, enseñándole unos dientes llenos de sarro y caries.

Guerra no le contestó. Estaba pensando que si el carácter de la Güera Anchondo había dado un vuelco de ciento ochenta grados en estos años que no la había visto, ¿qué sería de sus caderas apretadas, de los senos en los que despuntaba un pezón pequeño, y del vello ralo de su pubis, que tantas veces imaginó sentir entre sus dedos?

Con estas dudas existenciales en la cabeza, Guerra regresó a su oficina para arreglar sus cosas y hablarle a su esposa. Le dijo que había tenido un día fatal, que estaba muy contrariado pues le habían impuesto una nueva secretaria que a la legua se veía que era un costal de complejos y problemas.

—Pero tuve que aceptar, Laurita —nos dijo que le dijo—. Imagínate, es la esposa o la hija, no sé bien, de un clientazo. Si me niego me estoy jugando el puesto, ¿no crees? Ni modo, a mí se me hace que va a ser un dolor de cabeza. En el nombre sea de Dios.

Nosotros seguíamos callados, admirando el gesto de huérfano de Dickens que le había salido a Guerra cuando pronunció lo que parecía el nombre de su siniestro verdugo: «Laurita». Cuando lo recuerdo, me parece admirar una personalidad educada en las películas de Bustillo Oro. No le dijimos nada porque no hubiéramos sabido qué aconsejarle, o porque cualquier cosa hubiera sonado a prejuicio moral, pero era evidente que él se daba cuenta que se estaba metiendo en un muy gordo lío de faldas.

—Me voy a jugar el todo por el todo —concluyó, cambiándose la personalidad de huérfano de Dickens, por la del Ratón Macías, subiéndose al cuadrilátero para

madrearse con Alphonse Hallimi.

Al día siguiente, la Señora Tentación regresó a la agencia, para tomar su lugar como asistente de la gerencia, disfrazada de espectadora de carnaval narvarteño, causando un revuelo de pachanga en todo el personal del departamento creativo que dirigía Enrique Guerra. Vestía un pantalón entalladísimo azul cielo; tirantes crema (como de gangster), sobre una camiseta estraples marino intenso; tenía las muñecas cuajadas de variados y sonoros abalorios; el pelo totalmente rizado; y unos anteojitos, oscuros y redondos, que la hacían parecerse más que nunca a Diana Bracho. Sin importarle su vestimenta estrafalaria (que parecía como que le daba un aire de elegancia tergiversada), Enrique Guerra continuó forjando el mito, el fantasma que dio cuerpo en Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera. Viéndola sacudir el escritorio que le habían asignado, pedir un block de taquigrafía, u ofreciéndole un cafecito, se dijo que una cara y un cuerpo como el de esa mujer, solamente surgen una vez por década para convertirse en el símbolo sexual de una generación, para derrocar al partido en el poder, o para redimir a un hombre, como él, preso en una vida que amenazaba con desaprovechar sus cualidades innatas.

Marina se presentó a trabajar, desde entonces, siempre con un atuendo distinto e igualmente extravagante, lo que hizo correr el rumor de que su modisto (o quien le recomendaba su vestuario), la odiaba profundamente. Pero a Guerra no le importó nada, pues de ahí en adelante, el tratamiento, como se refería a su relación con la Güera, fue siempre igual: después del trabajo ella se quedaba en la oficina so pretexto de revisar alguna cosa; empezaban contándose su vida, y terminaban abajo del escritorio, jadeantes, hasta que llegaba el telefonazo interruptor del ingeniero Anchondo, y él se veía obligado a acompañarla a la puerta, y con el policía y el conserje como custodios, la miraba alejarse hasta que se subía a su coche.

Nunca supe qué le entusiasmaba más a Guerra, si que lo hubiera hecho su confidente, contándole la sarta de experiencias que había tenido; la emoción o la incertidumbre de que alguien pudiera sorprenderlo fajando bajo el escritorio; o la manera en que ella le decía que lo necesitaba, que era lo mejor que se había encontrado en la vida.

—No sé qué siento, Vikingo —me decía Guerra, arrobado por el recuerdo—. A veces creo que estoy chiflado, pero esta mujer me llena de una ternura demencial.

A mí no me quedaba más que escucharlo e imaginar a la Güera Anchondo muerta de pena por la sarta de mentiras que le contaba, pero que él le creía a pie juntillas.

—No sé qué vas a pensar de tanta calamidad que te he contado —me decía Guerra, que le decía la Güera parpadeando sin misericordia.

—No, que no te dé pena —le respondía él aflojándose el nudo de la corbata—, yo creo que es importante que saques todos los sentimientos que debes traer atragantados.

—No, no, ya ha sido demasiado. Siento como si estuviera mostrándote toda la carroña que llevo dentro.

—No lo veas así. A mí me parece que me estás dando lo más rico que tienes.

Cuando llegaban a este punto, ya Guerra se había sentado junto a ella (en un *love seat* que tenía a un lado de una ventana, desde la que se miraban todos los techos de las casas de polanco), le estaba acariciando las rodillas o el cabello, y ella lo miraba como a Cristo Redentor.

—Me has hecho comprender tantas cosas —decía ella.

—Lo que en verdad necesitas —le aconsejaba mi amigo, acariciándole lentamente los pechos— es aceptar tu pasado tal cual es y liberarte de él. Deja que nazca en ti la mujer que has tenido reprimida. Qué más quisiera que ser yo el hombre que te devolviera la confianza en ti misma.

—Tú no te imaginas cuánto has hecho ya por mi bien —contestaba ella, bajándole el zipper de la bragueta—. Te repito, creo que eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, pero tengo miedo de decepcionarte. Siempre he tenido miedo de que aquellos a los que amo, se den cuenta de que no valgo la pena.

Ya le había desabrochado la blusa y tenía las narices metidas en medio de los senos; ya tenía los pantalones a media nalga; ya la estaba incluso dedeando, cuando llamó el ingeniero Anchondo para ver cómo iba su *jingle* y comunicarle que las primeras pruebas del vodka habían sido todo un éxito. Mientras se guardaba su miembro enrojecido y se fajaba, Guerra se imaginó que todos aquellos que se habían atrevido a probar aquella primera botella del vodka Anchondo, morían intoxicados, víctimas de horribles dolores. La Güera, por su parte, se había ido a arreglar al baño. Cuando volvió, le dijo lo que tantas otras veces:

—Esto es una locura Enrique, me das tanto, pero tanto tanto, que no quiero destruirlo con el sexo. ¿Qué tal si después de que hagamos el amor vuelvo a lo de siempre y se me quitan las ganas de verte?, ¿cómo le voy a explicar a mi marido que no volveré al trabajo si le he insistido tanto en lo trascendente que es para mí?, ¿si le he dicho que contigo estoy aprendiendo el chorrísimo de experiencias?, ¿qué voy a hacer si tú te desesperas y me mandas a volar?

Se retiraba sin esperar respuesta, casi al borde de las lágrimas, poseída por lo que parecía un intenso dolor.

—Se está conteniendo, yo lo sé, pero no he encontrado la manera de convencerla de que lo que necesitamos es una buena cogida —nos dijo Guerra—. El próximo paso será que, sin esperar más, me la abroche en uno de los mentados escritorios, que es donde la canalla me hace todas sus confesiones. A ésta la curo de sus insatisfacciones o me dejo de llamar Enrique Guerra. Vamos a ver si después de la cogidota que le voy a dar es capaz de no volverme a ver.

—Que sea un poquito menos, ¿no, primo? —comentó el Jeo.

Con su conocido tono campechano, Taibo lo aconsejó:

—Mejor cógetela en la oficina de tu jefe. Tiras todas las cosas que están encima

de su escritorio, y ahí merito te la despachas. De esa manera, no sólo la curas de su trauma, sino que humillas a la clase capitalista y reivindicas a la obrera. Tres pájaros de un tiro.

Todo esto, como dije, Guerra nos lo contaba en la cantina donde realizábamos nuestra comida semanal; Guerra, el Jeo y yo, bebiendo bulles *ad nauseam*, y Taibo, sus tradicionales cubas de niño, de cocacola con limón. Es inconcebible que con bebida tan inocente saliera tan pedo como nosotros.

—Óyeme, pinche Guerra —le comentó Taibo—, ¿no se te hace que esa vieja te está viendo la cara?

—La pescuezuda es lo que me está viendo.

—Oh, pues —intervino el Jeo—, ya vas a empezar con tus vulgaridades.

—Es Paco el que me provoca. Yo nomás respondo.

—¿Y cómo le haces para que Laura no se entere del enredo que te traes? —intervine yo, lanzándome a fondo, pues ya sabía cuál era el talón de Aquiles de aquel amor atribulado.

—Ésa es otra cosa que me tiene bien jodido. Ya no sé qué decirle. Le he inventado cuanto pretexto se me ocurre para justificar la hora a la que llego. Ya le dije que se llevaron mi coche al corralón, que el jefe me mandó a ver a unos clientes que están hasta Cuautitlán Izcalli, que un ventilador me voló todos los papeles de mi escritorio y me tardé años arreglándolo.

—¿No sospecha nada de la Güera? —preguntó, ansioso, el Jeo Alatorre.

—¿Cómo crees que no? Las viejas son reabusadas. Le he platicado de ella, algo al menos: que es muy conflictiva, que me da mucha lata, y que para hacerla productiva tengo que estarle escuchando todos sus rollos.

—¿Y a poco te cree?

—Yo creo que no, pues me dice «ay si tú, tan buena gente y tan comprensivo, ¿de cuándo acá?». Le tuve que inventar que era política de Publicidad Solar que todos los jefes escuchen a sus empleados. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Soltamos una carcajada. A Guerra se le veía en verdad preocupado, tomaba su tarro con ambas manos, y se bebía el contenido a sorbitos pequeños.

La Provi es una cantina pequeña, apenas y cabrán diez mesas, y de no ser por la escandalera que se arma, todos nos enteraríamos de lo que se dice en la mesa de junto; es medio oscura porque la luz del día sólo se filtra por unas ventanas altas que tienen vidrios opacos, y por eso, a los borrachos se les ve amarillentos, como si estuvieran a punto de sucumbir a una hepatitis galopante. Aquella tarde, el color ocre de la cara de Guerra le prestaba un patetismo particular a las desventuras que nos contaba.

—Me siento entre dos fuegos —dijo él en tono lúgubre—. De una parte tengo el abismo estremecedor del amor clandestino, y del otro, la enervante pero necesaria obligación de mentirle a mi esposa.

—Ay Enriquito —le dijo Taibo cuadrando el ojo—, eres la cursilería que llegó

para quedarse.

Fue en ese momento que desde la calle nos llegaron los primeros acordes de la marimba Soledad Masculina, y la voz nasal de su conocido cantante, el Pambazo Oropeza. «Yo sé que te han dicho que no valgo nada, que no valgo nada, que vivo tan sólo para los caprichos de tu corazón».

—Tú los contrataste, primo, no te hagas. Te encanta ponerle música de fondo a tus tormentos. Taibo tiene razón.

Guerra se volvió a vernos sin rencor, sin ninguna expresión en la cara, como si se hubieran terminado todas sus preocupaciones escuchando al Pambazo. «Si a nadie le pido, y a nadie le ruego, a quién le preocupa si vivo o si muero por esta pasión». Lo más probable es que estuviera pensando en Marina; imaginándola en su cama, desnuda; que quisiera recrear su mirada lasciva, hipnotizada por el recuerdo de su último cachondeo. «Quien sepa de amores que calle y comprenda, que me dejen solo, sufriendo en silencio mis penas de amores».

—En pocas semanas me la cojo —dijo Guerra solamente, poniendo cara de yo no rompo un plato, pero que yo interpreté como si quisiera darnos a entender que ojalá y Dios lo agarrara confesado.

«Si yo soy dichoso teniéndote cerca», acotó el Pambazo sobre la promesa de nuestro amigo, «qué le importa a nadie, si eres luz y sombra de mi corazón; si eres luz y sombra, ayyy, de mi corazón».

Por los retazos que conocía, Enrique Guerra debió intuir que Marina Campollo tenía una historia que no podría calificarse exactamente de tormentosa, pero sí de atolondrada, que presagiaba que su naciente relación con ella oscilaría entre el conflicto y la angustia, y que no le iba a ser tan fácil cogérsela como él pensaba. De esa historia, tristemente, sólo nos quedan testimonios contradictorios. Si nos atuviéramos al de Guerra, nos haríamos la imagen de una mujer mitad atormentada, mitad frenética sexual. Si tomamos en cuenta otros (de gente con la que me entrevisté para poder reconstruir esta historia), nos encontraríamos frente a una personalidad desconcertante, que, más que una, pareciera ofrecernos muchas Marinas diferentes. La mamá de Guerra, por ejemplo, ante mis preguntas torció la boca y la describió con calificativos tales como «pesadillesca», «de vestir grotesco», o «comportamiento enervante»; Antulio Jiménez Pons —con quien Marina trabajó en Televisión— dice que era un pan, el ser más dulce que jamás conoció; Venustiano Anchondo guardó un respetuoso silencio cuando traté de concertar una cita para que me diera su punto de vista, simplemente me preguntó mi nombre, mi dirección, y me mandó una lacónica nota, con un propio, que decía: «Prefiero olvidar aquel infierno, no abra heridas que están a punto de cicatrizar»; una de las instructoras de la agencia de modelos Pixie —donde Marina tomó unos cursos— me dijo que nunca vio a una aspirante tan desgarrada como ella, que las muchachas la conocían con el mote de la «Pata Campollo», pero que, sin embargo, siempre fue muy solicitada por los organizadores de desfiles de moda; el novio que tuvo entre los activistas del 68, me la describió como un cataclismo de amor, cuyos requerimientos y dudas marxista-leninistas eran tantas, que lo dejaban (los requerimientos y las dudas), torturándose y sin poder abocarse a sus responsabilidades revolucionarias.

El testimonio de Mágina Contreras, alias la Muñeca, amiga íntima de Marina (y que casualmente fue mi alumna en el Seminario que imparto en la ENEP Iztacala, sobre «Paroxismo, obesidad y melancolía»), pudiera no ser el más fidedigno, pero sí, sin duda, el que más datos biográficos me aportó.

Por lo poco que Marina misma le contó de sus primeros años (vivió hasta los 17 entre Tuxtla Gutiérrez y Chiapa de Corzo), tuvo una infancia infeliz. Su madre, que se hizo pasar ante sus ojos como víctima de la viudez, trabajaba como una enajenada en un hospital de Salubridad, y no la veía más que los domingos, cuando la llevaba a pasear y, mientras la regañaba por todo, le compraba un globo rojo: «Si viviera tu padre», le decía gritando a medio parque, «se avergonzaría de cómo te he educado. Él, que era la personificación de las buenas maneras, volvería a morir *ipso facto*». Marina (con el globo atado a un dedo para que no se le escapara con el aire), se hizo a la idea de que era huérfana de un padre ejemplar, cuya capacidad para avergonzarse por cualquier cosa rayaba en los límites del virtuosismo. Su abuela, con quien vivían ella y su madre (y que era quien en verdad la cuidaba), quería vestir a la nieta como un figurín, y lo más probable es que pensara que la estaba educando para vivir en el Palacio de Buckingham, pues le enseñó reglas de urbanidad exóticas (caravanas para

agradecer los cumplidos; cómo usar cinco tipos distintos de tenedor; en qué copas servir las diferentes clases de vino, etcétera), que nunca pudieron ser puestas en práctica en la vida social que Marina llevaba en Chiapas. Sus primas, que la despreciaban por la preferencia insana de la abuela, siempre la obligaron a hacerle de Chita cuando jugaban a Tarzán. Esta infancia tan llena de contradicciones, parece que afectó un poco el sentido de relación de la niña, pues su maestra de kinder llegó a estar convencida que Marina era sordomuda, pues las únicas instrucciones que atendía eran las que se le daban a señas.

—Yo me imagino, maestro Vikingo —me dijo Mágina un día que caminábamos por el campus de Iztacala—, que esta etapa de su vida debió configurar alguno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad, como odiar a quienes hablaban a los gritos, creer que el oficio de globero es el último en la escala laboral, considerar a Tarzán paradigma del explotador capitalista, sentir náuseas cuando veía a un niño arregladísimo, o querer que la gente comiera tacos con unos cubiertos extrañísimos.

Se podrá criticar a mi alumna de no haber mostrado una excepcional capacidad para el análisis, pero no se le puede quitar el mérito de haber sido una relatora inmejorable de la vida de Marina.

Su madre, doña Juliana Santaella (cuya autovaloración la llevó a considerarse una amargada), vivía rodeada de un halo trágico de mujer arrepentida, dando consejos morales a todo el mundo:

—Nunca se fíen de los hombres, niñas —les decía a las amigas de Marina, cuando estaban jugando a la casita—, les encanta ver en las mujeres ese gesto de inocencia con que ustedes bañan a sus monas. A ver, repitan conmigo: «Marieta, no seas coqueta, porque los hombres son muy malos, prometen muchos regalos y lo que dan son puros palos».

Las niñas, casi sin mirarla, cantaban con un sonsonete monótono, encantadas de imaginar que los puros palos se los daban a la que estaba junto.

En general, se podría pensar que, en su juventud, doña Juliana había estado buena, y que incluso hubiera sido una mujer cachonda de no haber tenido esa pinta de pecadora escarmentada: con su caminar de pasitos cortos; con los brazos eternamente enlazados en el pecho; con las rodillas untadas una en la otra cuando se sentaba; pero con unas nalgotas alegres que se le bamboleaban por cualquier cosa, y que contradecían tanto recato.

Su vida, según ella, fue una puñalada trapera, en la que tuvo que sufrir toda clase de oprobios y escarmientos. Entre otras muchas cosas, por ejemplo, se quejaba de haber sido una suerte de andrajo económico, digno de la caridad pública o de la compasión de sus familiares, y había convencido a Marina de que vivían gracias a los favores de su hermana y a la pensión que su abuela tenía como viuda zapatista, y no, cosa curiosa, a que en el hospital se sobaba el lomo como una mula de carga. Marina, que en aquellos años se había vuelto una jovencita bien formada, tímida pero coqueta, que recorría las calles de Tuxtla con una altivez natural que ignoraba las miradas con

que los hombres la seguían, y que tenía un andar desgarbado que la ponía a salvo de toda sospecha de vanidad, escuchaba largamente las quejas de su madre, y, aunque estaba llena de sospechas, no encontraba ninguna razón para dudar de que lo que ella le decía, era verdad.

Fue de ese modo inocente como Marina Campollo inició una vida sigilosa de profesional de la suspicacia, poniendo en tela de juicio cualquier cosa que le dijera su mamá, pues ésta, en sus arrebatos de santidad, le exhibía innegables aunque dudosas pruebas de que su hermana le estaba arruinando la vida.

—Tu tía lo ha hecho todo para demostrarme que es superior a mí. Más inteligente y afortunada de lo que yo he podido ser. Ése ha sido mi calvario m'hijita linda.

La mentada tía estaba obsesionada con la cultura física, y no tenía la menor preocupación económica, ya que estaba casada con un sueco, conocido simplemente como Roger, que había amasado una enorme fortuna comprando tierras de los campesinos de la región, para venderlas después a compañías madereras de Estados Unidos. Casi nadie sabía cómo, ni cuándo, había llegado Roger a México, el caso es que todos lo recordaban como si desde siempre hubiera tenido su despacho en el centro de Tuxtla; sonriéndole a todos los que lo iban a ver, escondiendo sus intenciones en una mirada que se le perdía tras los anteojos ahumados; sentado tras un macizo escritorio de roble blanco; con una monumental caja fuerte a sus espaldas; un sillón de cuero rojo para los clientes, abajo de cuyos cojines escondía las remisiones y los pagarés que le firmaban en garantía, dedicado al próspero negocio del agio, y a quejarse de que su esposa se la pasaba en el gimnasio todo el día, botándose en cremas y afeites lo que él con tanto esfuerzo se ganaba. La opinión que los chiapanecos tenían de él era ambigua, por un lado, le estaban muy agradecidos, porque cuando se encontraban en un aprieto financiero, le solicitaban un préstamo, y Roger se los daba sin indagar casi nada; pero por otro, estaban encabronadísimos, pues una vez recibida la ayuda, él no cejaba hasta que se hacía de sus tierritas. Siempre lo vieron con una mezcla de clemencia y odio, de esperanza y reticencia, que los fastidiaba hasta el culo. Ese sentimiento, generalizado a todos aquellos que lo trataron, llegó a contaminar lo que la gente pensaba no sólo de él, sino de su familia entera. Fuera de su esposa (que parecía no vivir en este mundo, dedicada a hacer ejercicio y practicar cualquier deporte que se le propusiera), su suegra y su cuñada resentían la suspicacia con que las mejores (y también las peores) familias tuxtleñas las aceptaban. Roger era sensible a este malestar y hacía esfuerzos inauditos e incomprensibles para mejorar su imagen ante el público y su familia política: para que el populacho lo dejara de criticar, por ejemplo, compró un órgano como el de Juan Torres, tomó clases por correspondencia para aprender a tocarlo, organizó un conjunto, Los Regor, y de manera gratuita se ofreció a amenizar las fiestas del pueblo. Y, por otro lado, con tal de granjearse a su parentela y disimular su carácter de explotador, le pasaba a su cuñada y a su suegra un *allowance*, como Marina le decía a la pensión que llegaba mensualmente con un mensajero del tío Roger.

Cada vez que recibían el sobre con el dinero, doña Juliana decía que su hermana había sido muy hábil, medio zorra, y le preguntaba a Marina si se daba cuenta del daño que le hacía ese dinero, aunque por su futuro no tenía más alternativa que aceptarlo. Por su cara atravesaba entonces un gesto de entripado que la hacía bizquear de coraje.

Marina siempre tuvo la certeza de que su madre había desarrollado una envidia bárbara e incomprensible hacia su hermana, simplemente porque, al revés de ella, había sabido pescarse a un millonario. «Mi madre», decía en aquellos tiempos, con voz muy queda, como si quisiera que no la oyeran, «es una neurasténica pobre, que se siente víctima de unos neurasténicos ricos». Lo que entonces ignoraba era que doña Juliana, cuando joven, por inconsecuente y caprichosa, se había fugado con un anarquista guatemalteco que acabó muerto en la guerrilla contra Castillo Armas, y que de esa feliz unión, en un campamento clandestino, había nacido Marina. Su madre se lo ocultó por vergüenza, por arrepentimiento, o váyase a saber por qué, y le hizo creer que su padre había sido uno de los banqueros más afamados de la zona del sureste, que un día que salía con la nómina millonaria de uno de los aserraderos, unos maleantes lo balacearon en la mera puerta del banco, dejándolas —viuda a la una, y huérfana a la otra— con la carga moral de la deuda impagable, y por ende, en la miseria.

—¡Ay, señor! —me dijo doña Juliana en el viaje que hice a Tuxtla para confirmar ciertos detalles de la vida de Marina— no sabe usted lo que fue aquel momento en que me mataron a mi viejo. ¡Horrible es poco!

Cuando la conocí, doña Juliana era una mujer morena, desgarbada, de pelo entrecano y ojos saltones, que agitaba las manos en torno a su cabeza, dijera lo que dijera, una calamidad o un chiste. Me pareció una bailarina de flamenco retirada del tablao.

—Mi marido era un zopenco, que me engatusó porque yo era una chamaquita ilusa que todavía creía en la bobera de la justicia social, ¿para qué le cuento? Cuando me lo mataron, entré a la vejez de golpe y porrazo y perdí las ilusiones para siempre.

No me acuerdo si fue por ella, o por su hermana, pero me enteré que el padre de Marina había sido muy guapo, que seducía a todas las muchachas del pueblo, y que desde chico anduvo metido en cuanto lío se organizaba contra el gobierno. Desde que lo vio por primera vez, doña Juliana quedó cautivada por él, se le hizo que se parecía a Jorge Negrete en *Los altos de Jalisco*, y supo que, llegado el momento, no le negaría nada. Cuando él le propuso que se fugaran a Guatemala, ni lo dudó tantito. ¿Cómo se iba a imaginar que lo matarían en un enfrentamiento de obreros con el ejército, durante una huelga que él mismo había promovido? Ese acontecimiento desquició el carácter de doña Juliana para siempre.

—Vivíamos en un pueblo que se llama Pajapita, ¿ha oído hablar de él?

—No, la verdad nunca.

—Claro, es un pueblo rabón que ni siquiera aparece en los mapas locales.

Yo hacía un esfuerzo sobrehumano por seguir la narración de doña Juliana y darle a tanto enredo un mínimo de coherencia, pero cuando ella dijo Pajapita, tuve una prefiguración de infierno: imaginé un pueblucho de un lugar semidesértico, sumido entre tolvaneras y calor; como este pueblucho no podría existir en Guatemala, lo sustituí por otro, igualmente infernal y desaseado, sumido en los rigores de la selva, invadido por una plaga de mosquitos y por pestes tropicales, donde Marina iba a vivir una infancia tortuosa, al lado de una madre que era una energúmena, un padre que era una suerte de Chucho el roto del Istmo de Tehuantepec, y visitas fugaces de una abuela que rayaba en la santidad. Imaginé que si el proyecto de su padre se hubiera realizado, y Marina hubiera crecido ahí, tal vez la hubiéramos conocido bajo las aspas lentas de un ventilador de techo, sentada en un amplio sillón de mimbre blanco, ataviada con un vestido de lino y un gran sombrero de palma en la cabeza, esperando a que llegara Somerset Maugham para dictarle sus memorias, y yo me hubiera evitado el trabajo de reconstruir, con tintes melodramáticos, la vida que en realidad llevó.

—Llegué a Tuxtla hecha un desastre, señor Seligson —me dijo doña Juliana al ver que yo no la pelaba—. Si mi mamacita viviera todavía, le podría confirmar mi estado de cataclismo. Traía a mi hija en brazos, sin equipaje, y con los nervios destrozados, pero no le voy a mentir si le digo que me sobrepuse a la adversidad, y que tuve la idea de ocultarle a Marincita lo de su padre. Lo hice por su bien y no me arrepiento ni tantitito.

La abuela trató de sacarla de su error, pero doña Juliana, terca a carta cabal, se obstinó en la versión del banquero balaceado y en la angustia de pobreza en la que esa mala fortuna las había sumido. En esta apócrifa versión de la madre, el sobre con el *allowance* la remitía al trágico suceso que la había dejado viuda y pobre, y no a la pendejada del guerrillero que se había dejado emboscar por una patrulla del ejército. En su locura era incapaz de no culpar a su hermana, y no hacerse vanas ilusiones de que su hija la reivindicaría ante los ojos del mundo.

—Tú tienes que revertir la historia m'hijita —le decía doña Juliana a Marina, sin que ésta entendiera a qué historia se refería su madre. ¿Debería buscar y matar a los asesinos de su padre?, ¿tendría que despojar a la tía de su riqueza?, ¿asociarse con el tío Roger en sus canalladas?, ¿ser rica?, ¿o qué?

En la práctica, Marina entendió que, simplemente, tendría que ser famosa, y su oportunidad llegó un día en que el tío Roger se presentó a su casa, mandó llamar a Marina, a su abuela y a su mamá, y le pidió a la chica que participara en el concurso de belleza del estado. Durante mucho tiempo Marina no pudo olvidar el escalofrío sísmico con que la noticia la estremeció y que siempre asociaría al recuerdo de aquella reunión: el tío Roger —vestido impecablemente con traje de lino blanco, camisa beige, corbata de moño y sombrero panamá— esperando pacientemente su respuesta, mientras se bebía una limonada y se abanicaba con un periódico; la abuela, derrumbada en un sillón de mimbre, diciendo que no ganaba para canalladas; la

madre, enloquecida de alegría, gritando hacia el techo, como si quisiera que el ventilador la revalorara, «¡al fin, al fin, la historia me hace justicia!»; y Marina, parada al centro de la sala, vestida con el uniforme de la escuela, escuchando atónita la propuesta de su tío, pensando que ni loca se pasearía en traje de baño por un escenario para que una punta de pelafustanes pensaran mal de ella. Vio los ojos de la abuela, puestos en ella, con una especie de compasión oficial; los de su tío, tras los lenticitos redondos, como si fueran la continuación de un sueño aciago; y los de su madre, inyectados de sangre, en los que ya se podía adivinar que estaba inventando las frases que diría a los periodistas de sociales. La sala tenía, agazapado, el clima y el murmullo de la fiesta del martes de carnaval; afuera, en cambio, el humor del aire había empezado a descomponerse desde hacía un rato y probablemente lloviera, los pájaros cantaban como histéricos, pero nadie pensó en irlos a tapar. Con la conmoción que trajo el tío Roger les dejó de importar todo lo que sucediera a su alrededor.

—Hay que darle brillo a la niña —dice Roger, secamente, buscando en el bolsillo de su saco una cajita de puros.

Es una verdad a medias, que ellas creen por completo. Ninguna de las tres mujeres imaginaba que el tío había hecho la invitación con el negro propósito de aprovechar el concurso de belleza para afianzar sus relaciones políticas, y que había decidido que era mejor arriesgar a la sobrina que a sus hijas. Las razones que lo llevaron a concebir tal proyecto, estaban en su historia:

En su larga vida en México, Roger había aprendido algo fundamental: a los mexicanos se les gana sobornándolos y no tratándolos bien. Había aprendido, también, que el soborno nacional se manifestaba con una enorme variedad de matices. Siempre iba a recordar la azarosa forma por la que llegó al agio, y que fue piedra de toque en la educación sentimental de aquellos años. Todo sucedió así: tenía una casa en la playa, y una noche se presentó un viejo indígena (al que varias veces le había prestado su bote para que saliera a pescar), con el propósito de venderle un manglar abandonado, de su propiedad, que colindaba con los terrenos en donde Roger tenía su casa. Según le explicó el viejo, el mar trajo arrastrando una ballena hasta la caleta donde tenía su choza; al principio creyó que con eso se había acabado la necesidad de salir a pescar todas las mañanas y empezó, ayudado por su hijo y su nieto, a cortar al animalote para salar la carne, pero el cachalote había empezado a descomponerse, ahuyentando la poca pesca que quedaba, y prefería mudarse con su familia a hacer algo por moverlo. A Roger todo aquello le pareció una locura, pero se había acostumbrado a la magia que regía todos los acontecimientos y las decisiones de los habitantes de estas tierras, y lo aceptó de mala gana; estuvo tentado a rechazar la oferta, la propiedad era buena, comentó, pero a él no le serviría para nada; el viejo le dijo que solamente a él se la vendería, a él o a nadie más, pues le debía varios favores; estaba casi dispuesto a dársela en pago de las veces que lo había ayudado en el pasado; un gringo que cenaba con Roger aquella noche, le ofreció pagarle un

cincuenta por ciento más de lo que el viejo le pedía, si se quedaba con el manglar y después se lo vendía a él. De esa manera casual, Roger se convirtió en el eslabón por el que el pulpo norteamericano se hizo de muchas hectáreas madereras.

—Haber sido un chingadazo de suertes —decía Roger recordando aquel suceso que le enseñó la forma cándida por la cual los chiapanecos acabarían por entregarle sus propiedades.

Al principio le fue fácil conseguir las tierras que el gringo le solicitaba, pero poco a poco se le convirtió en un negocio lleno de trabas y complicaciones, y se inició en las múltiples formas del soborno: daba préstamos con intereses irrisorios; se volvió casamentero y juntó parejas dispares; mantenía a brujos mayomberos que curaban cualquier enfermedad; remozó un panteón que, según todos, estaba lleno de fantasmas a punto de fugarse; enviaba a reparar, gratuitamente, los jacales destruidos por las tormentas tropicales; se ocupó de que adoptaran a los huérfanos que quedaron desamparados después de un terremoto que asoló toda la costa del Pacífico; y en esa forma tejió una enorme red de favores, y casi todos los chiapanecos estuvieron, de una u otra forma, endeudados con él, al punto de que en algún momento se veían obligados a venderle sus tierritas.

La ola nacionalista que siguió al gobierno del licenciado López Mateos, sin embargo, lo encontró políticamente desprotegido. De repente se vio expuesto al acecho de funcionarios y caciques de nuevo cuño, que veían con recelo sus actividades agioteras y su relación con los norteamericanos. Se sentían fuera de un próspero negocio, marginados de sustanciosas ganancias y eso, ya se sabe, no hay político mexicano que lo resista. Lo mandaron investigar, lo atosigaron con impuestos, y le requirieron de licencias de todo tipo. Fue entonces que Roger se puso a cavilar una nueva forma de soborno, y un día, en su misma casa de la playa, viendo el cuerpo espléndido de su sobrina, su cara enigmática en la que naufragaba un aire de melancolía que la volvía encantadora, concibió la idea de hacerla reina de belleza del estado, para después, como se diría ahora, mercadearla con quien más le conviniera. La ambición, vanidad, frivolidad e idiotez mercantil de su cuñada, serían sus mejores aliados.

Marina aceptó la proposición de su tío, más por la insistencia de su madre que por otra cosa, y tuvo que zamparse dos semanas de entrenamientos para caminar, para girar sobre la punta de los pies, para vestirse así o asá, para hablar bien pero con acento de tarada, y para reírse con todo el mundo como si todos fueran la mar de simpáticos. Tuvo que escuchar, mientras tanto, interminables proyectos que su madre hacía para el futuro: «Viajaremos por el mundo entero... el Taj Mahal se nos rendirá (siempre creyó que el Taj Mahal era una especie de sultán y no un monumento)... conquistaremos Nueva York... veremos a la reina Isabel en persona...». Sus días estuvieron sometidos al régimen de la frivolidad y la esperanza de fama.

Para entonces, Roger había invertido una buena feria en el triunfo de Marina, lo cual no quiere decir que comprara a los jueces (Marina, en verdad, no lo necesitaba,

ya sabemos que era muy guapa, y eso sin contar que sus contrincantes no eran ningún portento de belleza, se dice, incluso, que a la aspirante por San Cristóbal de las Casas la descalificaron por su contundente parecido con Don Benito Juárez, que por muy Benemérito de las Américas que fuera, era más feo que pegarle a Dios en Semana Santa), sino que había desperdigado dinero por todos lados —en invitaciones a cenar, en volantes para anunciar una romería extraordinaria, en meriendas populares, en carteles donde su sobrina lucía radiante— y cada peso que gastó estuvo destinado a que la gente creyera que Marina, además de muy guapa, era un excelente partido, y que atrás de ella habría una dote sustancial para un futuro prometido. Roger había planeado que si Marina era electa Miss Chiapas, el hijo de don Pompilio Ontiveros, el cacique más famoso de la región, se fijaría en ella tanto por su lana como porque estaba buenísima, que se casarían y que ése sería un salvoconducto contra cualquier politicastro que quisiera oponerse a sus planes expansionistas.

Marina efectivamente triunfó y fue proclamada, entre aclamaciones del populacho, Miss Chiapas 65; y, efectivamente, todo mundo creyó el asunto de la dote sustanciosa, pero nadie, ni aún Marina, que se había entusiasmado con la idea de que el concurso podría liberarla de su familia, sospechó que los proyectos de todos estaban destinados a fracasar de la manera más estruendosa.

La fiesta que Roger organizó para celebrar el triunfo de su sobrina, se hizo casi expofeso para presentarla con Pompilito Ontiveros, en un patio que era igualito al de una abadía. En los pasillos de lo que parecía un claustro de a poquianchis, había el suficiente número de mesas para atender a medio Tuxtla; al centro, junto a una fuente que perfumaba el ambiente con pétalos de nardo que flotaban en el agua, estaba la pista de baile; en un rincón había una tarima para Los Regor, que esa noche sería dirigido por el mismo Roger, en honor a su sobrina y de la honorable concurrencia (los que habían sido invitados a la fiesta no estaban muy al tanto de los avances musicales de Los Regor, pues una deformación en las preferencias populares los había obligado a asistir a sitios poco elegantes, pero más divertidos, y habían alcanzado sus mayores éxitos en el burdel de Chiapa de Corzo). Todo estaba preparado para una fiesta soberbia, como nadie la había dado jamás en Tuxtla. Había guirnaldas de papel, colgadas del techo, atravesando el patio; música continua; flores hasta para aventar; una cena en que se alternaban platillos típicos con lo mejor de la cocina francesa; ríos de aguardiente, ron y vino; muchachas vestidas de colores típicos, y todos los jóvenes del pueblo. Sólo faltaba que lo más granado de la sociedad chiapaneca fuera capaz de relacionarse con las amistades que Roger había hecho en el burdel de Chiapa, y fue por eso que lo que iba a dar brillo social a la familia de Marina, amenazó con enlodar su ya dudoso prestigio.

En opinión de Mágina Contreras el fracaso de la fiesta se debió a cuatro razones fundamentales:

Primero: porque no se sabe cómo, las hermanas Minondo, unas putas de Tuxtla (que no ejercían el oficio de manera oficial, pero que eran más putas que las más

putas de Chiapa), se colaron a la fiesta, ahuyentando al gremio de las esposas, y dejando a la Reina Madre quejándose de su destino y confesándole a una maceta cuán ingrata e injusta había sido la vida con ella, después de haberse bebido varios tarritos de charanda de Michoacán que, tampoco se sabe cómo, llegaron hasta sus manos. Roger, que no esperaba ver ahí a las susodichas hermanas Minondo, las recibió con atenciones excesivas, y pensó que aquellas mujeres, de indudable alegría, animarían la fiesta y darían fe de que no era ningún resentido, y de que su popularidad entre todos los estratos sociales de la ciudad estaba a prueba de balas. Le hizo notar a su mujer que aquélla iba a ser una fiesta histórica, donde, en armonía, quedarían cicatrizadas las heridas y borrados los rencores de la lucha de clases. No se percató, en ese momento, que si algo odian los chiapanecos, es a los chiapanecos de los otros estratos sociales.

Segundo: porque Roger, que tenía debilidad por las Minondo, se empedó con ellas hasta decir basta, y sin darse cuenta que los invitados se retiraban «en ordas» (como escribió uno de los cronistas de sociales de *El Sol de Chiapas*, que reseñó la fiesta), se pasó toda la noche bailando con ellas, haciendo brindis en su honor, y rifando, entre los maridos que quedaban, la siguiente pieza «para que nadie quedarse sin gozar de la cachondería de estas muchachas», en vez de cuidar a su sobrina, en la que había invertido una fortuna.

Tercero: porque el futuro prometido de Marina (al que la política le importaba un rábano, y era un junior que estaba dispuesto a dilapidar la fortuna de su papi), en vez de cortejar a la reina de belleza del estado, y esperar a pedir su mano, trató de comerse su cuchita antes de tiempo, y cuando Marina le dijo que estaba muy contenta de bailar con un hombre de tanto futuro, él le contestó —con voz aguardentosa, que delataba una guarapeta de campeonato— que era cierto, que tenía mucho futuro, pero que qué le parecía si se daban un buen faje para que le mostrara que también tenía un presente imponente. Marina, ofendida y arremangándose la gran falda rosa de su traje de Reina, le contestó que era un pelado, y el resto de la fiesta se la pasó huyendo del galán, que la correteaba por los jardines de la casa, gritándole que quería acariciarle el alicate para que ya no fuera Miss.

Y cuarto (lo que en el criterio de Roger fue lo que definitivamente echó por tierra sus ambiciones políticas): porque a las tres en punto de la mañana, don Pompilio Ontiveros (que presumía de haber estado presente en la balacera de Chinameca, donde mataron a Zapata, y que durante toda su vida había observado una conducta intachable), se sentó en las piernas de su compadre, el general Urbina —el famosísimo general, don Leoncio Urbina— y le confesó, en zapoteco, que desde que eran adolescentes lo amaba con locura. Don Pompilio Ontiveros no le perdonó a ninguno de los que estaban en aquella fiesta el haber presenciado su deshonra, y se propuso alejar del pueblo a todos los que lo vieron hacer el papelón: logró, con sus influencias, que trasladaran a su compadre Leoncio a la aduana de Nuevo Laredo; a su hijo lo mandó estudiar a Checoslovaquia, con la amenaza de que si se le ocurría

volver, le conseguiría una beca en Siberia; a Roger no le hizo nada, pues al ver que el cacique se fajaba con el militarazo, fue parsimoniosamente a su lado, y ante el silencio de todos, le plantó tremendo beso a su capataz (que tocaba el combo con Los Regor), tomó a don Pompilio de una mano, y le dijo (en perfecto español de un sueco): «Nosotros coger con las Minondo para evitar dudas hombría»; de no ser por esa muestra de solidaridad, lo refunde en la cárcel o ve que le apliquen el 33. A Marina tampoco le hizo nada porque al otro día se fue a la ciudad de México, según ella, a continuar probando fortuna en base a su belleza, pero según el destino, para darse el encontronazo con la verdad de que era hija de guerrillero y berrinchuda.

De cualquier manera, la tragedia de la fiesta causó una conmoción no solamente entre la gente de mucho mundo, sino que la noticia corrió como reguero de pólvora por todo el pueblo, y al día siguiente, Marina tuvo que ser paseada, en un auto convertible, por el bulevar que lleva al aeropuerto, para que pudiera ser vista por indígenas, obreros, criadas, verduleras, albañiles, y todo aquel que quería conocer, aunque fuera de lejecitos, a quien había desenmascarado a don Pompilio. Ahí empezó la leyenda de su belleza, y, también, la de su tragedia.

Marina iba a recordar aquella despedida popular a través de la pesadumbre del calor de mayo, de las hojas de los mangos regadas por la calle a causa de las lluvias torrenciales, de los vítores de la gente, y del esplendor efímero de los chales de las mujeres agitándose por el aire en signo de despedida.

No habían pasado ni tres semanas cuando Marina fue seleccionada, entre candidatas de todos los estados, para participar en la gran final de Miss México 65. Le pareció increíble que su nombre —tan vilipendiado y alabado por la prensa amarillista de Tuxtla— resonara con tanta potencia en el salón mayor del hotel Camino Real, y que Paco Malgesto, el mismísimo Paco Malgesto en persona, dijera al público que estaban frente a las quince mujeres más bellas de esta desconcertante y apasionada República Mexicana, y que al día siguiente, en la prueba de traje de baño, creatividad e inteligencia, conocerían a la nueva Reina de la belleza mexicana. Marina no pudo evitar acordarse de su abuela, lloriqueante, que le tomaba la mano cuando en la televisión, hacía muchos años, Carlos Amador gritaba «¡arriba corazones!», y coronaba a una viejecita desvalida como «Reina por un día». Su abuelita soltaba un grito lastimero y le decía a su nieta, que estaba arrodillada a su lado, que lo que más anhelaba en la vida era ir a la ciudad de México para participar en aquel concurso tan caritativo, que alguna vez Dios le tenía que conceder esa gracia. Aquel recuerdo, mientras paseaba por el estrado para que los fotógrafos se dieran vuelo con su cámara, le llenó a Marina los ojos de lágrimas. Si acaso su mamá pensó que, triunfando, la reivindicaría de las canalladas y envidias de su hermana, en realidad era a la abuela a quien Marina deseaba compensar por no haber sido nunca coronada como «cabecita blanca».

Levantando el rostro hacia una cámara, y sonriendo forzosamente, la candidata chiapaneca a Miss México 65 puso cara de aquí está por quien lloraban, pero para sus adentros se estaba dando ánimos al grito de «¡arriba corazones!», y, con la embriaguez de los sueños realizados, sintió el enfermizo deseo de tener presentes a sus familiares en la gran final del día siguiente, y se prometió que apenas llegara al hotel hablaría a Tuxtla para que todos, toditos sus parientes, vinieran a compartir su triunfo y su alegría.

—Vénganse hechos la mocha —dijo por teléfono, sin poder contener las lágrimas—. Si toman el avión de la mañana llegan a tiempo.

—Háblale a tu prima Linelin que, ya sabes, vive en México —le contestó su mamá, sin tener la menor idea de que esa llamada acabaría de desatar los nudos de la tragedia—, le va a dar mucho gusto volverte a ver. Nosotros te alcanzamos en el hotel antes de que te vayas a la final. ¡Estoy que reviento de alegría! Chau, nena.

Linelin era la segunda hija de Roger, y Marina la recordaba con una mezcla de coraje y ganas de vomitar por la gran cantidad de trastadas que le hizo en la infancia, pero, sin embargo, en un intento de congraciarse con su pasado, la llamó como su mamá le había pedido. Linelin le dijo, en perfecto falsete de cantante de rancheras, que estaba encantada de que se hubiera acordado de ella, que había visto su foto en el *Ovaciones*, que si no le daba pena exhibirse con un traje de baño tan pequeño, que ay qué bárbara, que siempre había sido tan aventada y por eso la envidiaba tanto, pues ella siempre había sido tan sosa tú, y que claro que sí, que iría a desayunar con ella a su hotel, la mañana infausta del día siguiente, en que todo lo malo sucedió.

Márgara me contó la multitud de veces que escuchó, de boca de la misma Marina, lo que aquel desayuno había significado para ella. Dice que primero presentaba la situación como si estuviera describiendo cómo le habían ofrecido la oportunidad de su vida, para dar luego el desenlace que la hundió en la desesperación. En su relato, la Muñeca se solazaba imitando la voz y los gestos de su amiga, y lo hacía tan bien, que a mí me parecía que estaba con Marina y no con mi alumna.

—¿Para qué te repito lo que fue ese desayuno, Muñequita? —cuenta Márgara que decía Marina—. Se me ocurrió comentarle a mi prima que mi papá, que yo creía que había sido el hombre más bueno sobre la tierra, un alma de Dios, estaría orgulloso de mí. Te juro que me lo estaba imaginando como Rock Hudson en *Gigante*, altote y sin pizca de miedo. Me acuerdo clarito que le dije: «Si esos malvados policías no hubieran matado a mi papi, orita estaría conmigo, hinchando el pecho de orgullo». La Linelin se me quedó viendo muy seria y me dijo que cuál alma de Dios ni qué ocho cuartos, que mi papá había sido un prófugo de la justicia, un guerrillero anarquista, poquito menos que un bandolero, un asalta caminos y quién sabe qué cosas más, al que había matado el ejército guatemalteco. El corazón se me fue a los talones, te lo juro. Por labios de mi prima supe la tormentosa y verdadera historia de mi progenitor.

Marina, empavorecida, escuchó la revelación que no solamente destruía sus ilusiones, sino que la ponía frente a las contradicciones de toda su vida, las propias y

las de su familia entera. Seguramente su prima, envidiosa de la belleza de Marina, levanta las cejas a alturas galácticas antes de soltar la bomba, con la expresión de malicia radiante en que retoñan los odios de la infancia, a punto de triturar el sello lacre de la confianza que Marina siente por sí misma. En el rostro de ésta se refleja el terrible peso de la verdad: pasado y presente, simultáneamente, configuran el horror de una realidad oculta y siniestra, que, ahora, parece imponer su ley. Ella, que había hecho un altar en su cuarto con una fotografía de un hombre que no era su padre, y que ni siquiera se acuerda de dónde sacó; ella que, como lo creía banquero, había puesto, cruzadas sobre la cabecera de su cama, una bandera del Banco de Comercio, y otra del Nacional de México; ella, que ya no es más la huérfana de un padre honorable al cual reverenciar, hace responsable de su desdicha, no nada más a su madre, por haberle inventado la patraña del banquero sacrificado por una banda de forajidos, sino a todas las madres del mundo. La maternidad se ha ganado un enemigo mortal.

Por lo que hizo después (su prima todavía estaba relamiéndose los labios de felicidad y ella era incapaz de salir de su estupor), podemos deducir que Marina pasaba por las diferentes fases de aquellos que se decepcionan de la vida. A saber: a) no poder hablar, ni respirar con normalidad, y empezar a balbucir, ininterrumpidamente, las cinco vocales; b) alternar el color de la tez, del blanco al morado, y viceversa; c) lanzar una primera mentada de madre al ser que por su cara más pareciera merecerla, y d) pedir perdón al victimario (y no a quien recibió la mentada), taparse la boca con el puño de cualquiera de las manos, y retirarse corriendo sin dar ninguna explicación.

—¿Qué otra cosa hacía, Muñeca? Salí pelando gallo y creo que ni siquiera pagué el desayuno, pero en mi alocada carrera tuve tiempo de hacer una revaloración fulminante de mi vida. Me di cuenta de que, aunque yo no hubiera sido consciente de ello, en mí coexistían dos fuerzas que no me habían permitido ser libre: era burguesa y revolucionaria al mismo tiempo. Tenía miles de ejemplos a mi alcance para demostrármelo: que me gustaba la ropa de buena calidad, pero odiaba los trajes sastres o de noche; que me choca comer parada, pero no soporto los restaurantes de postín; que las mujeres cotidianas me caen en pandorrea, pero me son igualmente odiosas las corrientazas que mastican chicle. En fin, qué más te puedo decir, eran miles y miles de cosas contradictorias. Miss México 65 me había colocado en la encrucijada de mi historia.

A media tarde de aquel día fatal, llegaron al hotel los parientes de Marina. Su mamá, la tía atleta, el tío Roger, y, de nueva cuenta, su prima Linelin que no quería perderse el final del drama que su confesión había desatado. La abuela —le dicen— se ha quedado en Tuxtla, pues presiente que su corazón será incapaz de resistir la emoción de ver a la nieta coronada como la mujer más hermosa del país. Su mamá agrega que tienen el mundo en el bolsillo: «Ya la hicimos, hija», concluye sin siquiera haberla saludado. Marina los ha recibido en su cuarto, y solamente de verlos le da

vértigo. Se ha pasado el día entero inventándose razones para perdonar el engaño en que la han hecho vivir, pero en el instante en que se paran frente a ella, Roger abre los brazos, y la tía atleta afirma que es el orgullo de la familia, se da cuenta de cuánto los odia, de cuánto los ha odiado desde que era chiquita, y se apodera de ella un deseo incontrolable de venganza. A partir de ese momento Marina se abandonará a su coraje, y le será imposible controlar los efluvios (como se asevera en las novelas) de su alma atormentada. Lo primero que les dice (improvisando una escena del *Teatro Familiar de la Azteca*, que tan del gusto era de su abuela), es que los ha hecho venir para comunicarles, personalmente, su decisión de retirarse del concurso, que todo ha sido una patraña vil, que ha fingido todo este tiempo para burlarse de ellos, pero que han llegado al final del camino. Nadie da crédito a lo que escucha y se miran consternados los unos a los otros. Marina, que podría haberles hecho un escenón (con berrinche, pataleta y manotazos), se concreta a repetir, inmutable, que ha enviado una carta al comité organizador del concurso, comunicándole que abandona la competencia. Sosteniendo la mirada de cada uno de sus parientes, los ve por primera vez con la cara en llamas, y agrega que lo sabe todo. A nadie parece importarle cuál es el «todo» que sabe Marina, pero su mención produjo un silencio espectral que duró veinte segundos. El tío Roger (que desde que recibió la noticia de que su sobrina participaría en la gran final no ha hecho otra cosa que pensar que su inversión no ha sido en vano, y que ha dedicado horas enteras a evaluar con quién le conviene más casar a Marina, si con el representante del PRI, o con un viejito industrial, próspero presidente de la COPARMEX local), se aleja parsimoniosamente hacia un rincón, llama a su esposa, y empieza a discutir acaloradamente con ella quién de los dos debe tirarse primero por la ventana. La madre, ofuscada al extremo, abre su bolso en busca de una navaja con la cual cortarse las venas, mientras le grita a Marina que es una desconsiderada, que cómo es posible que quiera claudicar, que es un engendro de su vientre. Solamente Linelin ríe y le cierra un ojo a su prima.

Ahí debió haber parado la cosa, la mamá y los tíos debieron irse, decirle a Marina que se olvidara de que existían, que estaba desheredada, o cuando más, rasgarse las ropas como hacemos los judíos cuando le queremos decir a alguien que está muerto en vida para nosotros. Pero cuando Marina regresa al lugar donde se inició la escena, pone la misma cara de mustia con que los recibió, y recorre con su mano el sueter que se ajusta sensualmente a su talle —el talle tan admirado por los jueces del concurso, y que era, junto con sus piernas y su cara, una especie de cheque al portador que le garantizaba el triunfo— se oyen gritos confusos. Dios mío, qué ocurre; ¡qué costalazo! Le dio un infarto; ¿no será un simple patatús? Traigan las sales; es por tu culpa, ¡canalla! Marina se vuelve y ve que su tía, a pesar de su excelsa condición física, se ha desmayado. Todos han corrido a auxiliarla menos ella. Desde donde se encuentra, Marina puede constatar que tiene las piernas peludas, e inconscientemente se pregunta que cómo tendrá el sexo. Por un breve instante la desmayada recobra el conocimiento, clava los ojos en los de su sobrina, y se vuelve a desmayar. La actitud

de Roger y doña Juliana es desesperada. Por un lado, ella se hinca y se pone a rezar el rosario (como si estuviera ya en el velorio de su hermana), y entre Ave María y Ave María, increpa a Marina diciéndole «ora verás, te voy a acusar con tu abuelita», y le ordena a su cuñado que pida una larga distancia a Tuxtla, para decirle a su mamacita santa el monstruo que han educado entre las dos. Roger, por su parte, opta por ignorar a su cuñada, y con la cabeza de la desmayada entre sus manos, le da respiración de boca a boca mientras balbucea diversos diagnósticos que buscan esclarecer la naturaleza del mal que amenaza con llevarse a su esposa de este mundo. Cuando la tía reacciona al tratamiento de respiración bucal, Roger (con la mirada inyectada en sangre y mirando como loco hacia todas partes), parece hallarse en posesión de la verdad y dice: «Pinche vieja, se estaba haciendo». El impropio estremece los cimientos de la discordia familiar que están viviendo, y arrasa con los últimos vestigios del cariño de la sobrina. La torpeza de Roger sólo es igualada por la de doña Juliana, que, al verse sorprendida por la repentina e imprevista recuperación de su hermana, se levanta de donde estaba, y al querer abrazar a la desmayada, se tropieza y le echa encima sus 56 kilos de angustias.

—Ahí sí la hartaron, maestro Vikingo —me dijo Márgara con los ojos entristecidos por el recuerdo de su amiga—, ¿qué otra cosa le voy a contar? Le colmaron la paciencia y los corrió de su cuarto. Se fueron fúricos y solamente la Linita se despidió de ella dándole un beso y diciéndole «chau primi».

Inmediatamente después, con un residuo del valor malogrado por la contrariedad, Marina efectivamente escribió la carta a los organizadores del concurso, exponiendo los motivos de su renuncia. No he podido obtener una copia, pero parece que arguyó, para darle a su renuncia un tinte realista, que de repente se había percatado de que era feminista y que no estaba dispuesta a seguir traicionando sus principios vendiendo lo más caro que puede tener una mujer (su femineidad), en aras de que alaben su belleza. Había pasado, en menos de un día, de profesar un entusiasmo por la cultura física, a ser expositora de la fracción del feminismo conocida como fatalista.

Cuando finalizó de escribir la carta, se sintió como si estuviera de regreso de muy lejos y de mucho tiempo. Casi se había desvestido por entero, estaba llorando, desvencijada sobre el sillón del tocador, mirando en el espejo su rostro embadurnado de gruesos goterones de rímel. Se lamentaba por no haber conocido a su verdadero padre, y se sentía con el deber de reivindicarlo, pero también, sentía que una larga época había tocado a su fin, y lanzó un aullido de dolor que le cimbró las entrañas.

Me puedo imaginar cada detalle de la escena: la habitación desordenada, con el rumor del rompimiento todavía flotando en el ambiente; el tocador lleno de afeites (objetos que apuntalan su belleza, y, al mismo tiempo, la soledad infinita en la que se ha sumido); el traje de baño oficial de Miss México 65, tirado en un rincón; el vestido de noche, rasgado sobre la cama, junto a una maleta de cuero a medio hacer; ropa regada por todos lados. La imagino —casi desnuda, en brassiere y medio fondo— mirándose al espejo, con un pálpito de desolación, abriendo sus gestos a una lectura

inagotable; sus ojos llorosos; su cabello, como llovizna tropical, cubriéndole los hombros; el cuerpo espléndido, con los pezones alborotados bajo el sostén de seda, y un tirante, al garete, resbalando sobre el brazo; toda ella símbolo de la belleza y la soledad en la que se debate, toda ella cifra de las contradicciones a las que se ha visto arrojada, planeando un futuro en que, nuevamente, la ley de un padre desconocido impondrá sus reglas. En el caldo de larvas de su ira se revuelve la certidumbre de la desesperanza, pero aún así, se promete que no volverá a las frivolidades del pasado y que buscará la forma de encontrar un sentimiento que se le extravió en su infancia, tal vez antes. ¡Ay! nada más de imaginármela en su pose de tormento, se me pone la carne de gallina.

La vida de Marina de ahí en adelante va dando tumbos. Después de enviar la carta con su renuncia, toma varias decisiones contradictorias. Por un lado, ya que lleva en las venas sangre revolucionaria, decide prepararse para ser activista: al día siguiente se inscribirá en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; por otro lado, ya que casi no tiene dinero, decide lanzarse como modelo profesional. Para festejar proyecto tan descuartizador, en vez de buscar ayuda psiquiátrica, se gasta lo único que lleva en los bolsillos en una fastuosa cena en el Champs Élysées, y en hospedarse en el hotel El Presidente, que entonces era uno de los más caros de la ciudad.

Esa primera noche de su nueva vida, mientras se toma un Martini, con el humor pervertido del recuerdo de la renuncia, se promete no ver nunca más a su familia y se hace a la idea de un futuro que, de haberse llevado a cabo, la hubiera calificado como una de las grandes esquizofrénicas de la historia. Cuando ya va por el tercer Martini se ve a sí misma en posesión de una cultura avasalladora, triunfando como poetisa, dirigiendo una huelga de ferrocarrileros, e increpando a las masas con versos de Juan de Dios Peza; se ve, incluso, como una modelo famosa, apareciendo simultáneamente en la portada de varias revistas femeninas.

Todos sus proyectos se realizan a medias.

Buscando dónde vivir, en un periódico ve el anuncio de una casa de huéspedes, cuyo alquiler es baratísimo; le da la impresión de que el anuncio está casi dirigido a ella, y toma un camión con la seguridad de que en esa casa hallará un nuevo hogar. La casa, conocida con el nombre de Albergue San Martín de Porres, es de la mamá de Mágara Contreras, alias la Muñeca. Cuando se presenta —con maleta en mano, gabardina desteñida, pañoleta colorada sujetándole el cabello, como si fuera Anita la huerfanita veinte años después— la señora Contreras la recibe encantada pues tiene una hija de su edad. Mágara y Marina inician, así, una amistad entrañable de la que se beneficiarán mutuamente: Mágara, que ya ha trabajado de modelo, se convierte en su agente y la presenta con Antulio Jiménez Pons; Marina, que nunca ha tenido una hermana, se vuelve su encubridora, pues entretiene a la madre, pidiéndole que le repita los interminables favores que San Martín de Porres le ha concedido, mientras

Márgara se faja en el pasillo de la casa con un novio que parecía decentísimo y que resultó un canalla.

En este lapso, Marina trabaja como loca: combina su actividad como modelo, con sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras. En su trabajo tiene y no tiene suerte: por una parte, se vuelve consejera de un ejército de homosexuales, lo que le da un barniz de experiencia, apertura, y mujer muy *up to date*; y por otra, se da cuenta que los únicos hombres que la invitan a salir lindan con la ancianidad. Todos, los mariquitas y los viejos rabo verde, le aburren al extremo.

Está tan llena de actividades que apenas y duerme, lo que le provoca leves lagunas mentales y le da la impresión de que vive una de las épocas más agitadas de su vida: una vez, en la facultad, contesta que el autor de *El Buscón*, es Miguel Ángel de Quevedo, antes Taxqueña; otra vez, en un comercial en el que debe decir algo en francés acerca de un perfume finísimo, suelta un *hai ku* de José Juan Tablada; y, en una ocasión más, a Mincho Mendizábal —un industrial chocho, con ademanes feminoideos, miembro activo del Opus Dei— le aconseja que sea bisexual.

Mincho Mendizábal la había conocido gracias a Lola Bringas, una amiga suya que tenía una boutique en la esquina de Reforma y Niza. Lola lo había invitado a la presentación de su línea de verano, en donde Marina fue una de las modelos. Bastó una sonrisa ingenua, su mirada de mujer desamparada, para que Mincho quedara cautivado. Marina lo vio de lejos y volvió a descubrir el hipnótico efecto que su presencia causaba en los octogenarios. Sintió que su sino era revivir en los jubilados el recuerdo de sus pasadas glorias, le dio coraje consigo misma, tuvo ganas de largarse inmediatamente, pero, sin embargo, cuando Mincho la invitó a bailar ahí cerquita, al Normandie, no pudo negarse; se percató que estaba frente a una sexualidad casi perdida, y pensó que una negativa de su parte equivaldría a un homicidio con agravante erótico.

—¡Ay, qué pena licenciado! —exclamó Marina, ocultando el rostro para disimular una sonrisa.

—Dígame Mincho —contestó él, sonrojándose, con un gesto que le cuadrículó el rostro de arrugas.

Unas copas de más, la extremada galantería de él (que algo tiene de jotería), y su manera de bailar con brinquitos semirrítmicos, hicieron que Marina extraviara, de nuevo, sus sueños en la realidad. Vio, al centro de la pista, la gran bola de espejitos que lanzaba rayos de luz a todos lados, una pareja de gringos besándose en una mesa, un par de meseros acariciándose discretamente en un rincón, una fichera elegante que fumaba a solas en la barra, y le pareció que todo estaba alrevesado.

—Es usted muy hermosa —le dice Mincho, levantando las cejas, en un vano intento por que los párpados no se le cierren.

—No se crea —le responde Marina con mucha presencia de ánimo, concentrada en los rayos de luz que destrozan el contorno de la pista, antes de darle a conocer la imagen que guarda de sí misma—: en mí se esconde una alimaña contradictoria, que

vaga por la vida con un sino de incongruencia.

Mincho trastabillea, se tropieza con una pareja que baila a su lado, le da un pisotón a Marina, pero no parece preguntarse cómo le hacen las alimañas para vagar incongruentemente por la vida. En cambio, se dice que necesita dar apoyo a aquella mujer que tiene entre sus brazos, y le lanza un piropo que, en su criterio, es apabullador:

—Una alimaña encantadora, a la que este humilde servidor quisiera rendirse.

Marina no puede evitar un nuevo sentimiento de extravío, siente que Mincho se pierde en la noche de los tiempos, y simplemente evoca el regusto desdichado que le dejó su tío Roger nalgueando a las Minondo; a don Pompilio aferrado a los bigotes de su compadre Leoncio, para que no cerrara la boca cuando lo besaba; a Antulio Jiménez Pons, confesándole que estaba enamorado del electricista encargado del foro donde graban los comerciales; y a Pompilito Ontiveros, sobándose los güevos, en un último esfuerzo por excitarla. Esa multitud de imágenes se le mezclan con la voz meliflua del licenciado Mendizábal, que la devuelve al Normandíe cuando le propone, con un timbre de esperanza, que quiere casarse con ella.

—No sea así, don Mincho —dice Marina, abismada en su capacidad para embrollar las verdades, recordando que alguna vez Antulio la había aconsejado para llevar una vida sexual más abierta, y cree que lo mejor que puede hacer es repetirle el consejo al vejete—: Yo no le convengo, y mire, según yo lo percibo, es mejor que se declare bisexual, así tendrá el doble de chances para encontrar con quién salir el sábado por la noche.

Marina, atontada por sus fantasías ideológico-sexuales, percibe algo de sí misma que hasta entonces era una vaga intuición: lo entiende y participa en todo, hasta que la sensualidad se asoma a su vida, y, entonces (como diría su abuelita) le gana la vergüenza. Mincho Mendizábal, por su parte, se desabrocha la camisa, se saca un escapulario del entrepecho, lo besa, y le pide la cuenta a un mesero que, como un aparecido, camina en medio de la pista de baile.

—Yo le pregunté que qué le había hecho al pobre de Mincho, señor Seligson —me contó Lola Bringas, todavía con un destello de cólera en la mirada, recordando la forma en que le había reclamado a Marina su crueldad con el anciano—. Usted no lo va a creer, pero el pobre se quería ir de fraile al Perú, como José Mojica. ¿Y qué cree que me contestó la malvada? «Puras exageraciones, Lolita», me dijo la muy hipocritona. «Yo nomás quise que pasara lo mejor posible sus últimos años. Le aconsejé que aceptara que es joto». Le hizo un daño al pobre, que para qué le cuento más.

De aquella noche con Mincho, Marina sólo recordaría el fulgor de calavera de los dientes del viejito, fulgor que le abrió el corazón para entender que estaba condenada a los amores atormentados. El aroma de los cabarets, la iluminación parda de las pistas de baile, las caras en sombras tras el humo de los cigarrillos, será inevitable, siempre la remitirán a su propia sexualidad avergonzada.

Esas confusiones, insinceridades o malos entendidos, en los que con tanta facilidad cae, le ocasionan tales trastornos que si no la corrieron de la facultad, fue porque su amigo, Gonzalo Celorio, le contestó los exámenes finales; si conservó la chamba, fue gracias a que Jiménez Pons logró colocarla en *T. V. Musical Ossart*, un programa en el que todo lo que tenía que hacer era sonreír a la cántara y soplarle a un pompón de talco.

Para no darle gusto a la adversidad se inscribe al seminario de creación teatral de Héctor Azar, y el año 68 la sorprende en plena actividad dramática, formando parte del grupo de teatro «Lenin & Trotsky, sociedad de responsabilidad limitada», y organizando brigadas de estudiantes para hacer pintas de bardas en las noches. Como ha dejado crecer su espíritu guerrillero, mantiene sus actos en una suerte de clandestinidad, y Mágina no sabe decirme qué fue en realidad lo que le pasó en ese año.

—A cada ratito me decía, «perdóname Muñequita, pero si te cuento lo que sucedió en la asamblea te puedo meter en un problema». Y yo ni caso, maestro, me quedaba en Babia, y la verdad mejor, pues no quería saber nada de estudiantes, eran unos revoltosos bien hechos. Me acuerdo cómo corría la gente cuando alguien decía «ahí vienen los estudiantes». Se hicieron de una famita... Pero Marina andaba con ellos a toda hora, hasta creo que era novia de un barbón. A veces algunos iban a visitarla a la casa. Llevaban el pelo tan largo, olían como si no se hubieran bañado en años, eran tan, tan fachosos, y hacían tal escándalo con eso del futuro de la Patria y la responsabilidad de los jóvenes, que su presencia causaba un escalofrío de estupor en mi mamacita.

Parece ser que con su grupo de teatro dan varias funciones de *Te juro Juana que tengo ganas*, de Carballido, para los presos de Lecumberri; que conoce a Pepe Revueltas, y en una representación, sin qué ni para qué, recita la primera página de *El luto humano*, y Pepe queda conmovidísimo; es probable que haya pasado dos días en los separos de la policía de tránsito, por pintar obscenidades en una barda. Como no tiene de qué vivir, continúa con su carrera de modelo, lo que le ocasiona ciertos problemas con su forma de vestir: una vez, acabando la filmación de un comercial de Liverpool, se presenta a una asamblea con una minifalda que le rezumba el güiro, y maquillada como si fuera María Félix; los asambleístas en pleno la obligan a subir al estrado, y a pesar de que improvisa un discurso reaccionario, no hay uno solo que no la aplauda; las compañeras asambleístas, en un alarde de objetividad que nada tiene que ver con la moda, la tachan de pequeño burguesa; una de ellas (que es feísima), la compara despectivamente con Angélica María, que se ha hecho novia de José Agustín para darse un barniz de liberada.

Sus amores de ese tiempo debieron ser lentos y difíciles, perturbados constantemente por presagios siniestros. Parece que la relación que sostuvo con el barbón al que aludió Mágina (que en realidad fue un líder del CNH, cuyo nombre de batalla era el Callao), la dejó curada de espantos y la alejó definitivamente de la

experiencia revolucionaria: el tipo, que se las daba de ser sobrino de uno de los dirigentes vascos de la ETA, no solamente resultó un fiasco a la hora de lo bueno, sino que fue uno de los delatores que acompañó a Sócrates Lemus a dar el braguetazo al movimiento estudiantil.

Hoy sabemos de esa relación porque ella misma anotó en su Diario lo accidentada que fue. No sé a propósito de qué lo escribió (solamente pudimos rescatar fragmentos aislados del mencionado Diario); tal vez lo hizo muchos años después, intentando una suerte de memoria que le curara el espanto del recuerdo, o quizá, desacostumbrada a la nostalgia, rememoraba su infortunio; el caso es que, sin temor a equivocarnos, podemos decir que aquélla fue una experiencia espeluznante: «¡Ay, qué vergüenza querido Diario!» escribe Marina, «has de decir que soy muy caliente, y yo creo que tienes razón, no lo puedo evitar, tengo sensibilidad de mujer del trópico, soy chiapaneca hasta la médula de los huesos, soy una cachonda sin remedio y siempre he querido encontrar alivio en el sexo. Parece que estoy condenada a seguir los consejos de mi abuelita: “Vámonos tocando abajo que se siente gran consuelo”, me decía riéndose cuando estaba contrariada, y yo como que me quedé marcada por aquella frase, y nada más de acordarme de todo lo que he hecho para consolarme, me estremezco y me paralizó todita. Ya te he dicho lo mal que me fue con el Callao, ¿no? Todo iba de perlas hasta que hicimos aquel viaje a la playa y nos entregamos nuestras mutuas pasiones contenidas. No nos importó nada, dejamos a los compañeros de célula con toda la responsabilidad de repartir la propaganda para la siguiente manifestación, y de puro aventados una tarde tomamos un camión y fuimos a dar hasta Acapulco, casi sin un peso, pero acarameladísimos el uno con el otro; y esa misma noche, transfigurados por el esplendor de la luna, tendidos en la playa, él se aprovechó de mí y yo le dejé hacer trizas mi virginidad. No te vayas a creer que fue así nomás, no, ya me había tomado como tres cubas para darme valor, y estaba decidida a jugarme el todo por el todo para ver si así se me quitaba el pavor que sentía frente al sexo, pero el remedio me resultó peor que la enfermedad, pues ahí te voy de babosota, creyendo que me esperaban pasiones insospechadas, y todo, solamente para que terminara adolorida, con todas las nalgas raspadas, sin siquiera haber tenido ni un orgasmo pequeñito. El zoquete se vino sin avisar. No sólo se me echó a perder el romance, sino hasta mi participación en el Movimiento, del que no quise saber nada más. Te lo repito, por caliente y ya. ¿Qué me costaba haberme contenido, como le hacían las señoritas de antes? Seguramente me hubiera dado cuenta que el Callao era un pelmazo, o que simplemente teníamos incompatibilidad de caracteres, y no me hubiera quedado con la frustración que me dejó».

Si tuvo otros amores, si los octogenarios que la cortejaban marcaron sus angustias, si aquella, su primera experiencia, acentuó la certidumbre de que estaba condenada a una vida torturada por el sexo, no lo he podido averiguar. Como tantas cosas en su vida, los afectos de Marina siempre aparecen perturbados por la vergüenza, como si buena parte de lo que vivió hubiera sido una larga penitencia.

Han pasado tres años desde el escenón del hotel y nunca ha visto a su familia, ni siquiera una carta se han enviado. Para ellos, Marina es una perdida, y para ella, su mamá, su tía la atleta y su tío el explotador, son una punta de canallas que arruinaron su infancia. Solamente guarda un buen recuerdo de su abuela, de las mañanas que pasaba con ella aprendiendo a bordar en la sala de su casa; de la forma que cuidaba sus canarios, encerrados en la gran jaula del corredor, y que alegraban a una familia sumida en la melancolía; del loro que hablaba como la abuela, y le decía «Marina, Marinita», con el mismo tono con que la vieja la llamaba cuando ella se escondía en algún ropero. Marina se ha acostumbrado, incluso, a usar un estribillo que refleja su cariño, «como decía mi abuela», repite constantemente antes de soltar un refrán: «Cuando hay medio para carne, es vigilia», «andaban a pan cacho», «no necesito tecomates para nadar». Ésa es, en apariencia, la única liga que guarda con su familia, pero en lo íntimo una duda la corroe constantemente: «¿Y si todo lo hicieron por mi bien?, ¿si era mejor que nunca supiera lo de mi papacito?, ¿si lo que querían era evitarme esta vida de crápula que llevo?, ¿no será tiempo de que siente cabeza y los perdone?, ¿a dónde me va a conducir tanta disipación?». Cuando alguna tarde sale a caminar a solas, examina la ciudad con mirada circular, y le parece ver las calles desiertas de Tuxtla Gutiérrez, el sopor de las noches acaloradas, y los remolinos de hojas muertas arrastradas por el viento de otoño. Se siente sola e incapaz, estéril, buscando el fantasma de un padre que nunca conoció. No lo puede evitar, está frustrada y piensa nuevamente en su abuela: la evoca, quemándose la lengua con la brasa del secreto, aceptando participar en una comedia que sabe que a su nieta le hará daño en el futuro, pero prefiere callar a traicionar. Marina nunca ha dudado que de ella heredó un instinto de vida firme, y una vocación a toda prueba para la complicidad. Lo veleidosa le viene de su madre, y lo arrebatada, tal vez del padre guerrillero. Es una mezcla de todo, y en todo se ha extraviado nuevamente. En esos arrebatos, con la lucidez perversa de nostalgia, Marina recuerda su vida en Tuxtla con cariño, se suelta a llorar, y las dudas asaltan su memoria entera. La vida le ha dado motivos bastantes para saber que ninguna desilusión era la última, y se aferra a los hilos de ensueño con que confunde sus desvarios melancólicos. Marina no lo sabe, pero ese alud de nostalgias y dudas que es incapaz de contener, será crucial en su futuro inmediato:

Cansada de su vida de modelo, de buscar un productor teatral que se fije en ella, y de esperar que se establezca la dictadura del proletariado, Marina empieza a trabajar en el departamento de Relaciones Públicas del hotel Fiesta Palace. Ha decidido tomar distancia, y parece que la realidad transcurre ajena a ella, pero hay una idea que la domina, y que ha sido, de hecho, el motor que la llevó a emplearse en el hotel: debe sentar cabeza.

Un día, en su oficina de publicirrelacionista, se aparece un hombre que desparpajadamente le pide un chicle; Marina lo ve, desconcertada, y piensa que el

tipo se ha confundido, pues lo que busca es una miscelánea; él reacciona a tiempo y agrega con voz rota: «Comí aquí en el hotel, no me pude lavar los dientes y voy a entrar a una junta de negocios en el salón de al lado. No quiero tener mal aliento, usted comprende, ¿no?». Marina, que recuerda que ha rentado uno de los salones de ese piso para un importante grupo de industriales, saca un paquetito de chicles Adams, tipo americano, le sonrío con toda la intención de la que es capaz, le llama la atención el hálito de agua de colonia Sanborn's que vaga por la oficina, y le dice que claro, que con mucho gusto, y le entrega un chicle al extraño sujeto. Él, que apenas y la ha escuchado pronunciar unas cuantas palabras, se estremece con el calor de su voz, cuyo timbre no va a olvidar en el resto de sus días; le da las gracias, le devuelve la sonrisa, y le dice, con una extraña cortesía tipo fin de siglo, que buscará una forma para corresponderla; Marina le responde que no se preocupe, pero se da cuenta que ese hombre ha causado en ella un impacto desusual. No es muy guapo, ni es muy alto; no es joven, pero tampoco uno de los usuales octogenarios que la acechan; no parece muy simpático, ni tampoco muy sangrón, y sin embargo, tiene algo de todo eso. Cuando lo ve salir, Marina descubre que el hombre va dando traspiés, y supone en él un cierto escalofrío pasional, pero que no es otra cosa que unas copas de más.

Al día siguiente, el hombre fin de siglo se anota un tanto a su favor: le envía una caja completa de chicles Adams, y una tarjeta de agradecimiento, con un poema cursilísimo, bajo el cual ha anotado su nombre. Cuando esa noche Mágina lee en la tarjeta «Venustiano Anchondo de la Maestranza. Ingeniero Industrial», queda muy impresionada y, azorada, le comenta a Marina (que está tirada en la cama viendo el techo desde hace dos horas), que aquél es un tipo riquísimo. «Su familia es de las mejores, con decirte que son casi nobles, te lo juro». A Marina la estremece un sentimiento vago, que nunca antes la había preocupado. Estaba acostumbrada a su insondable capacidad para convencerse de las peores excentricidades, a sus juicios excesivos (que se habían vuelto cada vez más enrevesados a fuerza de contradicciones), pero a ella misma le parece extraordinario lo que está pensando: no sabe nada de ese hombre, ni de sus costumbres, ni de sus deseos, ni siquiera si lo va a volver a ver, pero ya piensa en él como el futuro padre de sus hijos.

Pocos días después, Venustiano Anchondo la llama por teléfono y la invita a comer. Se citan en el Piccolo de Polanco. No han hecho más que beberse una copa, y él ya le ha agradecido cinco veces que le hubiera dado el chicle antes de su junta de negocios, y entre agradecimiento y agradecimiento, balbucea que ha pensado mucho en ella. Venustiano la ve a los ojos, observa que sobre la mesa Marina ha dejado un libro que supuestamente leía mientras lo esperaba, y cuyo título lo perturba: *Erótica*. Sonríe nervioso, vuelve la mirada hacia Marina y su desvarío aumenta; ella lo ve con sorpresa, le devuelve la sonrisa, le dice una frase cortés, y él recibe el impacto, en la intimidad que han creado en la mesita del restorán, de la belleza que lo había cautivado desde la tarde en que casualmente entró en su oficina, y en la cual no ha dejado de cavilar en todo este tiempo.

Ahora no ha bebido casi nada, pero viéndola sentada frente a él, platicando con soltura, como si lo conociera de años, vuelve a sentir que la cabeza le da vueltas. En el curso del breve diálogo que han sostenido, Anchondo ha ido de sobresalto en sobresalto. Imagina a Marina tendida en su cama, a media luz, bebiéndose un Manhattan o algo por el estilo, entregada a la lectura de *Erótica*. Se pregunta si siempre leería libros picantes; qué relación guardaría la literatura con sus experiencias sexuales; si viviría con alguien que guiaba sus lecturas; si dormiría con negligé, o con un mameluco que, quien guiaba sus lecturas, le tenía que arrancar a los manotazos; o si se iría a la cama en ropa interior; o peor aún, si en el colmo de la entrega literaria (como alguna vez había leído que lo hacía Marilyn Monroe), solamente se acostaba con dos gotitas de perfume y el libro de turno entre las manos. Por el momento esas dudas quedan en suspenso, pero con el tiempo don Venustiano Anchondo sabrá que Marina duerme con playeras que compra en cualquier tianguis. Tiene una, negra, con un estampado de letras anaranjadas a la altura de las chichis, que dice: *don't push me, I'm free and I'll do it at my pleasure*; y otra, blanca, con una caricatura de unos cerditos cogiendo sobre una leyenda que apuntaba en vértice hacia el ombligo: *estamos haciendo el mejor tocino del mundo, ¿no gustas?* Pero eso lo descubrirá después, en aquella, su primera cita de amor, desconocía si Marina era una apasionada del sexo o de la lectura pornográfica, y se concretó a repetirle lo agradecido que en serio estaba por el chicle que le había obsequiado. Marina se da cuenta que nunca, a pesar de su larga experiencia en comerciales de todo tipo, había tenido conciencia plena del peso y tamaño de la pasión que puede desatar un chicle Adams, tipo americano.

La plática que sostienen esa tarde la devuelve a su pasado siniestro (pero que ya no le parece tan siniestro), a su inconcebible capacidad para el artificio, a la frivolidad expresada como virtud moral, y siente, cuando él le pondera el apellido de su familia, cuando le habla de sus ancestros españoles, y le insinúa que pueden unir sus vidas, que algo definitivo y sin regreso ha ocurrido. Agotada por los disparates que está imaginando, cree que se ha escapado de una vez y para siempre de una vida atolondrada, pero se equivoca, pues sus decisiones de ese instante no son más que hilos sueltos de la tragedia que la domina, algunos de los tantos que se han desatado en su pasado, pues su sueño de una vida nueva empieza a desbaratarse en pedazos en el mismo momento en que lo concibe.

Márgara finalizó su narración contándome la realización y desenlace de aquel capítulo de la vida sentimental de Marina, como si ambos (realización y desenlace) fueran una y la misma cosa:

—A los dos meses, maestro Vikingo, don Venustiano Anchondo de la Maestranza y mi amiga se casaron. No se cómo le hizo Marina, pero el señor cayó redondito. Todos decíamos que hacían muy buena pareja y no sé qué, que qué suerte de muchacha, que pintaba para pescar un desarrapado y se había conseguido un partidazo de los que ya no hay. Hasta su mamá se contentó con ella, se vino a México

para la boda y no hacía más que hablar de los blasones de su hijo político, que aunque no lo creyéramos, ella se sentía también como medio noble, y que ya se le había hecho su juntadita con la realeza. ¿Y todo para qué, me puede usted decir? Para que Marina se enredara con ese amigo suyo, el tal Enrique Guerra, y acabara peleadísima con su marido, echando a perder un matrimonio que todas le envidiábamos, en uno de los divorcios más escandalosos de la vida social capitalina.

Tal vez Mágina no lo sabía, ni yo se lo aclaré, pero la relación con Guerra fue igual de tormentosa que todas las anteriores, y estuvo signada por las mismas veleidades con que Marina vivió desde siempre, por sus incertidumbres a prueba de viento y fuego, y por ese querer que todo tuviera algo más de lo que en realidad tenía.

Las siguientes semanas (esas pocas que según Enrique Guerra faltaban para que Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, se rindiera a sus encantos), trajeron una modificación importante en su relación: no sólo se fajaban abajo de los escritorios, sino que ahora lo hacían atrás de los arbustos del Parque Hundido; en el coche de él o en el de ella; en la última fila de la Casa de Walt Disney (sin importarles que en la pantalla Bambi hubiera perdido a su venadita madre, y que todos los niños del cine estuvieran llorando a grito pelado). Lo que no se modificó, fue que cada uno de aquellos cachondeos sublimes parecía alejar, cada vez más, el anhelado coito, aunque el asunto de las confidencias avanzara lentamente, como si nada. Guerra se enteró que Marina había sido Miss Chiapas 65; que su madre era una desalmada; que si su abuela no había sido beatificada, era por la ceguera de la Santa Sede; que, como cualquier heroína de telenovela, había sido engañada y supo quién era su padre hasta que ya estaba avanzada en años; y que un pompón de talco (el de *T. V. Musical Ossart*), la salvó de la miseria; pero que por todo eso tenía que entenderla, darle tiempo, pues era una mujer atormentada.

—No quiero que pienses que soy una exagerada —le dijo uno de esos días, cerrando los ojos y volviendo la cara hacia el cielo, como quien quiere refrescarse con una imaginaria lluvia— pero fíjate, cuando era chica, a mi abuela y a mí nos paró una gitana en la calle y nos dijo, poniendo cara de que había visto al demonio, que yo era la reencarnación del Judío errante, ¡qué bárbara! Me pegué chico sustote que me quitó el sueño por meses. Lo recuerdo y todavía siento feo, en serio.

Para Guerra, aquello se convirtió en una fuente más de desasosiego. Volvieron los insomnios, la desesperación, el mal humor, como condena, a arruinar su vida cotidiana. Se despertaba en la noche, se paseaba por su departamento, hojeaba su viejo álbum de recortes, y se decía que si alguna vez había pensado que con el cambio de empleo la fortuna le sonreiría, ahora se daba cuenta que (la fortuna) se estaba burlando de él, y le daba por imaginarla representada por el rostro cadavérico del señor Mendieta. En realidad no hacía otra cosa más que pensar en Marina, en las nalgas redondas que le había sobado hacía unas horas, en los labios gruesos que le chupeteaban el cuello, en el líquido viscoso que le había dejado impregnado en la mano cuando le acarició el sexo, en sus quejidos y confesiones interminables, y el delirio se prolongaba durante horas; se sentía deslumbrado por escasas crisis de lucidez, donde la voz interna del «cambia, cambia, cambia» lo atosigaba, y no sabía si imaginarse a sí mismo liberado de Laura, o como un eunuco sucumbiendo a los caprichos de la Güera Anchondo, para ver si el anhelado cambio se producía; y así, hasta que la madrugada lo sorprendía dormido en el suelo de la sala. Los primeros rayos del sol de la mañana se filtraban por la ventana, y él estaba ojeroso, cansado, con los pelos en punta, pero en su cara seguían fijos los síntomas del enamoramiento y el ensueño. Miraba hacia las azoteas de los edificios contiguos, monótonamente alineadas, y a una sirvienta que diariamente fregaba ropa mientras agitaba las nalgas al ritmo de una melodía que él no escuchaba, mientras el estribillo del «cambia,

cambia, cambia» (como canción de Vicky Carr en los primeros lugares de su *hit parade* particular), empezaba con la primera audición del día. Entonces se percataba de cuánto le pesaba el tiempo malversado de sus amores desperdigados.

Durante ese periodo, Marina y Enrique estuvieron varias veces a punto de cometer lo peor, pero siempre, cuando estaban por culminar el sobeteo en que se habían enfrascado, algo los detenía. Una vez, en el cine Internacional, viendo en la reseña cinematográfica *Annie Hall* (más bien sentados en una de las filas traseras y, entre beso y beso, echándole una ojeada a la película), les contuvo que en la pantalla, por la insistencia lujuriosa de Woody Allen, Diane Keaton se quedara frígida (Guerra decía «quedara frígida», como si la frigidez fuera una enfermedad contagiosa que se contrae por medio de un virus maligno que los hombres inoculamos en las mujeres). Marina se la había pasado con la cantaleta del «no, no, todavía no», con la voz afónica, entorpecida por las penumbras del amor, sintiendo cómo Enrique indagaba bajo su vestido, demorándose en sus muslos, moviendo los dedos con lentitud, arañándola como si tocara las cuerdas de una guitarra, para avanzar, para incursionar sin prisas hasta que sentía los primeros vellos apretados por la minúscula pantaleta de algodón; «no, no, todavía no», repetía ella con la piel erizada, a lo que Guerra respondía con que «sí, sí, amorcito, de una vez, vámonos a un hotel que queda aquí cerquita», retorciéndose, disfrutando en su mano ese laberinto de carne fresca que no había tardado en entibiarse, gozando el estremecimiento de su yema índice al despertar el botón del clítoris, cuando vieron que la Keaton se desprendía de su cuerpo, como un fantasma de sí misma, y se quedaba viendo su pasividad amorosa, haciendo mudamente la confesión de su frigidez.

—Ya ves —le susurró Marina, que no perdía oportunidad para confirmar su tesis — eso les pasó por coger, y nada más.

Enrique retiró la mano de su entrepierna, y con la voz a rastras, sollozante, aceptó que tenía razón.

En otra ocasión (que Marina y Guerra estaban en la bodega del archivo contable de la agencia, buscando unos papeles importantísimos), sufrieron el embate de la Auditoría Fiscal: so pretexto de que no encontraba lo que buscaban, Enrique la había cercado junto a una especie de librero, y ella, que había tratado de alejarlo, se sintió traicionada por un pavoroso encogimiento de su sexo, y se dejó besar, acariciar las caderas que le habían empezado a rotar sin que lo deseara, sintiendo que su mano, ajena a su pudor, buscaba su miembro erecto. Cuando (después de besarle el lóbulo de la oreja, y haberse deslizado por su cuello hasta humedecer con su lengua la abertura de los senos sudorosos), Guerra había logrado derribarla sobre la alfombra de Mayatex (y estaba como gateando sobre ella, tocando la misteriosa ensenada que separaba sus nalgas), la mencionada administración de Auditoría Fiscal se les vino encima tomando la forma de diez gruesas carpetas llenas de comprobantes y pólizas de cheque, que algún auditor (por descuido o inocencia erótica), había puesto al filo de la última repisa del librero que había servido a Guerra para cercar a Marina, y que,

ya en el suelo, pateó cuando vio al descubierto su vientre terso y las pantaletas a medio muslo.

Todas las escenas terminaban igual, con Marina retirándose con una sonrisa de alivio, mirando al cielo, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras Guerra murmuraba para sus adentros: «He ahí una mujer apabulladora, que finge pasión por los hombres, pero que en el fondo los maneja con sutiles lazos de perfidia»; y con él —parado en la esquina, consumido por la desesperación y el miedo— viendo cómo ella se le iba viva, y diciéndose a continuación: «He aquí un hombre alienado, que no sabe dónde poner las manos, y que está a punto de sucumbir al dominio de una jetatura erótica que le arruina todos sus amores».

Entonces se volvía, solo, con su desesperación y el pito erecto, dándose cuenta que se había metido una vez más en la encrucijada de incompreensión amorosa que le había exasperado de sí mismo por más de un cuarto de siglo. «Hay que admitir», se decía, «que si aquel día en el hotel María Isabel me besó sin que tuviera ninguna necesidad de hacerlo, es que desde entonces le gusto; aunque, si fuera cierto que le gusto, también lo es que no quiere irse a la cama conmigo, lo que implica que no le gusto tanto, tanto; pero por otro lado, también hay que considerar que si me deja dedearla, es que le gusto algo más allá de lo normal, que quiere otra cosa y que no se consuela con lo que cualquiera se consolaría; aunque, claro, en contra de esta consideración está que ya ha pasado mucho tiempo y nada de nada, por lo que una de tres: o se conforma con que seamos entre novios y amantes, o es una mujer llena de contradicciones, o me está viendo la cara de pendejo». Entonces se acordaba cuando, en *T. V. Musical Ossart*, Marina le soplabá al pompón de talco y empolvaba la pantalla del televisor. En algunas ocasiones, a esta visión idílica, se le sobrepuso la de Rosa Furman, disfrazada de la bruja de Cachirulo, soplándole al mismo pompón de talco.

Todo continuó de esta manera, como un juego de ambos, mítico y perverso —negándose y deseándose, avorazados y avaros el uno con el otro, uno de los tantos placeres de los amores clandestinos de la Güera y Guerra— que los mantenía en suspenso. Pero fue al final de una de esas negativas inesperadas, que, en un raptó de sensatez, Enrique Guerra le dijo a Marina que no podían continuar así, que estaba echando por la borda su estabilidad entera, que los últimos meses, antes de conocerla, habían sido un infierno para él, y que estaba volviendo a lo mismo por nada, que hasta había llegado a pensar que ella estaba jugando con él.

—Te abandono para siempre —le dijo con los dedos puestos en las sienes, como si con ese gesto intentara recuperar la estabilidad perdida—. Seguiremos siendo amigos, trabajaremos juntos incluso, pero no quiero hacerme más daño.

Era de tarde, el cielo estaba gris, y hacia el norte amenazaba tormenta. Estaban en un parque de la Colonia Anzures, sentados en una banca, viendo a un par de niños que jugaban a Policías y Ladrones. Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, no supo qué contestar, en parte porque la declaración de mi amigo la lastimaba, y en

parte, porque minutos antes de que se bajaran del auto, Guerra le había producido un conato de orgasmo clitoral y ella seguía negándose a ir a un hotel. Al otro lado del parque se escucharon las campanadas de una iglesia llamando a misa de seis.

Los días siguientes a su rompimiento nos presentan una situación confusa. Por un lado, Guerra y la Güera se ven diariamente en la oficina; por su actitud se deduce que están decididos a olvidarse el uno del otro, y se dirigen la palabra sólo para lo indispensable. Hasta aquí, su relación entera parece haber sido un proyecto melodramático de Julio Bracho, para el que no hubo suficiente presupuesto y acabó archivado. Por otro, su vida marital, tan perturbada en los días previos, parece haber entrado en una tregua y ambos viven con sus cónyuges lo que en deportes se llama un segundo aire.

Y hubieran seguido de esta manera si Marina no hubiera tenido una revelación onírica (que ella atribuyó a que su abuelita le estaba mandando un mensaje desde el otro mundo), al que no podía hacerse la sorda: se soñó entrando a uno de esos tendajones tan comunes a la Tuxtla de su infancia, que era atendido por un gallego típico —puro en la boca, calva disimulada por una boina, faja colorada en la cintura, mal rasurado, y de bigotazos espectaculares— que a Marina le pareció inmediatamente muy bruto y muy obvio. El gallego le preguntaba qué se le ofrecía, y ella, en vez de contestarle, se volvía hacia el techo, y donde deberían estar colgadas las piernas de jamón serrano, los quesos provolone, las longanizas, las chistorras y las morcillas, estaban sostenidas, cada una por un gancho, una infinidad de vergas de todos tamaños. «¿De qué tamaño la usa usted?», preguntaba el baturro. Marina lo veía asombrada y continuaba sin contestar como si el espectáculo vergotil la hubiera hecho enmudecer para siempre. Se daba cuenta, en ese momento, que la mirada del baturro era pernicioso, y que si antes lo había considerado muy bruto, ahora todo indicaba que era un canalla de la peor calaña, y con esa sensación se despertaba.

Marina (que no me tenía a mí por consejero), interpretó perspicazmente que el sueño indicaba que tenía ganas de coger (o, lo que es lo mismo, que la distancia de Guerra no le había curado la calentura), pero que algo se interponía entre ella y la consumación de su deseo. Que pensara esto no demuestra gran sagacidad, pero que se diera cuenta que el baturro era un alter ego de su marido, don Venustiano Anchondo, casi la califica para haber sido una psicoanalista intuitiva. ¿No tenía él, como el baturro, unos bigotazos que se le unían con las patillas?, ¿no presumía de su origen español?, ¿no era tan bruto y obvio como el gallego le pareció en el sueño?, ¿no acaso, cuando le decía que «hicieran sus cositas», ponía la misma mirada pernicioso? Hasta ahí la interpretación iba muy bien: don Venustiano era el obstáculo que le impedía el placer, y de haber seguido por esa vía tal vez hubiera abierto las puertas de su subconsciente (con los beneficios que ello le reportaría), pero en vez de ello, siguiendo los consejos de una conversación consigo misma, atravesada por ráfagas de demencia donde su propia voz se le confundía con la de su abuela, decidió cambiar el curso de los últimos acontecimientos de su vida: habló con Guerra, y se las ingenió

para invitarlo a su casa, con el objeto de discutir su situación, a pesar de que ya estaba suficientemente discutida.

Cuando Guerra aceptó su invitación, como me dijo el Jeo, dejaron el proyectado melodrama de Julio Bracho en manos de Tito Davison, y lo que podría haber sido una edificante, pero frustrada aventura erótica, quedó en novela rosa.

En esa cita —estrafalaria, arriesgada, telenovelera— no sólo se olvidaron de sus propósitos, sino que su relación derivó hacia la catástrofe. Enrique estaba en la agencia, había mandado llamar al Jeo para consultarle alguna cuestión técnica, cuando recibió la llamada. La Güera se había reportado enferma ese día, y todo parecía transcurrir sin los contratiempos que su presencia imponía. Por la cara que dice el Jeo que puso nuestro mutuo amigo cuando tomó el teléfono, Marina le ha de haber dicho que estaba en cama, postrada por una aguda crisis nerviosa. Guerra no dudó ni tantito, y salió volando, dejando a su apócrifo primo con un palmo de narices.

—Perdóname —le dijo cuando colgó—. Era la Güera. Está histérica y me necesita.

Enrique Guerra llegó a casa de su presunta amante hecho un manojo de deseos encontrados: repudiaba a aquella mujer, y, sin embargo, la deseaba con locura. Cuando la vio en la puerta de la biblioteca —pálida, desgreñada y en bata— se lanzó a sus brazos y parece no haber concedido demasiada importancia a las razones que ella esgrimió para haberlo hecho venir. Solamente pensaba en estar con ella, de hecho, aquella quincena se la había pasado deseando fervientemente que se diera aquel reencuentro. Muy a su pesar, seguía despertándose en la noche para pasearse como sonámbulo por su departamento, y lamentarse de que había perdido los ardientes sobeteos que se daba con Marina; que no vería nunca más su cuerpo, sus senos tersos, sus piernas largas, sus manos (con olor a crema teatrical) jurgoneándole el bajo vientre. Le reconfortaba pensar que ella estaría igual —desesperada de nostalgia, consumiéndose en calentura, extraviando la calma con el recuerdo de sus fajes gloriosos— y, en cierta forma, aquel llamado le confirmó que así era, aunque, por lo que le dijo la Güera, parecía preocupada por asuntos diferentes.

—Mi marido sospecha que ando con otro hombre —le dijo al oído, después de un prolongado beso, medio avergonzada, medio envalentonada, sin que Guerra se preguntara quién podría ser ese «otro hombre», ya que ellos tenían dos semanas de no verse. Tal vez, el que la confesión hubiera estado precedida de una serie espectacular de caídas de ojos, de caricias a sus nalgas, y de la sin par exhibición de sus muslos enfundados en medias negras, haya apendejado a Enrique sin remedio.

—No se qué contestarle. Me tiene enloquecida con sus dudas y sus celos.

Por la cabeza de Guerra, como rayo flamígero, pasa la única pregunta que lo hubiera puesto a salvo: «¿Pues no que no te pelaba?», pero aleja cualquier sospecha acerca de su honorabilidad, percatándose que bajo la bata no lleva más que un diminuto *baby doll*, una pantaletita, y la tirantera con la que sostiene las medias negras. No se pregunta, tampoco, si ésa es la vestimenta adecuada para una

convalesciente nerviosa.

Después de una serie de preguntas torpes, que han de haber recibido respuestas más torpes todavía, la pareja de amantes decide, con una torpeza que raya en lo sublime, abandonarse al curso de los acontecimientos.

—Tengo los ojos secos de no verte —dice la Güera, poseída de una especie de fascinación erótica, que a Guerra le recuerda la escena en la que *Santa*, consciente de que va a echar por tierra el matrimonio que la ha sacado del fango, se entrega al canalla de su amante—. Te quería ver así, aquí en mi casa. Sentir tu olor, tus caricias, y la locura que me provocas. Desde la primera vez que venistes —la *ese* final es de ella— no he hecho otra cosa más que vivir para esta escena. No resisto nuestro alejamiento.

Para terminar, la Anchondo dice que el marido la tortura. Enrique pela los ojos y le pregunta si la amarra, la fueatea, o le quema la piel con colillas de cigarros (acababa de ver *La historia de O*, y sospecha que las mujeres disfrutaban enormemente con este tipo de amores); ella contesta que algo mucho peor, que su sadomasoquismo es anímico, que le tiene toda magullada el alma, pero que está decidida a todo con tal de acabar con aquel tormento. Mi amigo, conmovido por tal declaración de principios, le levanta la falda y le hurga entre los muslos, preguntándose si cuando ella dice *todo*, querrá, en verdad, decir *todo todo*. El cachondeo continúa en su sitio preferido: abajo de un escritorio, esta vez, en el que está en la biblioteca, el famoso escritorio *chippendale* con patas de garra de león, junto al cual Guerra concibió el *slogan* con el que lanzarían al mercado el vodka Anchondo: «¡Impresione! tome vodka». Ese recuerdo parece renovar sus fuerzas, y con una destreza impresionante se deshace de su saco de pana. Con una breve ojeada, descubre que en la pared hay un halcón disecado que los observa con mirada seráfica, y una vitrina llena de escopetas de todos los calibres habidos y por haber.

—No, no, por favor —le suplica ella jadeante, empavorizada, al ver sus calzoncitos lilas, con encaje color de rosa, en la mano de Enrique Guerra—. Mi marido no tarda en llegar. ¡Por favor no lo hagas!

—A mí qué —dice Guerra restregándose las pantaletas contra el pecho—. ¡A mí qué!

Con un último espanto petrificado en el rostro, trémula pero muy dueña de sí misma, la Güera profiere una amenaza que habrá de perturbar a Guerra durante días enteros:

—¡Que es capaz de matarte, insensato!

Fue como si, con la advertencia, las escopetas se materializaran en su mirada, y el halcón le encajara las garras en la yugular. Guerra se queda quieto, como si estuvieran jugando a los Encantados. En ese momento forman un cuadro plástico: ella, despiernada, acomodándose el seno izquierdo dentro del *baby doll*, buenísima y sensual; y él, con el pecho descubierto, la bragueta desabrochada, en decúbito dorsal sobre su presa. Para asombro de cualquiera, el cuadro plástico se prolonga por varios

segundos, y mientras se escucha un claxon a lo lejos, que habrá de resonar en toda la casa como un tropel de amenazas, pierden un tiempo de urgencia.

—Vete, vete, por favor, es ya muy tarde... llevamos mucho tiempo juntos... ése debe ser el auto de mi marido.

Enrique Guerra, hipnotizado por el negro vello púbico de la Güera, no se da cuenta que apenas llevaban quince minutos juntos. Se guarda la pantaleta lila en el bolsillo del pantalón, y se abrocha, como puede, los botones de la camisa, diciéndose para sus adentros que está metiendo la pata, sin poder aclarar si lo está haciendo por haber visitado a Marina, o por haberla dejado tendida en el suelo, cuando bien hubiera podido, cuando menos, violarla.

Guerra salió, por una ventana, dando tumbos al garage de la casa, y tuvo que esconderse bajo uno de los coches que estaban estacionados, porque el temido marido, efectivamente, llegaba en ese momento. Lo último que nuestro amigo vio fueron los grandes zapatos bostonianos del maridazo, aplastando con fiereza una colilla de cigarro que acababa de tirar al suelo. Lo último que oyó fue la voz de su amada, preguntándole al interfecto que cómo le había ido en la oficina, que lo estaba esperando para tomarse un aperitivo. Lo último que sintió fueron unos celos terribles, y con un escalofrío imaginó la escena que estaba a punto de ocurrir en la biblioteca: el cabrón del ingeniero Anchondo se iba a echar a la Güera, aprovechándose de que él se la había dejado servida en bandeja. No supo por qué, en una continuación del escalofrío anteriormente descrito, se prometió llevar aquella aventura hasta sus postreras (así se dijo) consecuencias.

Ésa fue, también, la última oportunidad que tuvo Enrique Guerra para escapar de las garras de Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, pero no lo hizo: salió a la calle —empolvado, manchado de grasa— oliendo las pantaletas de su amada, en las que aún quedaba el aroma tibio de los amores sin ventura. Recordó la tonalidad azabache del vello de su pubis, y sintió el torvo orgullo de saberse un aventurero.

—Me sentía como Jorge Negrete en *Canaima*, capaz de doblegar a la misma María Félix —le contó al Jeo, al día siguiente, cuando le habló a la Cineteca para explicarle lo de su huida.

A ésa, siguieron otras muchas entrevistas arriesgadas, siempre en casa de la Güera Anchondo, que se las había ingeniado para ya no asistir a la oficina, con el pretexto, otra vez, de sus crisis nerviosas.

—Lic Guerra —le dijo una mañana el señor Mendieta— no podremos contar más con la colaboración de la señora Anchondo. Es una lástima, pero sufre un trastorno afectivo y los doctores le han recomendado mucho reposo. Parece que usted la hizo trabajar más de lo debido.

Guerra, que ya la había visitado varias veces en su supuesta convalecencia, se preguntó por el raro dominio que la Güera ejercía en su marido. Pensó que le llenaba los aperitivos con toloache, y por eso él hacía lo que ella quería, pero, por lo mismo, ella sufría con sus celos desproporcionados.

—Ni modo señor Mendieta, yo hice lo que estuvo a mi alcance —contestó Guerra, seguro de que su jefe estaba convencido de que le había hecho un gran favor.

Mendieta se sonrió, enseñó unos colmillos largos, y Guerra se dio cuenta que por las orejas se le salía una mata de pelos negros. Volvió a pensar que su jefe era la mejor representación para la fortuna carcajeándose de sus insomnios.

Para presentarse a casa de la Güera Anchondo a cualquier hora y no levantar sospechas entre la servidumbre, Guerra se hizo pasar por electricista, por encuestador de la Dirección General de Población, por vendedor de aspiradoras, por un evangelizador Hijo de Cristo Rey, y por fabricante de queso menonita; disfrazado siempre, con el pelo pintado, bigotes postizos, vestido de smoking, portando sandalias y peluca que le cubría los hombros; todo para que las sirvientas no sospecharan y dieran la media vuelta cuando la señora gritaba: «Dejen pasar a ese pobre hombre», y él, claro que pasaba y —leyendo la Biblia en voz alta, o arrastrando una aspiradora de aquí para allá— se fajaba a la susodicha señora en los rincones más insólitos. Para que nadie escuchara sus quejidos o el cotidiano grito de «¡no, no lo hagas, mi marido no tarda en llegar!», la Güera encendía el tocadiscos y ponía —tal vez para disimular, tal vez para enmarcar sus rugidos pasionales— un disco de José José: «No dejabas de mirar, estabas sola, completamente bella y sensual. Algo me arrastró hacia ti como una ola». Enrique Guerra nunca pudo comprender que la servidumbre no sospechara nada si siempre escuchaban el mismo disco, le fuera a comprar queso o a contestarle un cuestionario del censo del año 48. Ella lo tranquilizaba diciéndole que todos en su casa ya se habían acostumbrado a sus excentricidades. De cualquier manera, la música sólo sirvió para aumentar su ansiedad y crear un extraño mimetismo en Guerra, pues oyendo a José José, y resignándose a las continuas evasivas de la Anchondo, empezó a sentirse un ingenuo charlatán, que era paloma por querer ser gavián.

Enrique Guerra fue persistente en sus ataques porque estaba seguro que Marina estaba a punto de claudicar, pero ante tanta insistencia, ella solamente le decía que tenían que ser precavidos, que las sospechas del marido iban en aumento.

—¿No te has dado cuenta que ya ni me deja salir? Hace años que no voy siquiera al salón de belleza.

Le contó que el ingeniero Anchondo se había transformado en una fiera sin control, y que sospechaba de todo. «¡El sofá está lleno de pelos!», dice que le gritó un día, después de que ellos se habían estado revolcando en él. Guerra salió de aquella cita con la certidumbre de que aquella aventura lo estaba conduciendo a la calvicie, y que acabaría, sin un solo pelo, esclavo del shampoo de la señora Ma Evans; víctima de la pasión y terquedad de una mujer, y la necedad de un marido celoso. Sin embargo, Guerra no hizo nada por evitar esas citas cada vez más arriesgadas, pues Marina continuaba insistiendo que su casa era el sitio más seguro.

—Mi marido nos buscaría por cielo, mar y tierra, cariño, pero no va a sospechar que le estamos haciendo de chivo los tamales en su propia casa.

La situación llegó a un extremo intolerable el día en que, sin haber escuchado los dos bocinazos —forma característica como el ingeniero Anchondo anunciaba su llegada— Guerra se dio cuenta que no tenía ninguna coartada posible para explicar su presencia; apenas pudo alcanzar sus pantalones, y tuvo que sincronizar su salida por una de las ventanas que daban a un balcón, con el momento en que el infausto marido entraba por la puerta de la biblioteca, y la Güera le decía que lo estaba esperando para tomarse un aperitivo que ya le tenía servido. Pensando que el infame se iba a tomar una cuba a la que él apenas le había dado un trago, sólo tuvo tiempo de tirarse al jardín, antes de que el chofer lo descubriera. Saltó la barda y corrió dos cuabras en calzones, cantando inconscientemente «amiga, hay que ver lo que es el amor, que vuelve a quien lo toma gavilán o paloma». Se dio cuenta de la realidad de su situación (y de la impudicia de su vestimenta), porque en la esquina de Palmas y Monte Chimborazo, una sirvienta se puso a gritar como loca y le aventó una bolsa de chilindrinas, conchas y cocoles. Ahí se prometió no prolongar un día más su agonía.

Al día siguiente Enrique Guerra le puso un ultimatum a la Güera Anchondo: le dijo que ya era demasiado. Ella (quizá porque notó que el pulso se le movía como tembeque y no podía siquiera sostener el vaso en el que se había preparado su cubita), le dijo que sí. Él agregó que tenían que hacer algo. Ella repitió que sí. Él, envalentonado, le tomó una mano y agregó que había que jugársela. Ella, con una seguridad totalmente desusual, volvió a decir que sí, y viendo en los ojos hundidos de Enrique, en su rostro lívido, en sus labios secos, el susto del amor, le sugirió ir al hotel Palo Alto, de la carretera a Toluca, que estaba ahí cerquita.

Ésa fue la primera vez que se la cogió, y la última que, en mucho tiempo, Enrique Guerra vio a Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera.

Cuando ya estaban en el cuarto, a Marina le volvió a entrar un ataque de inseguridad. No fue más que cerrar la puerta para que volviera a comportarse como si el amor se le hubiera esfumado.

—Yo no sé qué le pasaba, Vikingo —me contó al día siguiente—. A lo mejor los celos de su marido, mi insistencia, la espera, y no sé qué otras cosas, le habían hecho desarrollar una especie de humor negro, pues cuando quise llevar su mano hasta mi miembro, puso una cara igualita a la de la Vitola, retrocedió, y me dijo que no estaba preparada para eso, como si nunca, cuando nos fajábamos, me lo hubiera agarrado. A mí me ardían las sienes, por no decir que tenía una hinchazón bruta en los testículos.

Enrique Guerra vio en derredor del cuarto, buscando algo que lo calmara, una cubeta de hielos, una revista de *La pequeña Lulú*, algo, lo que fuera, pero no había nada fuera de una cama, un tocador vacío, y un sofá con el respaldo sumido; todo olía a desodorante y a naftalina, pero sin embargo, le pareció percibir el aroma de unos naranjos, y, en pocos segundos, sintió que se encontraban en una habitación con decorado afrodisiaco, toda llena de espejos y objetos que incitaban al placer. A Marina (sin importarle que siguiera parada a la mitad de la habitación, mirándolo aterrada con su enorme cara de Vitola), la convirtió en la encarnación del fetichismo

absoluto: volvió a ver el tiovivo que le hacía saltar ademanes prohibidos, gestos ocultos, escenas de celuloide, deseos que solamente había visto realizarse en el cine, y al grito interior de «silencio, cámara, ¡acción!», se abalanzó sobre ella, la cubrió de besos, y lo intentó todo: le besó el nacimiento de los hombros; sobó, sobre la falda, su monte de Venus; y, en un esfuerzo desesperado porque se le entregara, hasta le quitó un zapato y le acarició el dedo gordo del pie izquierdo, que un gurú le había enseñado que era el punto de mayor sensibilidad erótica de las mujeres.

—No te vayas a creer, mi querido Vikingo, que pensaba malgastar todos mis conocimientos sexuales en esa primera sesión, pero desde mi punto de vista, la situación era desesperada y había que lanzarse a fondo.

Marina, por su parte, se debatía en una duda tremenda: se preguntaba, con una voz de otro siglo, si debían hacer el amor o solamente desnudarse y permanecer acostados mientras él le platicaba algo.

Guerra no entendía un carajo. La besaba una y otra vez mientras se las ingeniaba para que se fueran desvistiendo uno al otro, pero no hallaba argumentos para disipar sus temores. Conforme iban quitándose la ropa entre quejidos o argumentaciones, se oía resollar incluso al calor de la habitación, y Guerra sentía el enorme peso de la jetatura que pesaba sobre él. ¿Por qué no hacía el amor simple y llanamente?, ¿por qué siempre este estírale y aflójale tan común a todas sus relaciones? Estaba a punto de claudicar, cuando vio los hombros redondos de Marina, sus brazos delgados, y las clavículas que eran como el salón de entrada a sus senos pequeños. Marina estaba recostada a su lado, todavía indecisa, pero incitante, como invitándolo y rechazándolo al mismo tiempo, acariciándole el pecho, demorándose en revolverle el vello; se había quedado solamente con una pantaletita beige y una camiseta de seda negra cubriéndole los senos. Guerra le sobaba el ombligo y le acariciaba, alternativamente, el nacimiento de los muslos y la cresta de los iliacos que se le saltaba en las caderas ondulantes. Cuando logró que las braguitas resbalaran sin ruido hasta las rodillas (y vio otra vez su sexo, de vello ralo, color azabache), se le iluminó la vida, y tuvo que hacer un esfuerzo desesperado para contener su machismo y no entonar, ahí mismo, el «México lindo y querido, si muero lejos de ti, que digan que estoy dormido y que me traigan aquí». Marina, en cambio, se hacía la mártir, con una mano se apretaba los ojos y con la otra le sobaba las costillas, mientras repetía, como si hubiera sido educada a principios de siglo, que tenía miedo, que ella lo había imaginado en otra forma, que lo amaba pero que tenía miedo. Guerra no se amilanó ante tan monumental inconsistencia porque se sentía inspirado por un aliento de levitación que le hubiera alcanzado para mover el mundo, y mientras hablaba, había logrado quitarle las braguitas del todo, y la camiseta negra (que se la había quitado ella misma), estaba tirada a los pies de la cama. Ya podía ver sus pezones puntiagudos; y la corola ocre, tersa, que los envolvía, lo invitaba a que con una mano los tocara lentamente, como si intentara abrir en ellos una imaginaria caja fuerte; y, con la otra, a hacerle arañita en el borde de sus labios rosas, que se humedecían al contacto de sus

dedos, como si empezaran a saborearse ensoñaciones exquisitas, ilusiones que se harían realidad al abrir sus muslos vibrantes. Y así, invitado sin que ella se diera cuenta, Guerra había logrado ensalivarle los muslos, y rozando con la punta de la lengua el laberinto de su carne fresca, había hecho florear una certeza que se hundía en sus entrañas. Ella misma no fue consciente de cuánto se había extraviado en sus propias negativas, hasta que, recibiendo un agua nueva, inevitable, imaginó cómo le rendiría el estremecimiento de su vientre. Levantando la cara de Guerra —para besarlo, para recibir ella también en la boca su propia sexualidad excitada— ocurrió lo que tarde o temprano tendría que ocurrir: se le entregó violentamente, en una especie de catalepsia erótica.

—Ya me conoces, Vikingo, no te creas que exagero, para mí el sexo es algo muy serio, y si digo violentamente, lo digo en el sentido literal de la palabra, pues en el curso de ese, nuestro primer acto de amor, Marina me aporreó las nalgas como si estuviera destrozando un combo.

Después, inconsciente de haberle ajado las asentaderas, con un resto de santidad mal encauzada en la mirada, Marina le hizo una confesión sorprendente:

—Tenía miedo de ser frígida —le espetó, inmisericorde, con la impunidad que da la falta de recato.

«¿Frígida?». Guerra peló chicos ojotes y se le quedó viendo en silencio. «¿Frígida?», se repitió con incredulidad. ¿Estaba loca o qué?, ¿y los tres orgasmos que tuvo? Porque fueron tres, podía jurárselo a cualquiera. Hubiera pensado que se encontraba frente a una loca si no se hubiera dado cuenta que por su cara transitaba uno de los gestos de inspiración característicos de los que se han venido.

—No exactamente ser frígida, sino haber quedado frígida.

—No entiendo nada, Güera.

—Tú no lo sabes, me ha dado vergüenza contártelo, pero no he llevado exactamente la vida sexual que te he hecho creer. La mía ha sido atribulada, pero sosa e insatisfecha.

Para explicarse, Marina le narró la verdadera historia de su matrimonio, que hasta ese momento Guerra desconocía por entero. Esa historia, tal como me la contó Guerra, bien hubiera inspirado una película de los años cuarenta. El *cast* ideal lo compondrían los siguientes actores: como la muchacha (ingenua y sagaz, dotada de una gran belleza), Ana Bertha Lepe; como el esposo (recio industrial, comprometido con la clase económica a la que pertenece, de buen corazón, y convencido que la historia mexicana nunca pasó del año en que el presidente Alemán dejó el poder), Yerye Beirute; como los múltiples hermanos que los rodean (bromistas, encimosos, con complejo de que los hermanos están para ayudarse los unos a los otros, bajo la apariencia de estarse chingando los unos a los otros), los once hermanos Zavala.

La película (o la narración de Marina, como se le quiera ver), se inicia una tarde melancólica de invierno, que provoca la nostalgia de la muchacha (esa tarde, está de más decirlo, es la misma en que Marina y Enrique acaban de hacer el amor).

—Conocí a Venustiano —le dijo Marina, sentada sobre la cama, en flor de loto, como si iniciara una larga meditación—, una noche, en el Stelaris del hotel Fiesta Palace, cuando yo era gerente de relaciones públicas y se abría la temporada de conciertos de El Pirulí.

Guerra la atendía sin poder evitar que lo que escuchaba tuviera un aliento cinematográfico y se le fuera transformando en una película: (Una noche, en un cabaret de postín, Ana Bertha está acompañada por varias parejas que celebran, estruendosamente, algo que a ella no le corresponde. Por lo que se dicen entre sí las mujeres, se comprende que Marina es soltera y no quiere comprometerse con nadie. Hay en su mirada una cierta melancolía que recuerda a la Andrea Palma de *La mujer del puerto*, y en las contradicciones que son evidentes en su carácter, su belleza ha alcanzado límites insospechados. Ahí, mientras platican cosas intrascendentes, se aparece el galán de pacotilla con el que pronto se va a casar, muy mono, muy correcto él. La verdad tendría que haber sido interpretado por Rubén Rojo, pues, por sus bigotitos bien recortados sobre el labio (que pueden ser tanto indicio seguro de canallez, como de pendejez absoluta), este tipo de papeles le quedan que ni mandados a hacer, pero cuando evocó a don Venustiano, Guerra sintió que le encajaba una aguja en el hígado, y, como un soplo de inspiración, pensó que mejor fuera interpretado por Yerye Beirute, que es tan feo y tan torpe, que su mejor actuación fue en una cinta que se llamó *La casa del terror*. Esa decisión trascendental del argumentista, provoca que durante todo el filme, Marina —o Ana Bertha, es igual— vaya a andar a los meros tropezones, tratando de armonizar con semejante monstruo.)

—Desde que me había negado a concursar por Miss México, eso ya te lo conté, ¿no?, buscaba y buscaba algo que me hiciera sentir bien, algo que me dijera adónde dirigir mis pasos, o cuál era el camino correcto; y aunque intenté mil cosas, siempre era lo mismo, al final me desilusionaba. Me desilusionaba la gente, lo que hacía y lo que no hacía. Todo. Pensé que con Venustiano podría ser diferente; se veía tan serio, tan hombre de su casa, que al poco tiempo de conocernos, sin esperar a tener signos claros de nuestro amor, creí que me había enamorado de él. ¿Qué mejor que casarme con aquel hombre para dejar de deprimirme y olvidar las calamidades del pasado?

(Beirute está anonadado, no da crédito a que una beldad —con figura de oropéndola, que es lo más cercano a una aparición de fábula que ha visto en su vida, que hubiera sido digna de ser Miss Universo— se fije en él. La invita a bailar y, repentinamente liberado de sus convenciones sociales, improvisa una pista personal al lado de la mesa donde están sentados en el Stelaris, ante el estupor de sus amigos que, sin saber con qué disfraz disimular su presencia, se ocultan los unos a los otros. Cuando El Pirulí empieza a cantar Mi Segundo Amor, él, con una picardía más que evidente, le lanza una indirecta; le dice: «Éste es mi segundo amor con el Pirulí». La que queda anonadada, entonces, es la Lepe, y él, creyendo que ella ha entendido que es viudo, le pide que se casen inmediatamente. Ella, que es demasiado joven para saber que la desesperación elimina los malos recuerdos del corazón, acepta

tímidamente.)

—Pero la verdad, lo que yo buscaba era congraciarme con mi familia, ¿para qué le doy más vueltas? Lo que necesitaba era un partidazo que les hiciera pensar, allá en Tuxtla, que estaba arrepentida de mis locos arrebatos del pasado. Venustiano Anchondo de la Maestranza me pareció el hombre adecuado para llevar a cabo mi plan: de buena familia, ricachón, y bien que mal, daba el gatazo de noble. Pero el remedio resultó peor que la enfermedad. Su familia era devastadora. Peor que la mía.

(La boda es elegante y rumbosa, pero por la actitud de los parientes del novio, en la mente del público no queda claro que el futuro que le espera a la heroína sea mejor que el incierto y tormentoso pasado en que ha vivido: en vez de felicitarla decentemente, sus cuñados y sobrinos insisten en besarla apasionadamente en la boca; ella, que no conoce sus costumbres familiares, acepta cumplir con lo que parece un rito ancestral de los Anchondo; mientras la besuquean, se entera de algo terrible: ha caído en manos de una sarta de degenerados, que tienen hábitos carcelarios, pues hay quien se forma hasta dieciséis veces con tal de volverla a besar. Es una secuencia larguísima, que termina con Ana Bertha toda ensalivada, con los labios hinchados, con sus nuevos sobrinitos bailando y cantando en torno suyo: «Doña Blanca está cubierta por pilares de oro y plata, romperemos un pilar para ver a doña Blanca», mientras su marido se abraza con todo el mundo. Para recalcar que no todo va por buen camino, se suceden varias escenas del banquete, que, como música de fondo, en vez de la Marcha Nupcial tienen a la Tocatta y Fuga de Juan Sebastián Bach. Para finalizar, los novios van entre las mesas esparcidas en un jardín florido, brindando con los invitados; el sol brilla, no hay nubes, resaltan las rosas meciéndose en sus ramas, agitadas por una leve brisa: es el principio perfecto de un día infernal; Beirute se ríe con carcajadas estentóreas, que los últimos invitados confunden con siniestras amenazas, y mientras todos están pensando en El monje loco, la pareja de novios se queda a solas.)

—No pasó mucho tiempo antes de que mi desazón se transformara en un importamadrismo del carajo. Me pasaba días enteros sin hacer nada, llorando o dormida, y lo peor era que no le podía explicar a nadie lo que me sucedía. A veces pensaba que mi padre, ese desconocido, hubiera querido otro tipo de vida para mí; a veces, que mamá se había sacrificado para que yo tuviera todos esos placeres que me rodeaban; pero otras, que a nadie le importaba mi vida. ¿Por qué sufría si lo tenía todo? No lo sé, no me lo preguntes. He llegado a pensar que el espíritu del Judío errante, del que soy posesa, no me deja vivir en paz.

(Es inútil que Ana Bertha intente dominar a la mujer alocada e insegura que lleva dentro, es imposible que perpetre el engaño; se había casado con la ilusión de burlar al destino, pero conforme avanzan los rutinarios días de un matrimonio enfermizo, crece en ella una pantera que se denuncia en cada gesto: en la manera como se alborota la cabellera; en lo fingido de sus besos pasionales; en los ojos espantados con que ve su casa; en que quiere que la servidumbre, en vez de los tradicionales

uniformes que el marido compraba en el mercado de Polanco, ahora use overoles de mecánico; incluso, en los instantes en que procura parecer la esposa sometida que todos esperan que sea, le pica los ojos a su suegra. Y ahí anda Yerye Beirute sin poder atinarle a su papel de Rubén Rojo, dando y recibiendo caricias torpes, trayéndole a su mujer regalotes a mansalva: osos de peluche de un metro de alto; veinte arreglos florales para la sala; perfumes, collares, anillos, y hasta una esclava de oro de 18 kilates, con su nombre (el de él) grabado en brillantes. Beirute, que se da cuenta que ninguno de los actores que han representado al «marido atormentado por el rechazo de su mujer» le ha sacado a la situación todo el partido posible, expresa la duda metafísica que lo atormenta, que no lo deja vivir, de una manera totalmente original: atosiga a su esposa con una pregunta obsesiva, «¿qué tanto me quieres mi Cononoy?»).

—Para serte sincera, nada funcionaba en mi vida y mucho menos con nuestras relaciones íntimas. Cogíamos, como tú dirías, y yo creo que hasta constantemente, pero... ¿cómo te explicaré? Para mí esto del sexo es muy hermoso, y a él no le gustaba más que el trucutruco. Fue una época horrible. Está claro que no tengo madera de abnegada. Yo lloraba cada vez que íbamos a hacer el amor, o fingía jaqueca, o simplemente me hacía taruga deambulando por toda la casa para no ir a la cama.

(La acción se traslada a algunos meses después. El lujo inicial de la casa elegantísima, es ahora el mismo lujo, pero decadente. Para asombro de los espectadores, se oye la voz de un narrador desconocido que, con palabras que parecen encerrar una verdad bíblica, intenta explicar por las que pasa Beirute y pregunta directamente a la audiencia: «¿Qué nombre de mujer no encierra el germen de una pasión desesperada?». Confusión entre el público, casi hay que volver a ver la película para enterarse de lo que pasa, pero en ese momento se abre una puerta de cristal esmerilado y entra Beirute. Todos se dan cuenta que está poseído por una pasión insana porque avanza hacia la cámara con los ojos desorbitados, desabrochándose la camisa, y desanudando con fiereza el nudo de la corbata. La música va en un *crescendo* majestuoso. Mientras en la escalera, tropezándose, Beirute se quita los pantalones, aparece el ama de llaves, que es el único personaje que podría evitar que el señor cometa una barbaridad irreparable, pero, desgraciadamente, es también el único ser en todo el cine que no se imagina lo que va a pasar. Corte a la recámara: Ana Bertha está tendida en la cama, cubriéndose el cuerpo con una sábana; escucha los pasos atropellados de su marido en la escalera, su resuello enorme en el pasillo del segundo piso, los golpes sobre las paredes contiguas, y con el terror pintado en la mirada, lo ve aparecer casi desnudo —solamente lo cubren unos calzoncillos largos y los calcetines detenidos con ligas—; se sube al ropero y se avienta sobre ella, mientras dice «vengo rendido de la oficina, Cononoy».)

—A cada rato me decía que si a mí me gustaba el antes y el después, ¿por qué solamente realizábamos el acto en crudo? A eso no se le podía llamar hacer el amor,

ni nada, y me reprochaba no haberme esperado a que hubiera algo más entre los dos, que hiciera más llevaderas nuestras relaciones. ¡Qué horror!

(Ana Bertha se hunde cada vez más en el mito de su existencia. Después de hacer el amor, o como ella dice, de ser poseída, vuelve una y otra vez a mirarse en el espejo de su recámara, pero por más que indaga en su rostro macilento, el amor no se asoma por resquicio alguno. Los dos, marido y mujer —ella lo intuye— son un enjambre de deseos encontrados: él, con sus manazas, con su monumental torpeza, es incapaz de acomodar su ternura a la violencia que lo consume; ella —en bata, frente al eterno espejo, cepillándose el cabello— es a la vez un ser palpable y real, abatido por la depresión; y otro, en el reflejo, mítico e incorpóreo, incapaz de realizarse en el placer.)

—Todo eso, la casa, la ropa, los adornitos de porcelana, que aparentemente debería disfrutar, me parecía tan cotidiano, tan sin chiste, que llegué a pensar que estar casada era como irse muriendo de a poquito. ¿Me imaginas de ama de casa? Ya te dije, ¿no? que soy hija de guerrillero y berrinchuda, y que saqué lo peorcito de ambos, ¿cómo me iba a conformar con esa vida tan acomodada a la cotidianeidad?

(En ese momento está a punto de hacer su aparición el muchacho bueno de la película, el galán salvador, el nuevo amor de Ana Bertha, un hombre viril y comprensivo, medio bromista y cachondón, que es interpretado por Héctor Suárez: Ana Bertha sale de su casa, va vestida toda de negro, como disfrazada de existencialista; bajo el brazo lleva el libro *La separación de los amantes*; es una tarde nublada y ella deambula, con una maleta en la mano, por una avenida solitaria; a lo lejos el letrero de Publicidad Solar brilla esperanzadoramente; en la puerta está parado Héctor Suárez, vestido de pachuco; Ana Bertha avanza unos pasos, indecisa; él, como que la presiente, se vuelve hacia ella; cuando sus miradas se cruzan, la orquesta de Pérez Prado se revienta el Mambo número cinco.)

—Fue entonces cuando nos volvimos a ver, ¿te acuerdas? Cuando fuiste a cenar a la casa y le pedí a Venustiano que me dejara trabajar a tu lado. Te vi como a mi tablita salvadora, pero sentí mucho miedo, te lo juro. La gente siempre ha pensado que soy muy diferente, que soy firme y segura, pero muy dentro, tanta desventura me ha hecho muy desconfiada. Perdóname por todo lo que te he hecho sufrir, pero tenía miedo de que mi frigidez echara a perder nuestra relación.

(La cámara se aleja, y contemplamos cómo los amantes se besan apasionadamente, mientras aparece la palabra FIN, y un letrero que dice «los personajes de esta historia volverán a aparecer en la cinta *No hay mal que por bien no venga*»).

—Y entonces sí, ¿para que te lo niego mi Vikingazo? Hicimos el amor como los dioses.

Ahora que quedaba claro que el largo calvario de sus apuros sexuales había llegado a buen término, se amaron como dos portentos, pero de nada valió su pasión, ni la sarta de exclamaciones que hicieron mientras una y otra vez, haciendo el amor,

retozaban en la cama como dos adolescentes. «¡Coger contigo es como visitar los Fiordos!», «Nunca había visto unos senos así», «qué prodigio de pichirilo tienes», «te amaré toda la vida, todos los meses, los años y los días», «cógeme hasta el límite de mis fuerzas», «hagámonos una sola piel, un solo cuerpo, un alma en comunión», «así, así, mi vida, pero más suavcito», «qué hondura, qué ricura, qué coñazo», «¡ay qué puta soy, qué maravilla!». La escena llegó al paroxismo erótico, cuando Enrique le susurró al oído que la amaba locamente, y ella, al tiempo que se venía, soltó un grito descomunal que hizo temblar los vidrios de la habitación.

De nada valió, tampoco, la ternura con que se despidieron, pues tres días después, a pesar de que cuando me contó todo, me dijo que «se había logrado», y que, ilusionado con su conquista, sería para siempre un amante «de los que ya no quedan» (como decía su abuela doña Pelancha), Enrique Guerra recibió una llamada anónima a su oficina de Publicidad Solar. Una voz descompuesta le dijo, en tono amenazador, que tenía unas fotografías comprometedoras de él con la mujer de alguien; que con ellas le podría causar mucho daño, que se anduviera con cuidado, y dejara de ver a la mujer de ese alguien, o enseñaría las fotos a todo el mundo. Guerra palideció y no supo qué contestar. Una multitud de ideas se le vinieron a la cabeza, pero entre todas, sólo una lo convenció: el ingeniero Anchondo los había hecho seguir al hotel Palo Alto, y los habían fotografiado *in fraganti*. Fue tal su nerviosismo, que no supo si le habían pedido dinero, que dejara a la Güera, o si simplemente la llamada era para amenazarlo de muerte.

Por otra parte, el Jeo, que no tenía el gusto de conocer a la señora Anchondo más que por las turbias referencias de Guerra, recibió, en la Cineteca, una llamada de ésta, en la que le pidió que le dijera a Enrique Guerra que lo suyo había terminado, que no lo volvería a ver nunca más.

El Jeo se citó con Guerra en el bar del Hotel Ritz, un poco para comentarle lo del telefonazo de la Anchondo, y otro poco, porque aquél le pidió que se vieran en un sitio discreto, para comunicarle algo muy delicado.

—Por teléfono no puedo. Veámonos personalmente —le dijo Guerra con voz temblorosa—, me estoy jugando el pellejo.

Guerra llegó con media hora de retraso. El Jeo ya se había bebido dos cognacs y había visto cada uno de los detalles del mural de Covarrubias, que está atrás de la barra. Al principio no reconoció a Guerra. Venía vestido a matar, con una gabardina corta (tipo Humphrey Bogart), con un sombrero del año del caldo, gafas negras, y una bufanda colorada con rayas blancas.

—Me chantajea —fue lo que dijo Guerra, en vez de decir «hola, ¿cómo estás?», o cualquier otra cosa.

Ante la mirada atónita del Jeo, que se dio cuenta que las mangas de la gabardina no eran del mismo largo, que le faltaban varios botones, y que la hebilla del cinturón estaba rota, Guerra explicó, con el acento melodramático con el que se había presentado, que la había comprado en McAllen, en una barata de saldos a la que fue

con su mamá, y enseguida le soltó lo de la llamada telefónica, y escuchó anonadado, que su amigo había recibido, a su vez, una llamada de Marina.

—¿Se le oía desesperada? —preguntó Guerra.

—No mucho, la verdad.

—¿Qué hago, primo?, ¿qué hago? He sido un inconsciente, me dejé arrebatar por unas nalgas, por unas pinches nalgas —aulló Guerra, aunque por su tono destemplado e inseguro, era muy probable que no estuviera tan convencido de, en verdad, haberse equivocado con las nalgas de marras—. ¿Tú crees que me madrean?

—Nomás te deben andar asustando. No te lo tomes como algo personal.

—Me limitaré a darme un balazo y ya. No me jodas, ¿cómo no me lo voy a tomar como algo personal?

—Te quiero decir que no te asustes, lo único que debe querer el señor Anchondo es que dejes a su mujer. Si hubiera querido otra cosa, te hubiera mandado dar una calentadita desde antes y no andaría mandándote recaditos por teléfono.

—Estoy jodido, yo pensaba que iba a ser otro hombre, y mírame, viviendo de incógnito.

—¿Pus no le dijiste a Jennie y al Vikingo que te ibas a jugar el todo por el todo? Hay que chingarse, primo, ya no te queda de otra.

—¿Y qué crees que estoy haciendo?, ¿jugando a Charros contra Gangsters?

El bar estaba casi solo, en penumbra. En una mesa estaba sentado un viejo narigón, de ojeras negras y pelo cano (que se veía era traficante de algo), con una jovencita que debía ser su secretaria. En la barra, una gringa hacía plática con el cantinero; y en el piano, un joven tocaba, mal, melodías de Agustín Lara. Guerra se acordó que su tío Doroteo le había contado que a ese bar se presentaron Jorge Negrete y María Félix, recién se habían casado; Lara tocaba esa noche, y a nadie le pasó desapercibida la intención de la pareja: estaban ahí para humillar al Flaco de oro (después de todo, se acababa de divorciar de María); pero él, apenas los vio entrar, empezó a cantar de puro ardido: «Te vendes, quién pudiera comprarte». Guerra pensó que la perfidia humana no tenía límites.

—¿Y si quien tomó las fotos fue otra persona? —le preguntó al Jeo—, ¿si al que quieren perjudicar es al ingeniero Anchondo, y yo sólo soy el instrumento del chantaje?, ¿si de paso le enseñan las fotos a Laura?

—Pues en ese caso, o ya te chingaste, o no vale la pena que te preocupes, pues al que se fastidian es a Anchondo.

Ante Guerra desfilaron varios presentimientos: cuando le enseñaran las fotos al ingeniero Anchondo, lo iba a mandar matar; cuando el gerente de la agencia se enterara que había perdido a su clientazo por culpa de Guerra, también lo iba a mandar matar; a la Güera la iban a lanzar de su casa, arrojándola a la perdición. Ese pensamiento lo llevó a otro presentimiento aún más tormentoso: cuando Laura viera las fotografías, le entablaría una demanda millonaria de divorcio y lo dejaría en la calle.

—Lo menos que me puede pasar cuando salga a la luz lo de las fotos —dijo Guerra con voz cavernosa, tratando de ser un poco realista, viendo cómo el traficante de algo sobaba las piernas de su secretaria—, es que quede en ridículo.

Todos sus presentimientos fueron verdad solamente en parte. Cuando salió a la luz lo de las fotografías, sí quedó en ridículo, pero ni el ingeniero Anchondo lo mandó matar, ni tampoco el gerente de la agencia. El primero se limitó a solicitar que lo corrieran, y el segundo, a atender su solicitud. No se sabe de cuál de los dos fue la idea de humillarlo, pues le hicieron pasar la vergüenza de recoger su liquidación en la caja de la empresa, donde una viejecita decrepita le hizo firmar una renuncia espantosa, y le entregó un sobre con las fotos, llamándolo «vergotón». Enrique Guerra, con una pena insoportable, se fue sin poder articular palabra, sin saber dónde esconderse, a dónde ir, o a quién recurrir, revisando cada una de las fotos que le habían tomado con la Güera. El trayecto de la oficina de su jefe hasta la caja (soportando la mirada recriminatoria de las secretarias, la burla del conserje, la indiferencia de la señora Concha, que era quien le llevaba el café todas las mañanas), quedó grabado en su memoria como si estuviera recorriendo su vía crucis.

Tal vez en ese momento decidió ocultar el bochornoso suceso a todo el mundo, sin saber que lo peor todavía estaba por venir.

No lo vimos durante tres semanas. No supimos si en ese tiempo cedió al impulso de correr a la pared más próxima para estrellarse en ella; si se recluyó a rezar el rosario en casa de su madrina Marichu (una loca que cree que todavía no acaba la guerra cristera); o si, en el último paroxismo de su exaltada mente, estuvo encerrado en un hotel, masturbándose, viendo cada una de sus fotos pornográficas para mitigar la rispida culpa que le destrozaba el alma.

Al tercer viernes, Guerra se apareció en la cantina. Traía una cara larga, del tamaño de la noticia que nos venía a dar. Estaba disfrazado de sospechoso de las películas de Juan Orol: con su gabardina gris de mangas desiguales, traje crema, camisa negra, bufanda blanca, anteojos oscuros, y sombrero de Tardán. Paco Taibo, el Jeo y yo, lo confundimos con un vendedor de lotería.

—¿Ya supieron lo que me pasó? —nos preguntó muy circunspecto, casi sin mover el labio superior.

—Para nada —contestó hipócritamente Taibo, pues con un amigo que tenía en la agencia, se había enterado del merequetengue que armó el ingeniero Anchondo cuando vio las fotos. Nos estaba pasando la información detalladamente, y lo hubiera acabado de hacer si Guerra no llega en ese momento.

—Enlodaron mi apellido.

—Carajo, primo, cómo lo siento —agregó el Jeo, aguantándose la risa.

Con un ademán displicente, Guerra aventó el fajo de fotos sobre la mesa. La escena tuvo un aire de *Western*: Enrique Guerra (parado, con las manos en los bolsillos, y el rostro oculto bajo el ala del sombrero), en el papel del muchacho que espera ser reivindicado. A su lado, Isidro, el mesero (con la charola repleta de bulles y los ojos puestos en una fotografía en que la Güera Anchondo se restriega sus chichotas en la cara de Guerra), interpretando al clásico mesero valemadrista. Sentados a la mesa, nosotros tres (Taibo pasando las fotos como quien cambia larines; el Jeo observando detalladamente el encuadre de cada una; y yo, por deformación profesional, tratando de sacar conclusiones axiológicas de las variadas posiciones que los amantes experimentaron aquella tarde), en nuestro conocido rol de jueces implacables, sin saber si sentir lástima o envidia por nuestro amigo (lástima, por la vergüenza que sin duda le había hecho pasar la susceptibilidad del ingeniero Anchondo; y envidia, por no haber presenciado, en vivo, la mirada de loca que la Güera puso en otra de las fotos: mientras que con los brazos en alto se mece sobre el vientre de Guerra, éste, que está tendido en la cama, muerde desesperadamente un almohadón de plumas.)

—Se las enseñaron a todo el mundo. Me arruinaron, me desprestigiaron... hicieron añicos mi futuro... me... me... —claramente se notó que se frustraron sus intenciones para darle a su frase un final a la altura de su lamentación. Solamente pudo agregar, con voz entrecortada y con un énfasis teatral, que la cajera lo había llamado «vergotón».

—Tómalo como un piropo —dije yo, todavía sonriendo, sin imaginar el tamaño

de la catástrofe por la que Guerra había pasado.

—Eso, de todas maneras, fue lo de menos. Me separé de Laura. A ella también le enviaron un paquete con las fotos.

Lo que había empezado como película de los hermanos Almada, estaba terminando como culebrón de Mimi Bechelani. A todos nos entró una pena bárbara. Si con dificultad Guerra iba a soportar el oprobio de haber sido fotografiado en una situación nada decorosa, que eso le costara su puesto en la agencia (en el que tenía puestas tantas esperanzas), le iba a costar poco menos que un güevo; y hacerse a la idea que, por lo mismo, su matrimonio se había roto, lo iba a sumir en su viejo sentimiento de ser un derrotado.

A nosotros nunca nos dio los detalles del rompimiento. Todo sucedió en las tres semanas que no lo vimos. Tal vez por miedo a que nos burláramos, o quizá porque tenía varias vergüenzas escondidas, el caso es que sólo se lo contó a su papá. Por él, que es uno de los que me han ayudado a reconstruir esta historia, supe lo que había sucedido:

Al día siguiente de que recibió el telefonema amenazador, Enrique Guerra concibió una estrategia para que su esposa no descubriera el origen de su nerviosismo, y que, en el caso extremo de que ella llegara a enterarse de su aventura, le sirviera de coartada.

—Estoy muy preocupado —le dijo esa noche, como si estuviera anunciando un cataclismo, o que algún vecino desesperado le iba a prender fuego al edificio—. He descubierto que me siguen.

—¿Que te qué? —le preguntó Laura, que estaba sentada en la cama, viendo la televisión. No se perdía un capítulo de *Rina*, la telenovela de Ofelia Medina y Enrique Álvarez Félix, así lloviera y relampagueara. Recargada en la cabecera, parecía la imagen de la Inmaculada Concepción, con el pelo cubierto de canutillos de permanente en vez de aureola.

La recámara estaba en penumbra, apenas iluminada por la lamparita del buró, y Guerra, parado en un rincón (como si estuviera castigado), miraba alternativamente a Laura, a la televisión, y a una foto tamaño gigante de su boda, que estaba colgada en la pared de enfrente.

—Lo que oíste. Me siguen —respondió Guerra, imperturbable, viendo, en la telenovela, los ojos de fuego de la suegra de Rina, que estaba enloqueciendo porque a su hijo se le había ocurrido enamorarse de una mujer que no era ella (la ya mencionada Rina), lo que amenazaba por echar por tierra su vida entera. Guerra estuvo a punto de perder el hilo de la argumentación de su coartada, pero reponiéndose de la sorpresa, continuó inmediatamente con el mismo tono de derrumbe emocional que venía usando desde el principio—: creo que es gente de la competencia del ingeniero Anchondo, el que te conté que quiere producir una nueva marca de vodka. Han de querer sacarlo del negocio.

Es posible que esta declaración de Guerra haya sorprendido un poco a Laura, que

se bajó los anteojos a media nariz, se volvió hacia él haciendo gala de un gesto de incredulidad inexplicable, y regresó la mirada estupefacta a la televisión, sólo para comprobar que la aludida suegra (en un esfuerzo inaudito de amor propio), se proponía evitar que el destino (y el mismo argumentista), jugaran con sus sentimientos más caros: ¿qué no había procreado ella al hijo de sus entrañas?, ¿qué no lo había instruido en la discolería como sólo una madre puede hacerlo?, ¿verdad que sí?, pues nadie se iba a interponer en su camino, mucho menos una intrusa como Rina, cuyo único mérito era haber heredado una fortuna inimaginable. Laura estuvo a punto de soltar una lágrima, pero lo que agregó su marido debió regresarla a una situación aún más truculenta que la que pasaba por el televisor:

—Creo que soy víctima de un complot —dijo Guerra con aire de postrimerías.

—¿Y por qué, si al que quieren sacar del negocio es al ingeniero Anchondo, no lo siguen a él en vez de a ti? —preguntó Laura (engolando la voz, en una falsa imitación del supuesto valor con el que Rina se disponía a enfrentar al energúmeno de su suegra), con una lógica aplastante, dándole a Guerra un golpe moral del que no se recuperó en toda la noche.

Él se volvió a verla, incrédulo, con la sensación de que su plan estaba por venirse abajo. Laura era una de las tantas mujeres que conocía capaz de albergar dos personalidades totalmente opuestas. Llevaban seis años de casados, y habían durado otros tantos de novios, en ese tiempo Guerra se había hecho una imagen de ella —ingenua, bondadosa, despreocupada— que este tipo de respuestas siempre contradecía, y le mostraban a la otra Laura: la cautelosa, la desconfiada, la mañosa. Con el tiempo había terminado por convencerse que su doble personalidad obedecía a una voluntad oculta que siempre se ponía en su contra.

Un grito estrepitoso lo sacó de su cavilación: ahora era Rina la que había tomado las riendas de la pelea, dando por un hecho que todos los telespectadores desconocían que estaba dispuesta a defenderse de su mami política a costa de lo que fuera: «Ya me casé con Carlos Edipo (parece que ése era el nombre del hijo, servilmente interpretado por Enrique Álvarez Félix), ahora se fastidia usted. Desde hoy, yo mando en esta casa». Guerra sintió una cierta compasión por la suegra y empezó a pasearse alocadamente por el cuarto; se acomodaba el pelo sobre la sien y se jalaba las narices como si se estuviera sonando con los dedos índice y pulgar. Se veía un poco ridículo, parecía que hubiera inventado un vicio nuevo. En vez de seguir el hilo de la telenovela, no se le ocurrió otra cosa más que seguir mintiendo:

—Pues porque yo soy el creativo. De lo que tienen miedo es que una campaña publicitaria con impacto les quite muchos clientes.

Hasta aquí, la parte central de su estrategia estaba planteada: si Laura lo notaba raro, era porque lo seguían; si pasaba algo sospechoso, era, también, porque lo seguían; si él le decía que no podía contarle ciertas cosas, o que prefería mantenerla al margen, era porque la persecución se había puesto color de hormiga. Solamente faltaba dar el toque final: si ella recibía una llamada anónima, era una calumnia de un

cerebro enfermo para sacarlo de la jugada.

—Además —dijo en tono más que solemne, como si hubiera pasado de la promesa de catástrofe, a un arrobo de misericordia casi napoleónico—, es más fácil amedrentarme a mí que al ingeniero Anchondo. Sería una especie de aviso, y él entendería rápidamente. Estos tipos no se andan con juegos, no te creas.

Había cubierto todos los frentes, estaba a salvo de sospechas, dudas e injurias, sólo la retaguardia quedaba al descubierto: si ella veía las fotos, todo estaba perdido.

Laura, con los anteojos puestos y las manos cruzadas sobre el pecho, vio alternativamente la figura descompuesta de su marido, y que la suegra había iniciado un contraataque frontal y lanzaba amenazas a diestra y siniestra: si Rina se negaba a divorciarse de su hijito, la mataba, la embrujaba y la enloquecía —en ese orden— así que no anduviera jugando con fuego. Laura peló los ojos y sólo se le ocurrió expresar una duda que echó por tierra la ficción de Guerra:

—¿A poco eso todavía pasa en la realidad?

Aunque Guerra nunca supo si Laura se refería a que lo estuvieran siguiendo para amedrentarlo, o a que la suegra de Rina fuera capaz de cumplir sus amenazas, el comentario lo seguiría a través de muchos años y siempre enturbiaría el recuerdo que tuvo de su matrimonio.

Lo que siguió después (en la telenovela) los mantuvo cautivados por dos minutos: Rina, desafiando todas las convenciones de la heroína sumisa (y dejando de lado que lucía una joroba como no se había visto en la pantalla desde que Anthony Quinn la hizo de Quasimodo), había abrazado a su marido, lo había besado repetidas veces en la mejilla, y, finalmente, le había dado un espectacular beso en la boca, causando un conato de infarto en la suegra, que no daba crédito a que las relaciones maritales de los cónyuges, en tan sólo un mes, hubieran evolucionado hasta el punto de besarse.

—No me entiendes —dijo Guerra con afectada dignidad, abatido por una ternura totalmente inexplicable hacia la suegra de Rina, pensando que ya no quedaba nada qué hacer (ni en su caso, ni en lo que restaba del capítulo televisivo), más que irse a emborrachar a la sala—. Me voy a tomar una copa.

Un rato después, Laura lo alcanzó. Guerra estaba arrumbado en su sillón favorito, con un vaso con whiskey entre las manos, el nudo de la corbata al garete, y el pelo alborotado. Acababa de cometer el gran error de esa noche, que consistió en escamotearle la verdad a su esposa. Inconsciente del derrotero al que lo iba a llevar esa mentira, apenas la vio llegar, resumió su situación así:

—Hay muchos intereses creados para que el vodka Anchondo no salga al mercado. Ya me lo había dicho el gerente de la agencia. Le podemos hacer un hoyo a los productores de ron y brandy. A lo mejor, por eso me están siguiendo.

Laura no dijo nada. Sintió coraje, sabía que le estaba mintiendo, pero no pudo evitar, al verlo tan desasosegado, que la ternura se abriera paso entre el rencor que se había dejado crecer en los últimos meses. Le hubiera creído todo —estuvo tentada a hacerlo— si esa tarde no hubiera recibido la llamada anónima que Guerra tanto

temía: un desconocido le dijo que su marido tenía una relación muy turbia, que lo cuidara, y que pronto le entregarían una sorpresita. El tono que usó fue frío, calmado, y tal vez conciliador, pero no admitía réplica. Antes de que Laura pudiera decir o preguntar nada, el hombre colgó.

«¿Qué otra relación turbia puede tener Enrique que no sea con una mujer?», díjose a sí misma (como se acostumbra en estos casos), y nunca le pasó por la cabeza la idea de que fuera un plan maquiavélico de algún «cerebro enfermo», como hubiera querido Guerra.

Desde hacía tiempo su matrimonio no andaba bien, es más, desde que ella lo descubrió sobándole las piernas a una venezolana, en la infausta cena para celebrar el Grito de Independencia, su relación había ido de mal en peor. Dudaba de todo lo que él le decía, no podía contener el coraje ni los celos, y por cualquier cosita armaba un tango. Aquel descubrimiento la había hecho ver que Guerra se enredaba con cuanta mujer le hacía ojitos. El suyo, había acabado en lo que tantos otros maridos: era un cabrón. Desde entonces sospechaba que le ocultaba aventuras extravagantes, relaciones tormentosas, y pasiones de escándalo. Cuando Guerra renunció a Sears Tlalpan, ella desconfió, pues nunca le creyó la patraña de la creatividad, ni el hartazgo de las finanzas. Recordaba casi con asco el día de campo, cuando le refirió su conflicto vocacional y le comunicó que se iba a cambiar de empleo. Lo aceptó porque no le quedaba otra, y aunque él pensó que lo que a ella le preocupaba era el dinero, la verdad es que Laura no podía sino atribuir su depresión a un lío de faldas. Alguna vez trató de hacerle entender por las que pasaba, que se pusiera en sus zapatos, a ver si aceptaba que ella le hubiera sobado las rodillas a Alatríste, que era con quien ella platicaba en aquella cena; él, sin embargo, minimizaba el conflicto e insistía en que todo era un problema de falta de comunicación, y se quejaba de que Laura exageraba por todo. No hubo manera de romper la madeja de los celos y las dudas. Ella siguió pensando que él la engañaba con la mitad de las mujeres que conocía, y él, que era un incomprendido. Sus discusiones siempre terminaban igual: con Laura reclamándole que fuera tan fácil con todas las mujeres, y con él, asegurando que ya no era el mismo, que estaba intentando tener una personalidad nueva, auténtica, ajustada a sus deseos reprimidos. «Reprimido deberías tener el pito», pensaba Laura, pero se callaba y se iba a su recámara a llorar, tratando de no sentirse culpable, de salir del rencor y encontrar fuerzas para comprenderlo. Pero la llamada de esa tarde había venido a confirmar que sus miedos y presentimientos eran reales.

«Ahora me va a venir a inventar una historia tremenda, el muy cabrón», pensó Laura, y fue precisamente lo que él hizo.

Guerra, por su parte, se dio cuenta que a ella le costaba trabajo creerle, que tenía en la mirada un brillo de ternura que se confundía con el amor y la lástima. Al verse observado con ojos como de becerro a medio morir, le vino una candidez insoportable e intentó darle un tinte íntimo a su relato:

—Dame chance —le dijo poniendo su gesto de no todo está perdido—, espero que este asunto se arregle, y a lo mejor son puras alucinaciones mías.

Esas alucinaciones aludían hiperbólicamente a que esa tarde, en su oficina, Guerra se había representado varias escenas siniestras con la esperanza de que algo le trajera alguna idea salvadora a la cabeza. En una de las alucinaciones siniestras, una banda de gangsters entraba al cuarto donde hacía el amor con la Güera Anchondo, y los acribillaba a balazos; una voz, como de narrador de radionovela, decía en *off*: «La historia había juzgado mal su pasión, y en la mente de los hombres iban a ser recordados como dos seres muy calientes». En otra, antes de que él llegara a la casa de Marina, el preciso día que se la cogió, un tipo con cara de ángel lo detenía en la esquina y le advertía que unos hampones, a las órdenes del ingeniero Anchondo, lo estaban esperando para tenderle una emboscada; Guerra salía corriendo, y en un café de chinos —solo, deprimido, sudoroso, pero a salvo— se resignaba a no ver nunca más a Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera, mientras la misma voz, también en *off*, le hacía una revelación retumbante: «Te salvaste por un pelito». En otra escena más, se veía a sí mismo —vestido de pachuco y con una confianza totalmente injustificada en la mirada— diciéndole al ingeniero Anchondo que le valía madres lo de las fotos, que a él ningún industrial de pacotilla lo chantajeaba, y que venía a rescatar a Marina de sus garras. Pero en las peores alucinaciones se imaginaba a Laura, como un energúmeno, yéndosele encima para arañarlo; en ese momento reproducía en su mente toda la secuencia de celos de la noche del Grito, cuando Laura se dio cuenta de que era un libidinoso mayor; evocaba el rostro lúbrico de la venezolana que lo había obnubilado, su propia mano metida entre los muslos de ella, y la cara de su esposa —con los ojos saltados, las cejas en alto, los colmillos sobre el labio inferior— descubriendo la mano cachonda bajo el mantel; entonces le venía, como eco, el grito incendiario que paralizó a los comensales y la carrera de pavor de Laura huyendo hacia los baños. ¿Por qué no había reaccionado?, ¿por qué, si le pidió perdón tantas veces a Laura, y le dijo que no lo volvería a hacer, siguió con la manía de los amores clandestinos?, ¿por qué había llegado hasta el punto de ser chantajeado, hasta esta noche, otra vuelta frente a Laura, escondiéndole sus infidelidades, viendo su cara descompuesta, su figura huérfana, que lo hacía sentir como el más canalla de los hombres?, ¿dónde había empezado a torcerse su matrimonio, cuándo, con quién, que había acabado fantaseando una serie de secuencias donde él era Rodolfo Acosta; Laura, Charito Granados; el ingeniero Anchondo, Carlos López Moctezuma; y Marina, Andrea Palma? Se acarició el pelo, se frotó los ojos y empezó a sentir que, como tantas veces, su memoria, más que ayudarlo, lo recluía en una suerte de recuerdos y fantasías que para nada le servían. «Pobre de la suegra de Rina», fue lo único que pudo pensar, al repasar hasta dónde lo había llevado su coartada, «le están destruyendo las ilusiones que con tanto trabajo se había hecho».

Laura lo miraba en silencio y él se volvió hacia ella con una sonrisa lastimera. Escucharon las campanadas de las doce de la noche, y el canto del reloj cucú que

tenían en el pasillo. Guerra se levantó, la tomó de la cintura, y se fueron a dormir. No se sabe lo que pensaron uno del otro, ni las intenciones que llevaban, pero sí lo que no hicieron: Laura no le mencionó la llamada anónima; Guerra no le dijo que estaba arrepentido; Laura no le dijo que se temía lo peor; Enrique Guerra tampoco le confesó que se temía lo peor; ella no le pidió que dejaran el asunto por la paz, ni él la invitó a pasar una nueva luna de miel en Puerto Escondido. Tampoco comentaron la telenovela, ni hicieron el amor.

Al otro día, Guerra se citó con su papá, en el café de las Américas, para pedirle consejo. Traía cara de día del Juicio Final.

—Me estoy volviendo loco, papá —fue lo que dijo Guerra para abrir boca.

Estaban sentados en la terraza del café, con un vasito de café capuchino y una naranjada sobre la mesa. Guerra se acordó que al cine de Las Américas, que está al lado, su papá lo había llevado a su primera matinée a ver *Los invasores de Marte*; mientras hacían la cola para entrar al cine, su papá le había dicho que a ver si en la película confirmaban lo de la canción. «Te imaginas qué suave si unos monigotes se bajaran de su platillo cantando “Los marcianos llegaron ya, y llegaron bailando Ricachá”». Se rieron como locos recordando la canción de Jorrín, que tan de moda estaba por ese tiempo, e incluso hasta unos pasos de baile le enseñó su papá allí, en la banqueta, ante el asombro del resto de la gente. La película, al revés de lo que esperaban, resultó tremenda y salieron amedrentadísimos. Para quitarse el susto fueron a tomar una naranjada al mismo café. Hasta ese día se dio cuenta que se le había vuelto una especie de manía ir al Las Américas para quitarse el miedo con una naranjada.

—Pues loco o no —le dijo su papá, sacándolo de sus recuerdos—, te ves hecho un desastre. ¿Qué te pasa?

—Me chantajea.

—¿Tu mujer, tu mamá, una de tus hermanas, o quién?, ¿qué les hiciste?

—No, papá, esto es muy serio. Chantajistas profesionales. Me tomaron unas fotos con una vieja que me cogí —dijo solemnemente.

No pudo evitar recordar a la Güera, ni los fajes en su casa, ni sus besos apasionados, ni sus súplicas para que la respetara, ni el grito descomunal que dio cuando estaban haciendo el amor y él le murmuró al oído que la amaba. ¿Por qué no había terminado todo ahí si fue tan bonito, tan emotivo? Se recordó a sí mismo besando el ombligo de la Anchondo, quitándole las braguitas, lamiéndole su vello que olía a jabón Jardines de California, y metiendo su lengua entre sus labios humedecidos, para descubrirle un clítoris endurecido, que parecía un falo de mentiritas; le pareció volver a escuchar dos claxonazos a lo lejos, y sintió el mismo temor que la llegada del marido le imponía. ¿Por qué no se conformó con fajársela abajo de los escritorios, si después de todo fue cuando se sintieron más seguros?

—¡Hijos mano! —exclamó su papá, sacándolo, otra vez, de sus recuerdos—. ¿Y cuánto dinero te piden?

—Parece que no es asunto de dinero. Ella está casada y amenazan con enseñarle las fotos a todo el mundo.

—Pues qué friega le van a parar a la pobre. ¿Cuándo menos valió la pena?

—¿Que me chantajearan?

—N’hombre, que te la cogieras.

El arrancón de un camión, a unos metros de donde estaban sentados, no lo dejó oír la respuesta. Guerra tuvo la tentación de contarle la aventura entera, con pelos y señales (casi literalmente), pero se arrepintió. ¿De qué le iba a servir? Se dio cuenta que durante toda su relación con la Güera, y tal vez aún antes, había creído que viviría siempre igual: cogiéndose a muchas viejas, e inventándole excusas a Laura, sin que nada entorpeciera su destino de cogelón manifiesto.

Un periodiquero se acercó a venderles la edición vespertina de *Las Últimas Noticias*. El titular oscilaba entre una broma de mal gusto y una canallada política: «Preparémonos para administrar la riqueza: JLP».

—Lo que más miedo me da —continuó Guerra, después de comprar el periódico—, es que le enseñen las fotos a Laura. El resto creo que ya está perdido.

Su papá se quitó unos anteojos oscuros (que usaba desde hacía poco, sin importarle que hubiera sol o estuviera nublado; que estuviera bajo techo o en la calle; decía que le daban más caché). Se sobó los ojos y lo miró un rato sin decir nada.

—¿Qué es el resto? —preguntó.

—Mi trabajo principalmente, pues si el marido ve las fotos, hará que me corran. Es uno de los clientes más importantes de la agencia. Es imposible que opten por mí y pierdan una cuenta que les puede reportar muy buenos pesos. Lo que le pase a Marina, así se llama la interfecta, es asunto en el que no tengo nada que ver.

—¿Así que te clavaste a la esposa de un cliente, que para colmo tiene nombre de baladista de *Siempre en Domingo*?

—Sí.

—¡Ay, m’hijito, eres muy zoquete! ¿Nunca vas a aprender que donde se come no se caga?

—Tienes razón —contestó Guerra, limpiándose una lágrima que se le escurría por la mejilla, y carraspeando para evitar que se le quebrara la voz—, pero ya es demasiado tarde para arrepentirse. Si aparte de que me despidan se entera Laura, soy hombre al agua.

Don Felipe se conmovió hasta lo más hondo de su ser con el candor de su hijo en asuntos amorosos, y trató de orientarlo con sus luces.

—Te voy a dar un consejo que una vez me dio tu tío Doroteo —dijo adquiriendo para sí el tono solemne que antes había usado su hijo—. Niégalo todo.

De la mesa debieron brotar ilusiones como líquenes, fantasías como enredaderas, cualquier cosa, o que al menos, al fin se les aparecieran unos marcianos, bailando el Ricachá, para celebrar la chungada de su padre. La primera reacción de Guerra fue de esperanza porque pensó que el consejo podría ponerse en práctica; la segunda fue de

vértigo y, sudando frío por la espalda, el cuello se le puso rígido con el recuerdo de Marina besando su entrepierna, y sólo de pensarse negando ante Laura que él era el que aparecía en las fotos, se le secó la boca.

—Si Laura no ve las fotos, me canso que lo niego, ya hasta tengo una coartada —respondió con la conciencia de quien experimenta la frágil condición de los mortales—. De otra manera, ¿cómo?

—Aunque las vea. Tú lo niegas igual. Nomás dices que no eres tú y ya.

La seguridad de don Felipe rayaba en alturas filosóficas que su hijo desconocía. Había dicho el *tú lo niegas igual*, con el brazo levantado y mirando el cielo. Guerra temió que se parara, se pusiera a bailar, y se lanzara nuevamente con las clases del Chachachá.

—¿Y si me reconoce?, ¿si se ve clarito que soy yo, papá?, ¿qué tal si me sacaron un *close up*?

Su papá, abandonando su pose de estatua de la Libertad, se quedó mirando a su vasito, como si mentalmente estuviera repasando otras posibilidades, dio un sorbito del café capuchino, chasqueó la lengua, y murmuró algo que sonó a «caracho».

—No hay de otra. Sea como sea, tú lo niegas todo, y lo sigues negando así te contradiga la madre Matiana.

Aquí me veo obligado a abrir un paréntesis necesario: (la madre Matiana es un ser mítico, inventado por algún ancestro de los Guerra, que sale a relucir siempre que se encuentran en algún aprieto y hay que echarle la culpa a alguien. Una vez, por ejemplo, que a su tío Doroteo se le ocurrió nalguear a una secretaria, ante los ojos de guacamaya que ésta puso, salió del aprieto diciendo: «Me lleva la madre matiana, ¿de qué las tiene hechas oiga? Me lastimé la mano»).

—Una infidelidad nunca se confiesa, m'hijo —concluyó don Felipe en tono doctoral—. Métete eso en la cabeza. Ahí tienes a todos tus tíos, ¿dónde crees que andarían ahora si les hubiera entrado el prurito de la honestidad? Se los hubiera cargado Candingas.

(Candingas es otro personaje de su mitología familiar, que puede representar tanto al mal agüero, como al demonio, o incluso a la chingada; a veces podía sustituir a la madre Matiana si se encontraban ante un caso extremo de mala pata o destino trágico. «Se la llevó Candingas por delante», se dice, por ejemplo, cuando a alguna muchacha le destrozan su doncellez).

Guerra no supo qué contestar, sintió una especie de vacuidad a su alrededor, como si la realidad no existiera, ni hubiera existido nunca. Como si tuviera todavía aquellos mismos seis años cuando fue a la matinée y su papá se encargó de hacerle creer cuanta historia de ciencia ficción se le ocurrió. Como si no hubieran transcurrido veinticinco años desde entonces.

Se levantó y fue a hablar a su casa, más por buscar una razón que le permitiera aceptar el consejo de su padre, que para rebatirlo.

—Un coche está estacionado aquí enfrente —le dijo Laura al otro lado de la línea

—. Hay unos tipos muy raros adentro. Llevan ahí como dos horas y no se les ve trazas de quererse mover. Estoy preocupada. Vente con cuidado.

Lo dejó frío. Parecía que efectivamente lo estuvieran siguiendo. ¿Cómo podría atreverse a negarlo todo, si tenía la prueba —contundente e inobjetable— de que la realidad existía, estacionada frente a su casa?

—Por otro lado —le dijo su papá cuando Guerra regresó a la mesa, asustado por aquel aspecto de desorden final que relumbraba en la cara de su hijo, que le causó la impresión sobrecogedora de estar hablando con un loco—, a lo mejor te están vacilando y las fotos ni existen.

Guerra estaba demudado, imaginándose que los ocupantes del siniestro auto eran guaruras del ingeniero Anchondo, y que cuando lo vieran llegar le iban a propinar una madriza sabrosa. Su papá, en cambio, ajeno a la presencia de los supuestos villanos, parecía aceptar la preocupación y el peligro como una cosa cotidiana. Ninguno de los dos se imaginaba que en ese momento Laura estaba recibiendo el paquete con las fotos.

Enrique Guerra dejó a su papá en la esquina de Insurgentes y Baja California. Era una tarde nublada, airosa, que amenazaba con una lluvia que nunca llegaría, típica del fin de la primavera.

—¿Te doy un aventón? —preguntó su papá.

—No gracias. Voy a caminar un rato.

—Bueno, yo voy a aprovechar para ir a ver a tu abuelita. No dejes de tenerme al tanto.

Guerra se fijó en su padre, en el buen humor que lo acompañaba a todas partes, en la dignidad con la que se desprendía de la realidad y asumía una suerte de fantasía que muy pocos podrían criticarle, en la manera de aceptar ese ir viviendo que él tanto le envidiaba, y entonces comprendió que aquélla había sido una cita inútil, porque su papá, a pesar de los consejos, sabía que nada cambiaría el curso de los acontecimientos, que negar o aceptar la realidad era una y la misma cosa. Lo curioso era que aún sabiéndolo, cuando los problemas eran irremediables, los resolvía haciéndose el occiso.

—Okey, yo te hablo —le dijo Guerra como despedida.

Don Felipe atravesó la calle corriendo y se metió a comprar pan a La Espiga. Guerra recordó que, antes de que hicieran los ejes viales, por ahí pasaba el tranvía que lo dejaba en la esquina de la casa de su abuela. Ahí también, a sus espaldas, estaba la Librería de Cristal, a donde acompañaba a su papá los viernes en la noche para comprar la novelita que leería esa semana.

Empezó a caminar por Insurgentes rumbo a la avenida Coyoacán. A pesar de su amor casi maniático por la ciudad, y de que creía que la conocía palmo a palmo, Guerra se sorprendió, por primera vez, de que ya no estuviera la glorieta de Chilpancingo. La habían quitado en aras de una mejoría en el tráfico que arrasaba con árboles, palmeras, estatuas, o cualquier cosa que estorbara la ampliación de calles. La

tortería Biarritz, sin embargo, seguía ahí, igual que siempre, como si los capitalinos, a pesar de los congestionamientos de automóviles, no hubieran perdido su afición por las tortas y el consomé de pavo; también estaba La Vaca Negra, y la dulcería donde usualmente compraba los Paricutines. La ciudad era aparentemente otra, pero se resistía a cambiar. Su modernización era un mazacote de rencor, barbarie y mal gusto, que respetaba los sitios más insólitos. Por un instante pensó que su padre tenía razón y la ciudad de México era una prueba fidedigna: había que negarlo todo. Le pareció escuchar el chirrido de un tranvía, ver de nuevo el camellón de Baja California y los árboles de la glorieta de Chilpancingo. ¿Alguien se acordaría todavía cómo eran? Por casualidad volvió a leer la noticia principal del periódico. Deberíamos prepararnos para administrar la riqueza, México estaba a punto de volverse un país rico, había declarado el señor Presidente en una reunión de banqueros. Guerra se imaginó a una punta de desharrapados botando el dinero en las cantinas del centro; y a una enorme cola de señoras enrebozadas, frente al Monte de Piedad, esperando a que abrieran para desempeñar sus máquinas de coser Singer. Mientras el país entero se entrenaba para cruzar por la puerta grande de la modernidad, él estaba a punto de hundirse en el pantano del atraso y el subdesarrollo. Se sintió como si lo estuvieran desheredando. «¿A poco la pobreza se acaba por decreto?», se dijo con un golpe de inspiración. Aunque cabía la posibilidad de que, a su modo, el primer mandatario también lo estuviera negando todo. «En serio que la realidad no existe. Debe haber sido un invento de mi maestro de moral.»

Dos horas después llegó a su casa. Había repasado toda su infancia, su juventud, su amorío con Marina, su matrimonio con Laura, las mil veces que le dijo que la quería, sus propósitos inútiles por serle fiel, los días aburridos en su oficina de Sears, su voluntad por aparentar lo que no era y esconder sus aventuras, sus terrores nocturnos y la voz del «cambia, cambia, cambia» que no lo dejaba un momento en paz, y había llegado a una conclusión espeluznante: o efectivamente la realidad era una mala broma, o su vida entera era un velorio donde a veces se contaban chistes colorados. Concluyó, por otro lado, algo en lo que la historia le daría la razón: el Presidente era un embustero.

Frente al zaguán ya no estaba ningún coche. No supo si eso era mejor o peor. Pensó que era peor. Laura lo esperaba en la sala —en bata, desaliñada y lloriqueante— dada al traste. Tampoco supo si era mejor o peor, pero volvió a pensar que era peor. En ambos casos tuvo razón.

—He estado pensando en tu problema desde que me llamaste —le dijo Laura a boca de jarro, después de saludarlo fríamente—, y ya que me hiciste el favor de confiármelo, quisiera ayudarte.

Guerra no se dio cuenta de la trampa que se le estaba tendiendo o se hizo güaje, pero optó por seguir el consejo de su papá, el deporte nacional por excelencia: negarlo todo y esperar que sucediera un milagro.

Laura empezó el análisis de la situación como si fuera a demostrar un teorema.

¿Si era cierto que había alguien que quería sacar al ingeniero Anchondo del mercado de los licores, debería estar también en el mismo negocio? Cierto, Guerra no pudo negarlo. Cabía la posibilidad, y eso le parecía a ella lo más probable, de que ese alguien estuviera produciendo vodka, lo hubiera producido en el pasado, o lo fuera a producir en el futuro, después de todo no era un producto corriente, pero de ninguna manera desconocido. Exacto, concordaba bastante con la tesis que él había venido sosteniendo, volvió a responder, asombrado de que a Laura se le ocurrieran cosas tan tremendamente lógicas, y tuvo la ingrata sensación de que se había casado con la versión femenina de su maestro de Corrientes Filosóficas, y que nunca se había dado cuenta. Entonces se podía concluir que uno de los principales sospechosos era quien producía ginebra o vodka, por ejemplo, los de la casa Oso Negro, ¿a quién si no a ellos iba a afectar más la competencia del ingeniero Anchondo?

—De cualquier manera —agregó Laura con tono de catedrático en bancarrota—, los clientes que se perdieron para los productores de ron y brandy, se perdieron cuando los de Oso Negro sacaron al mercado sus productos, ¿no crees?

Guerra quedó estupefacto ante razonamiento tan impecable. Tampoco pudo negarlo. Cero e iban tres.

Pero daba la casualidad, continuó su esposa, encarrerada ya en el camino de la dialéctica implacable, que ni Anchondo, ni los dueños de la Oso Negro, estaban resentidos el uno con el otro, es más, eran amigos íntimos y Enrique Guerra debía saberlo.

—También en la agencia les hacen la publicidad, ¿o no? —preguntó Laura, dándole a su voz toda la falsa ingenuidad de la que era capaz.

Ya era demasiado tarde. Guerra se había perdido en el laberinto y no sabía a dónde lo llevaban. Retomó su estrategia inicial.

—No —contestó secamente.

—¿Cómo que no?

—No, nada más no. Yo no sé nada, ni de quién me hablas, ni quién pueda estar interesado en perjudicar a Anchondo. No, no y no.

No se le ocurrió qué más podría agregar porque Laura le extendió un recorte de periódico donde se daba la noticia que el conocido industrial, Venustiano Anchondo de la Maestranza, había comprado la planta donde se producía el vodka Oso Negro. Tanto el comprador, como el vendedor, habían dado una fiesta para festejar tan magno suceso. En varias fotos aparecía lo más granado del gremio de vinos y licores, felicitando a Anchondo y congratulándose de su reciente ingreso al negocio. En una de ellas estaba Marina con el diputado Íñigo Quiñones; ella, descotada y riendo a mandíbula batiente; y él, de bigotazo y puro, pasándole el brazo por la espalda. En otra, el diputado Quiñones, el ingeniero Anchondo y el antiguo dueño de la Oso Negro, todos con el brazo levantado, haciendo la *Ve* de la victoria, como si ninguno de los tres fuera capaz de romper un plato.

Entre todos, al único que Guerra no conocía era a Quiñones. Todo en él era un

tributo a la ordinariez: su panza desmesurada, los casquillos de oro en los dientes, las manos calludas con el anillote de brillantes en un dedo. Su único rasgo enternecedor era un lunar, enorme, a la mitad del cachete izquierdo, por el cual —se dijo Guerra— debió haber tenido una adolescencia infernal.

—No sé a dónde quieres llegar —dijo Guerra, titubeante, medio amedrentado—. Esto no explica nada, a lo mejor el enemigo es el señor Domecq, o los Ruiz, los que le dan la cara al público, ¿no has visto el anuncio?

—Ay, Enriquito. Mira bien las fotos, están todos menos tú. Te hicieron a un lado y no te diste cuenta.

—No te entiendo. ¿Quiénes son todos?

Enrique Guerra se destanteó. Ha de haber sido un titubeo momentáneo, pero bastó para que Laura concluyera el punto:

—Todos los amantes de la señora Anchondo. Todos menos tú, claro. ¿Eres o te haces?

El rostro de Laura había ido descomponiéndose paulatinamente. Guerra notó, por primera vez, que una tristeza infinita se había recluso en su mirada. Ella, esquivándole los ojos, sacó de su bolsa el paquete de las fotos y lo aventó sobre la mesa de centro tirando una muñeca de porcelana, tipo Luis XVI, que Guerra había comprado en Sears cuando cumplieron el primer mes de casados. Era un paquete igualito al que al día siguiente le entregarían en la agencia.

—¡Que tarado eres! —agregó Laura con voz quebrada, tratando de mantener el tono fingido—. El diputado Quiñones le consiguió a Anchondo la licencia para producir un vodka de mala calidad. Los de la Oso Negro estaban perdiendo dinero por los controles del gobierno, y les urgía vender su fábrica. Anchondo vio en su sociedad con Quiñones una mina de oro. A cambio de su ayuda, el diputado se llevaba una tajada, y se acostaba con la esposa del ingeniero Anchondo. No sé si éste lo sabía, pero si quería conservar la licencia, se tenía que hacer de la vista gorda. Tú te quisiste hacer maje a los dos. Quiñones te mandó seguir y te tomó las fotos.

Guerra sintió un balde de agua fría sobre la cabeza. Se acordó, sin amargura, de las altas palmeras de la calle de Xola, que el regente acababa de mandar remover, dejando una avenida ancha, desolada y sin chiste. Recordó que sobre el pasto del viejo bulevar había jugado en la infancia, y que era como si le hubieran pavimentado la infancia, como si la realidad fuera otra muy diferente a la que había imaginado, a la que había vivido cuando chico, a la que había venido viviendo en los últimos meses. ¿A cuál de todas negarse? Recordó a la Güera caminando por Cinco de Mayo, en la Manifestación del Silencio, dándole un toque chic al desmadre del 68. Recordó su boda con Laura, la luna de miel, y los proyectos de una vida adulta. Recordó, con nostalgia infinita, a su papá contándole historias de ciencia ficción y enseñándolo a bailar el chachachá. Recordó su ciudad perdida. También él sintió ganas de ponerse a llorar.

Enrique Guerra ignoraba algo que había empezado dos horas antes, cuando él

recibía clases de pesimismo dialéctico, con su papá, en el café de las Américas: del auto sospechoso que estaba estacionado frente a su casa (que más bien parecía de alguien muy influyente), se bajó un señor con pinta de ser muy decente; tocó el timbre de su casa; Laura salió muy nerviosa, no se atrevía a acercarse, y desde la puerta le preguntó qué se le ofrecía; él le dijo que no tuviera miedo, le alargó el paquete, y agregó que sabía que lo que había adentro la dañaría, pero que no tenía otra alternativa, que lo perdonara; para ser guarura, pensó Laura, era muy guapo, se parecía a Julio Alemán; se acercó, tomó el paquete, lo abrió, sacó dos fotos, el recorte de periódico, y se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de dolor. «Dígale a su esposo que se aleje y ahí muere. Si usted quiere saber más, llame a la agencia de publicidad, el gerente le puede dar más información», se dio media vuelta y caminó lentamente a su auto. Laura se metió corriendo, se tiró en la cama, lloró, gritó, pataleó y llamó al señor Mendieta quien le contó la historia del diputado Quiñones.

—Será mejor que te vayas mañana —le dijo Laura a Guerra, juntando las palmas de las manos en el pecho, como en visita de pésame—. Eres un canalla, aunque no sé qué me apena más, si tu pendejez, o que me hayas engañado.

A Guerra no le quedaba cuerpo para complacer sus viejas contradicciones e intentar una reconciliación ficticia con Laura. Nada más escuchó su vocecilla interior que le decía, como en los teléfonos públicos: «Tiempo transcurrido, para continuar, deposite sin colgar otra moneda».

Se fue de su casa en la madrugada. Tal como se lo escribió a don Gustavo Rodríguez Alatorre, durante mucho tiempo recordaría la violencia con que Laura abrió la puerta, y la intensidad casi epiléptica de su cuerpo, cuando le dijo que si daba un paso fuera de la casa, no volvería a poner la planta del pie en aquel hogar.

De ser cierta esta última afirmación, ella pudo arrepentirse de haberle echado la caballada como lo hizo la noche anterior, y si no le pidió perdón, tal vez le propuso que rehicieran su vida juntos. Pero Enrique Guerra sabía que ya era inútil seguir adelante, había soñado que era un materialista que atropellaba a la Güera Anchondo con su camión, Quiñones se quería vengar de él, lo buscaba y lo balaceaba en un cine, pero a quien en verdad mataba era a Laura, que estaba sentada a su lado. En una sola noche, con un sueño malhadado, se había deshecho de sus dos mujeres, de sus dos tormentos, y se sentía una mezcla de asesino, padrote y cornudo. No hubiera podido continuar con un matrimonio donde la mentira se le había vuelto su forma cotidiana de relación.

Si efectivamente Laura le propuso rehacer sus vidas, lo que él le contestó fue lo más sincero que le dijo jamás:

—No, Laura, es inútil, lo que yo quiero es deshacer nuestras vidas.

Nunca estuvo tan cerca de Arturo de Córdova como en ese momento.

Al día siguiente se presentó a la agencia, recibió la recriminación de su jefe, el desprecio de sus compañeros, y su paquete de fotos. El resto es un lapso ignorado de su vida. Nadie sabe a dónde se fue a vivir.

Como dije al principio de este capítulo, tres semanas después, Enrique Guerra se presentó en la Provi para contarnos las generalidades del suceso, y aventarnos sobre la mesa —en una réplica de la forma en que Laura lo había hecho— las fotos pornográficas.

Isidro soltó una carcajada y puso los bulles que le habíamos ordenado sobre la mesa. Dijo que ah qué pinche Guerra tan cogelón, y que nada más para que viera que no le tenía envidia, le invitaba el primer bull, y se fue. Guerra le echó encima una mirada rencorosa, que todos secundamos.

—Este pinche Isidro no tiene corazón —comentó Taibo, haciéndose blanco, desde ese momento, de nuestras miradas matadoras.

En ese momento, viéndolo víctima del desamparo, en cierta manera derrotado y tratando de sobreponerse a un destino que le estaba jugando las contras, me pareció que Enrique Guerra estaba siempre rodeado de una atmósfera de cine; de un acompañarse de sombras, de miradas, de pasos, que le daban a su vida un remedo de encuadre; pero, sobre todo, que en los momentos cruciales de su vida, como en las películas mexicanas, siempre aparecía alguien que le ponía música de fondo a sus sentimientos; en ese instante en que —triste, cabizbajo y meditabundo, como torpe imitación de Julio Jaramillo— nos veía a nosotros y a sus fotos regadas sobre la mesa, el Pambazo Oropeza, desde la calle, se lanzó con lo que debería haberse convertido en su tema de amor: «Porque tu amor es mi espina, por las cuatro esquinas hablan de los dos, que es un escándalo dicen y hasta me maldicen por darte mi amor». No nos quedó más que guardar un minuto de silencio y admirar la suerte, el infortunio, o el humor involuntario de nuestro amigo. «No hagas caso de la gente, sigue la corriente y quíereme más». Guerra estaba lívido, daba la impresión de que tenía el pulso tenue, la respiración onerosa, y los sudores pálidos de los moribundos. Miraba hacia el suelo como buscando respuestas en las baldosas. Cuando el Pambazo concluyó, después de un solo magistral de marimba, con que si esto es escandaloso, es más vergozoso no saber amar, Guerra levantó la cabeza, nos miró, y sonrió por primera vez.

¿Cuántas veces, pienso, ahí mero, en la cantina, Guerra nos narró los incidentes de su accidentado amor?, ¿cuántas veces nos reímos juntos?, ¿cuántos consejos no le habremos dado que le hicieron lo que el viento a Juárez? Cuando recuerdo esa temporada no hallo qué pensar. ¿Estuvo Guerra siempre tan enamorado?, ¿lo quería Marina tanto como él a ella?, ¿estaba dispuesta a fugarse con él, o como alguna vez lo pensó Taibo, eso vino después, pero por lo pronto solamente lo estaba calentando? Debo confesar que durante mucho tiempo supuse que así era, pero cuando Márgara Contreras, alias la Muñeca, me contó la historia de su matrimonio, y me trajo las hojas del Diario de Marina (del que ya me permití reproducir una parte), cambié de opinión. Por otro fragmento del mencionado Diario (que a continuación me vuelvo a tomar la libertad de reproducir), sabemos ahora que la temporada que siguió a su

acostón con Guerra, no fue, tampoco para ella, nada agradable:

«... pero no se me quita el miedo, nada más me acuerdo de Enrique y me estremezco todita. Me está mal reconocerlo, aún a ti, mi querido Diario, pero fantaseo todo el día, y siento cómo me humedezco cuando me lo imagino mordiendo el vello empapado de mi pubis, y empiezo a sentir mi propio olor subiéndome por todos lados, y me avergüenzo, pues por más loción Rain que me pongo, todo el aire se impregna de mi aroma y nada lo disimula. Yo creo que Venustiano lo percibe, el otro día en misa, se la pasó olfateando el aire, y no me dejaba oír el Evangelio para ver si así me distraía y no pensaba más en los disparates que me atosigan. No sé qué voy a hacer, caray, pues Venustiano tiene una manera de reclamarme las cosas, que seguro ya se dio cuenta que algo raro me traigo, y entonces tengo que alejarme de él, y me hago la loca con cualquier cosa, tratando de no recordar cómo se siente la lengua de Enrique rozándome los pezones, porque el olor se redobla y ya no sé qué decirle a mi marido, si abanicarme o de plano irme a otro cuarto, pues créeme, me ruborizo sin cesar y siento que me desmayo nada más de pensar que Enrique me va a volver a hacer el amor, que si regresara, sería incapaz de negarle nada, que volvería a sentir, destrozando mis entrañas, su “masculinidad portentosa”, como la llama García Márquez. ¿Cómo le haré para evitar que Venustiano se entere que estoy enamorada de otro, aunque ya no lo vea?

»Y todo esto me da coraje, para qué te lo voy a negar, porque creo que mi matrimonio no camina para ningún lado y que no hay nada que hacer. Aunque tú bien sabes, mi vida con Venus ha sido siempre igual de sosa, y he vivido fantaseando que mi marido es otra gente y no el tarado que me tocó, y cuando me he topado con algún hombre que me gusta, nomás me pongo a temblar como tembeleque. Ahí tienes lo que me sucedía con los doctores. Yo que estaba destinada a los grandes placeres del sexo, llegué a temer que estuviera condenada a nomás leer libros eróticos, o a fantasear con amantes portentosos. Hasta que llegó Enrique, y ahí sí, ya te lo debes saber de memoria, me ganó la risa. ¿Y todo para qué? Para que se alejara de mí sin explicarme nada, con un pinche telegrama como despedida, ¿no hubiera sido mejor que me dedicara a resolver mi matrimonio, a entenderme con Venus y estarle agradecida de todo lo que me da, en vez de andar de coscolina? A lo mejor algo se hubiera salvado todavía. Aunque a ti, querido Diario, te consta que lo intenté todo. ¿No me metí a trabajar a la agencia para ayudar a Venustiano? Te juro que al principio así fue, por mi abuelita santa que ésa es la pura verdad. Si las cosas no salieron como lo había pensado fue por una trastada del destino, o porque de plano mi matrimonio ya no tenía remedio, pero que lo intenté, lo intenté, al menos ese consuelo me queda». (Hasta aquí las páginas del Diario de Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera.)

Como ya dije, es evidente que para Marina aquellos días fueron totalmente distintos a los de Guerra, pues el ingeniero Anchondo se había cuidado de que su esposa no se enterara del asunto de las fotos. Todo había empezado una tarde en que

él descubrió un raro desorden en su casa. Un aroma, un objeto fuera de sitio, o el simple nerviosismo con que Marina caminaba por todos lados. Se inquietó, pero trató de no hacer caso. Como siempre, le pidió que lo acompañara a ver la televisión, y como siempre, ella se sentó a su lado, se puso unos tapones en los oídos y se abismó en la lectura de un libro; pero esa vez, don Venustiano notó que por su cara pasaba un gesto de ángel descuartizado, que, quién sabe debido a qué revelación interior, no pudo sino atribuir a que ella tenía una aventura. Sintió un ramalazo de miedo que le endureció el cuerpo, y temió, por primera vez desde el inicio de su matrimonio, que podría perder a Marina para siempre.

Venustiano Anchondo se había casado con Marina en el borde mismo de la inanición. Su anterior esposa había muerto tres años antes y desde el instante mismo que fue presa de una viudez inapelable, cayó atrapado por insondables depresiones y arrepentimientos contradictorios, que, muchos años antes, ya habían germinado en su carácter. El ingeniero Anchondo tenía una vocación pervertida por la santidad, y hubiera dado cualquier cosa por oír, tras la puerta, que alguno de sus amigos decía que era el mejor hombre con el que se había cruzado. Lo malo para sus búsquedas de bondad, fue que ese anhelo de grandeza moral siempre se le enturbió con otro no menos arraigado a su ánimo: el de la grandeza económica, y toda su vida anduvo dando bandazos entre hacer el bien o ser rico, entre hacer obras de caridad o ensanchar a costa de lo que fuera la herencia que había recibido de sus padres. Llevar a cabo ambos propósitos, es natural, lo hacía caer en contradicciones que volvían incompatibles sus dos desesperados anhelos. Como era de carácter calculador y recriminatorio, nunca se supo a qué obedecía su conducta, si a su genio financiero, a la culpa por ser rico y compadecerse por los pobres, o a su tendencia indiscriminada hacia cualquier tipo de sacrificio: si, por ejemplo, las acciones de sus empresas se cotizaban a la alza, mandaba un cheque a las beatas de la Vela Perpetua; si sus obreros le pedían un aumento de sueldo el día en que él notaba que las ventas habían bajado, se los negaba, les decía que cuidaran su empleo, que la fábrica estaba al borde de la quiebra, e inmediatamente se iba de retiro espiritual con los Jesuitas del Instituto Patria, para arrepentirse de ser tan cabrón y mentiroso; si se podía ahorrar algunos pesos en el pago anual de sus impuestos, cumplía con la obligación de dar diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, pero si no, ayunaba durante los siguientes quince días, y recogía la propina, con cara de mendigo de San Juan de Letrán, en la misa de una de la iglesia de San Ignacio de Loyola. De él sólo supe una cosa cierta: su temperamento estaba regido por los vaivenes de sus aciertos financieros y las culpas morales que lo atosigaban.

Su secretaria, que fue quien me informó de su vida (pues él siempre se negó a verme), me dijo que la muerte de su primera esposa fue un tropezón en su carrera rumbo a las altas esferas del Opus Dei y Provida, como una escala previa para alcanzar el cielo.

—Si usted lo hubiera conocido entonces —me decía la secretaria, arrobada en un

gesto de beatitud memoriosa—, hubiera caído rendido con su simpatía. Pero Dios lo hizo pasar el trago amargo de la viudez.

Enloquecido por la soledad en que había caído inesperadamente, contra cualquiera de los pronósticos que hicieron sus amigos, la muerte de la esposa se le presentó como una prueba irrefutable de que Dios era injusto con los hombres. Según se lo dijo a todo mundo, mientras Él (el Dios que se las andaba dando en la Biblia de ser misericordioso), recibía todo de nosotros (los hombres), nos pagaba llevándose a nuestros seres más queridos. Durante aquellos años de soltería obligada se rindió a las tentaciones del Demonio (como él mismo, años después, se refería a los «malos pensamientos» de aquel tiempo de abatimiento): se abandonó a sus maquinaciones económicas y botó al olvido su vocación de santo varón de la congregación de San Vicente de Paul. Desde entonces, no pensó más que en el dinero que tenía en el banco y vivió exclusivamente para sus negocios. Se levantaba temprano, se iba a la fábrica, y se encerraba en su oficina a hacer números y más números, a planear la forma de exprimir de una manera más sutil a sus empleados, a organizar su múltiples inversiones, y a inventar fórmulas sofisticadas para ir cambiando su testamento según las alzas del índice *Dow Jones* de la bolsa de valores de Nueva York. Su vida fue una forma de irse matando a merced de sus delirios financieros, diciéndose en la noche frases descosidas que aludían al monto de su riqueza, mientras vagaba por su enorme casa como un alter ego de Nelson Rockefeller, sin poderse curar de una amargura que le curtía el alma.

A los tres años, los síntomas del desencanto ya eran demasiado evidentes: continuaba con una vida social activa, e incluso era requerido por muchos de sus amigos, pero asistía a las reuniones de bulto, haciéndose aparecer como un tipo agradable y hasta chistoso, pero sintiendo en su interior que no era él el que se reía, el que adulaba, el que incluso lanzaba albures discretos, pues se mantenía como un fantasma de sí mismo, ausente de todo. No extrañaba a su esposa, no extrañaba a nada ni a nadie en realidad, ni ir a misa, ni dar conferencias sobre la imagen que tenía del Purgatorio, sino que se había dejado abatir por la nube errante de la gloria de los grandes negocios, dejando escapar el cuerpo por los poros de la ambición. Ya era mucho más rico y popular de lo que podía imaginar, y, sin embargo, era evidente que su vida se iba impregnando del aroma de las flores de cempasúchil que le había dado por comprar, y del pabito de funeral con que revestía todas sus maneras. Ya ni siquiera el recuerdo de sus trampas financieras lo entusiasmaba, ya nunca lo enardecían sus culpas morales. Era, un poco, un muerto encerrado en su casona de las Lomas. Fue entonces que conoció a Marina, que se le cimbró hasta el último resquicio de su memoria desde que la escuchó hablar, que la invitó a salir, que volvió a sentir la pasión entorpecida por defenderse del olvido, por resucitar a la vida arrepentida, por volver al redil de ovejas (como le dijo su confesor cuando inesperadamente lo volvió a visitar para hacer una confesión general de sus pecados), y en una súbita inspiración de que no todo estaba perdido, y de vuelta a sus extravíos

de beatitud, hizo una larga caminata a la Villa de Guadalupe (los últimos cinco metros de rodillas), dio un donativo sustancioso para un orfanato de Puebla, compró un órgano para los niños cantores de Morelia, y se sometió a la magia irresistible de aquella mujer encantadora: Marina Campollo Santaella, la, próximamente, Güera Anchondo.

Venustiano Anchondo no daba crédito a que ella —tan guapa, espectacular y elegante— hubiera llegado a interesarse en un hombre que se sentía oprimido por una viudez insípida, pero cedió ante las evidencias de su interés. Marina le había venido a dar un nuevo sentido a su mundo, y, sobre todo, había hecho subir sus bonos entre sus amigos y familiares; e incluso, con su cariño, aunque distante, había mitigado las amarguras de una vejez que ya tocaba a la puerta. Pero aquella mirada que le descubrió sentada a su lado, viendo sin oír la televisión, sumidos los ojos en el libro que tenía entre las manos, consumiéndose en un escalofrío de huesos, le enseñó que aquel mundo ilusorio que se había forjado al lado de Marina, estaba por venirse abajo. Entonces se puso a recordar lo que había sido su vida conyugal en los últimos meses, y un embrollo demencial de indicios le confirmó que su mujer andaba en malos pasos. En los días que siguieron, el ingeniero Anchondo se dejó atraer hacia la trampa fácil de los celos, la atosigó con preguntas perversas, y la mandó seguir con un detective privado. Estaba dispuesto a escarmentarla, a obligarla a pedirle perdón, y a quién sabe qué más cosas, pero cuando le trajeron las fotos de «su pecado» (como en el futuro se refería a su desliz con Guerra), se dio cuenta de que no tenía más alternativa que romper con ella, o hacer un entripado y retenerla con un engaño. Él fue quien llamó a Guerra, fingiendo la voz con un pañuelo en el teléfono; él, quien envió a uno de sus ejecutivos para dejarle las fotos a Laura; él, quien inventó la patraña del diputado Quiñones y obligó a Mendieta a contar la historia a quien la preguntara; él, el que hizo que su secretaria le hablara al Jeo, haciéndose pasar por Marina, dejando un cruel mensaje de abandono; él, por último, el que mandó el telegrama con la fría despedida de Guerra, y el que volvió a obligar a Mendieta a decirle a Marina que Enrique Guerra había sido despedido de la compañía porque se había descubierto que manejaba turbiamente los fondos para la campaña del vodka Anchondo. Todo esto permitió a don Venustiano Anchondo desahogar su coraje con Guerra, irse a unos cursillos de vida cristiana para reponerse de sus arrebatos pecadores, y prohibirle a Marina que el nombre de Enrique Guerra fuera pronunciado en su presencia. Lo que no logró fue mitigar las ganas de reclamarle que le hubiera sido infiel, ni que en Marina creciera la insatisfacción crónica de la que se quejaba continuamente con su Diario.

Es indudable que Marina estaba marcada por un tropel de infortunios, y que la inexplicable desaparición de Guerra era fuente de resentimientos y temores, y que tal vez fue todo esto mezclado lo que la hizo caer en una depresión de la que no se reponía, pero, aferrada a las cenizas de su nostalgia, sosteniéndose en quién sabe qué recurso moral, hizo lo que estuvo a su alcance para que su matrimonio no naufragara

al acaso de sus propias frustraciones; pero fue inútil, don Venustiano estaba dispuesto a hacerle pagar, indirectamente, su canallada. Marina nunca había sido un ama de casa excepcional, pero aquel hogar marchaba como Dios manda; si don Venustiano no sabía nada de su «infidelidad», no tenía por qué quejarse, sin embargo, casi a diario le reclamaba que el papel de baño que compraba era muy rasposo, o que sus camisas no estaban bien almidonadas, o que no había licor de cassis en la cava, o que las sirvientas olían a rayos y ella no las obligaba a bañarse. En una palabra, para el mentecato de su marido, ella no atendía la casa.

Parece muy probable que ella evitara el tema, pero don Venustiano vivía acosado por el fantasma de los celos. Notaba los esfuerzos que ella hacía por enderezar el rumbo, por atenderlo y atender su casa, pero el remedio no mitigaba el rencor, pues la cara de Marina, arrebatada en la tristeza en que se consumían sus tardes apacibles, lo devolvían a su propia desesperación, y enardecido hasta lo indecible por la depresión de su mujer, consumiéndose en el infierno de su propio desengaño, no pudo escapar a la tentación de fastidiarla y maltratarla por lo más insignificante; pero sobre todo (en las palabras de su secretaria), «enloqueció de tal manera, que se revolcó en el fango de sus pasiones más bajas, se dejó abrazar de nuevo por las fuerzas del mal», y decidió escarmentar a Marina donde más le dolería: el sexo, y se volvió un energúmeno que quería hacer el amor a cualquier hora, salirse de la oficina para darle una sorpresita y casi asaltarla tras la puerta, o dejar una reunión de amigos para irse a coger al hotel más cercano. Venustiano no podía convivir con la idea de que otro la hubiera amado mejor que él, y, mucho menos, podía permitir que lo abandonara. Su técnica de reconquista, sin embargo, dio al traste con los buenos propósitos que tal vez tuvo Marina cuando Guerra se alejó, pues, al poco tiempo, ella optó por darle la razón, y cayó en la apatía, desdén y desorden que él tanto le criticaba.

Lo único que se le ocurrió a Marina para frenar las quejas y reclamos que ya se habían vuelto una cantaleta cotidiana, fue instalar una especie de oficina de quejas en la biblioteca, que ostentaba en la puerta un letrerito de letras góticas que decía: «Se aceptan reclamos de 6 a 8 p. m.».

Cuando en la noche de aquel día en que Marina decidió combatir las reclamaciones eternas, don Venustiano leyó el letrerito, enfureció aún más, y entonces ya no tuvo seso más que para vengarse y hacer el chacachaca, o para hacerle ver a Marina que era incomprensible que no valorara los enormes sacrificios que él hacía por ella.

—No te entiendo —le decía él, echando, literalmente, espumarajos por la boca—. Lo tienes todo, te lo doy todo y tú te deprimes. Mira a tu alrededor, tienes una casa inmensa, con alberca, biblioteca, jardín...

Marina —abandonada al arbitrio de la melancolía, de vuelta a los días de la tristeza— sentía que le estaban reclamando en el más puro estilo del aviso de ocasión de *El Universal*: «Mujer perversa e infame, desprecia hogar, tres recámaras, cuatro y medio baños, cuarto de servicio, todas las comodidades». Pero era cierto, todo le

valía un comino. De alguna manera él tenía razón, ella lo sabía en su interior, pero el mundo de Venustiano Anchondo de la Maestranza, al que se asió buscando la reconciliación con su familia, había acabado por hartarla. Después de cinco años de matrimonio bastó un momento de revelación para destruirlo todo: una cogida descomunal, un instante en que se desajustó el tiempo.

Aquella noche en que todo se cimbró, después de enterarse del horario para las quejas, debieron decirse algo más. Venustiano debió preguntarle, por ejemplo, que si no le bastaban los libros de la biblioteca para hartarse de lectura; que si le parecía que el sauna no calentaba lo suficiente como para pelarse como pollo; si el jardín (de 35 por 20 metros) no le alcanzaba para asolear su depresión; o de plano confesarle que ya sabía que era una bisbirinda, sacar a relucir el asunto de las fotos, y amagar con un intento de suicidio; pero tenía miedo, su dignidad no podía sobreponerse a que Marina lo abandonara por otro; pero bien pudo decirle algo, lo que fuera, que los ayudara a sortear las trampas del rechazo, o que de plano los encaramara en la insatisfacción y el egoísmo; pero nada más se quedaron viendo con envidia, como dos competidores que se están haciendo la guerra de precios. Don Venustiano se percató que el ángel descuartizado de los amores desventurados había hecho presa a su mujer y, haciendo cara de fuchi, jaló furiosamente su almohada, y se fue a dormir a otra habitación. Marina se quedó pensando que si uno es medio pelón, tiene los pocos pelos de las sienes alborotados, bizquea de rabia, se come los bigotes con fiereza, y se pone el pantalón de la pijama al revés, está que ni mandado a hacer para el papel del marido decepcionado por las ingratitudes de su mujer.

Una semana después, sin que Marina hubiera hecho nada por la reconciliación, don Venustiano regresó a su habitación a exigir que hicieran el amor; ella se negó al principio; él le dijo que si había dejado de ser católica; ella contestó que no; y él sacó a relucir quién sabe qué artículo del Código Canónico, que le daba derecho al débito conyugal, y se le fue encima. Marina no recuerda —no recordó nunca más— otra cosa de él que no fuera su mirada encendida, su pecho conteniendo una respiración de búfalo en estampida, sus manazas sobeteando su miembro enrojecido, y que se dejó violar. Entonces fue ella la que, silenciosa, se mudó a la biblioteca, puso un nuevo letrero en la puerta que cancelaba la oficina de quejas, dándole, así, un nuevo aliento a la temporada tórrida de los reclamos.

En las seis semanas en que continuaron juntos, don Venustiano siguió reclamándole todo lo reclamable: le dijo desagradecida, fachosa, fascista y comunista; buena para nada, irresponsable, manirrota y reaccionaria; la culpó de haberlo obligado a refugiarse en la masturbación, de no haberle dejado otra que irse de putas, y la acusó de corromperlo en sus principios, pero no le dijo una palabra de que conocía su *affaire* con Guerra. Marina, por su parte, no cedió, se entregó a su depresión, y, para utilizar una figura común en estos casos, apretó las piernas y no le dio chance a nada.

La vida de Venustiano Anchondo se volvió un desastre. Según me contó su

secretaria, se pasaba el día ofuscado, dictaba varias cartas al mismo tiempo, confundía lo que le tenía que decir a cada quien, y por cualquier cosa la acusaba a ella, su secretaria, de que le tomaba dictado, a sus espaldas, a los otros ejecutivos de la empresa.

—El mundo se le había venido abajo, señor —agregó la secretaria lastimeramente, moviendo la cabeza de un lado a otro, agitando los bucles dorados, tipo Shirley Temple, que le iban bastante mal a sus cincuenta años—. No comprendía por qué lo rechazaba su esposa, si como usted bien sabe, la cabrona era ella y no mi jefecito santo.

Más aún, he llegado a pensar que se pasaba el tiempo sin convencerse de que Marina no estuviera trastornada con su simpatía, ni que se le desordenara el corazón con sus galanteos y regalos, que no temiera irse al infierno, o que no se volviera loca de amor con sus chistes y se hubiera entregado a un pelafustán que no le llegaba a los talones. Todo le parecía un asunto de otro mundo que no encajaba en su manera de percibir la realidad.

Cuando Mágina Contreras, alias la Muñeca, me dio los detalles de su desaveniencia, me contó que don Venustiano Anchondo organizó una reunión emergente con sus hermanos y hermanas, para que le aconsejaran qué hacer con su esposa. Les dijo mil barbaridades e inconsecuencias, pero tampoco a ellos les confesó que Marina «le había puesto los cuernos», y nadie entendió, con certeza, por qué el matrimonio andaba tan mal.

Entre la familia Anchondo había costumbres que ya en el siglo XVIII eran consideradas anticuadas, pero a las que ellos se aferraban con un desquiciamiento de modernidad que casi los hacía aparecer como conejillos de indias de laboratorio histórico. Hubieran servido perfectamente para una prueba de campo, realizada por antropólogos sociales investigando el pasado remoto de las familias de abolengo. Entre estas costumbres, los hermanos (huérfanos ya de padre y madre), tenían el hábito de contarse todo, lo importante y lo intrascendente, pero todo lo que les pasaba, sentían o vivían, con el propósito de conservar viva la memoria de don Valeriano Anchondo, su difunto padre. Antes de morir, el viejo les había hecho prometer que nunca habría secretos entre ellos, que si querían que se fuera tranquilo al otro mundo, solamente ese último favor les pedía. Todos los hermanos Anchondo, reunidos junto al lecho del agonizante, le juraron al unísono, con el brazo extendido y las manos sobre una Biblia, que sus almas serían un recinto abierto para los demás, y que jamás se ocultarían nada. Una semana después del lamentable deceso, durante uno de los rosarios, fue Venustiano el que propuso las sesiones mensuales en que, tras repetir el rito del rosario y la interminable letanía, cada uno, en un ejercicio de honestidad estólida, exhibía ante los demás las lacras de sus sentimientos, la podredumbre de sus actos, y recibía el apoyo y comprensión de los demás. Con el tiempo, lo que empezó como una suerte de consejo consultivo, degeneró en sesiones maratónico-masoquistas, donde se confesaban, entre lágrimas, sus pecados los unos a

los otros, hasta que, a fuerza de conocerse, acabaron lanzándose reproches y haciendo bandos alternos, para defenderse o pelearse los unos con los otros. Las sesiones empezaban como si estuvieran dando origen a un grupo de «Cabrones anónimos», con alguien que decía, por ejemplo, «le he sido infiel a mi mujer con una sobrina política, a la cual amo y daño al mismo tiempo»; o «arrojé a la calle a un inquilino de uno de mis edificios, no tenía dinero con qué pagarme, pero había que dar el buen ejemplo: soy desgraciado pero justo»; o aún, «el otro día en el confesionario imaginé que era poseída violentamente por el padre Juan, se lo confesé como un pecado, y no me puso penitencia ni nada»; e inmediatamente todos se lanzaban contra el interfecto, o se ponían de su lado para defenderlo del ataque de los otros, hasta que alguien proponía una votación, y por mayoría de votos se chingaba quien hubiera que chingarse, en eso eran muy democráticos. Algún chiste debían tener estas reuniones, pues, según dicen, todos los Anchondo salían como abrasados por el calor de la lengua de fuego del Espíritu Santo, que, como en Pentecostés, había descendido sobre ellos.

Aquella reunión a la que don Venustiano citó para poner al tanto a su familia de las trastadas de la Güera Anchondo, empezó con la cara de velorio que todos ponían antes de empezar la contienda. Los hermanos estaban sentados en el comedor, y Venustiano dijo que su matrimonio había caído en un tobogán de incomprensiones. Un murmullo de escándalo recorrió el paladar de los ahí presentes. Agregó que Marina estaba poniendo a prueba su vocación de miembro intachable de Provida. El murmullo creció. Dijo, con voz quebrada, que estaba a punto de sucumbir a las tentaciones del divorcio gracias a las perfidias de su esposa, y entonces se armó una gritería que fue imposible controlar.

Lo que siguió después es difícil de reconstruir, pero por los esporádicos datos que de varias fuentes pude obtener, la reunión parece haber desembocado en un caos en el que cada quien hablaba de sus propios problemas. Por ejemplo, Pepe, el mayor (cuando Venustiano dijo que Marina era mujer inalcanzable), preguntó si ella quería cobrarle mucho por hacer el amor; Chabela insinuó que Marina siempre le pareció de una sexualidad engañosa, y que le daba cosquillitas verla; Arturo, el Narices, pidió detalles de la evolución de sus relaciones para poderlo aconsejar; y Emilia, la Chuchis, se rió a carcajadas cuando Venustiano lo dio.

En cualquier caso, aunque fueran o no ciertos estos despropósitos, parece innegable que la reunión debió terminar como si fuera escena neorrealista de película italiana: con todos los hermanos hablando al unísono y dándose consejos contradictorios; con unos llorando y otros riéndose; con Pepe diciendo que había que ser sandio para que con tanto dolor humano alguien se pasara el día pensando en fornicar; con Chabela, en actitud de cataclismo, jalándose los cabellos por todo lo que sufría su hermano; y con el Narices proponiendo que drogaran a Marina y la amarraran a una cama para que Venus pudiera disfrutársela.

En ese momento, para acabarla de fregar, Marina llegó a la reunión de Consejo, y

reconoció en la cara de todos los ahí presentes los trastornos irreparables que había visto y padecido en su propia familia. No intentó una batalla inútil, ni siquiera aclarar con el Narices lo que había querido decir con eso de «amarrarla» (si era una figura moral, o un acto físico), sino que se rindió a la evidencia de la verdad, y se le reveló a fondo la intuición que, poco a poco, durante el último tiempo, había tenido: la familia política a la que se había unido parecía calcada de la suya; aquella reunión era como un reflejo, distorsionado en el espejo de los años, del escenón que su mamá, su tía y Roger, habían representado en el hotel. Abrumada por la impresión de estar levantando con un recogedor los restos de su vida, cerró la puerta y se fue, como si se retirara en cuarentena. Adentro siguieron los gritos.

Todo terminó el día en que Marina cambió el letrero que cancelaba la oficina de quejas, por otro más ofensivo: «Me voy, de perdida, a donde sea. Cualquier cosa es mejor a este infierno. No se te ocurra buscarme ni llamar a Locatel».

No fue sino hasta semanas después, por boca del mismo Mendieta (que después de todo había acabado perdiendo la publicidad del complejo industrial Anchondo e Hijos), que Marina se enteró de que su marido la había mandado seguir, que le habían tomado unas fotos indecentes, y de lo que le habían hecho a Enrique Guerra.

—Lo tuve que correr al pobre —le dijo Mendieta, frotándose las manos, como siempre, y recorriendo su figura como si quisiera reconocer el cuerpo portentoso que había visto en las pornofotos—. Es una lástima, era un buen empleado que tenía mucho futuro. Pobrecito.

—Cómo se pudo usted prestar a tal bajeza —le reprochó Marina.

—Su marido casi me extorsiona. Usted sabe que es muy poderoso. ¿Qué quería que yo hiciera?

Marina salió de aquella entrevista como una mujer renovada en la humillación, dispuesta a preparar su regreso, la vuelta a la vida de Enrique Guerra Pavón, poniéndose en contacto conmigo y con Jennie. No sé de dónde sacó mi teléfono, ni si la singular idea de cómo reaparecer ante su amante fue de ella, pero Jennie (que hasta Tito Monterroso, en su *Diario*, reconoce que es muy perspicaz), siempre ha llamado a ese episodio *El regreso de la mujer del puerto*.

Si Guerra se hubiera enterado de las peripecias por las que Marina pasaba con don Venustiano Anchondo, o al menos las hubiera intuido, todo hubiera sido diferente, y si la separación de Laura no le hubiera sido más fácil, ni hubiera regresado antes con Marina, cuando menos se habría ahorrado el papelón que hizo en la boda del Jeo, que sin duda constituye la cúspide de su torpeza erótica. Aunque viéndolo bien, el papelón lo hicimos todos, del Jeo para abajo, y fue, en cierta forma, la cúspide de la torpeza (erótica y no erótica), de todo nuestro grupo.

Enrique Guerra se había quedado nuevamente sin trabajo. En realidad, no sólo sin trabajo, sino sin esposa, sin casa, sin amante y sin prestigio. El destino, como él alguna vez lo presintiera, había trenzado su madeja de designios para arruinar sus buenos propósitos del pasado. Tuvimos que prestarle dinero, darle terapia de apoyo, y conseguirle un departamento.

Conociendo su pasión por el cine mexicano, y su extraña memoria para recordar las escenas más inverosímiles, el Jeo logró que le ofrecieran un puesto dizque de investigador *free lance* en la Cineteca. Aunque el dinero no era mucho, en ese momento de desamparo laboral, no le quedaba más que decir que sí a lo que fuera.

—Tus ingresos van a ser una miseria, primo. Así que búscate un empleo complementario.

—Voy a empezar desde abajo, Jeo. Te agradezco tu ayuda. Sabes lo importante que es que ahora trabaje ligado al cine, aunque sea de lejecitos.

En vez de aceptar el empleo que le ofrecía el Jeo, debió tomarse unas vacaciones hasta que, como se decía en las comedias norteamericanas de los treinta, «la tormenta hubiera pasado»; pero él, en cambio, como se acostumbra en los culebrones argentinos de cualquier época, se prometió una vida de tango arrabalero y le pidió a Taibo que lo ayudara con el otro trabajo.

—Tiéndeme la mano, Paco, no seas así.

—¿Y yo cómo? Estoy más agarrado que María Castaña —le contestó Taibo, rascándose los güevos, dando una especie de brinquitos sobre su asiento—. Si quieres te hago pasar por ojete trágico en mi próxima novela, o de perdis te saco de pachuco atormentado, y compartimos la miseria de derechos de autor que me pagan. No se me ocurre otra cosa.

—No te la restires. Conduélete de mí. Tú conoces mucha gente, no la friegues. Ayúdame a conseguir la chamba.

Con toda la mala leche de la que era capaz, Taibo hizo una sugerencia truculenta.

—Puedo decirle a Sealtiel que te emplee en su librería.

Se refería al mismísimo Sealtiel Alatraste que había hecho alarde de su complejo de Edipo con Laura (la ya exesposa de Guerra), en aquélla memorable cena del pasado 15 de septiembre, que preludió su divorcio; el mismo Sealtiel Alatraste que presencié su deshonor, cuando Laura, trepada en un taxi, le gritó que lo odiaba, que no quería volverlo a ver; en fin, el mismo Sealtiel Alatraste al que había tenido ganas de madrearse por ser tan metiche.

«Ni modo», pensó Guerra, «no me queda más que apechugar». No dijo nada durante un instante para no recrudecer las heridas del pasado.

—En donde sea, Paco —volvió a suplicar, amordazando su orgullo—. Lo único que quiero es tener las mañanas libres para poder ir a la Cineteca, y reconstruirme a mí mismo.

Con escenas como aquélla, uno no sabe de qué admirarse más, si de la infalibilidad del destino (ayuda de Taibo), o de su tortuosidad (emplearse con

Alatraste).

Tres días más tarde, Taibo informó de los antecedentes profesionales, económicos, sentimentales y sociales de Enrique Guerra, a su futuro patrón. Es posible imaginarlos: están paseando por el Parque Hundido, hablan de política, de lo que es ser patrón de izquierda, de militancia obrera, de modernizar las corrientes populistas del siglo XVIII, de que tienen que encontrar una forma para hacer llegar libros buenos y baratos a las clases desposeídas, etcétera. De repente, Paco se detiene, interrumpe una frase a la mitad, se baja la bragueta, empieza a orinar atrás de un árbol, y le suelta lo de la chamba para nuestro amigo. Alatraste observa a una niñera que desvía la mirada y hace como si estuviera muy ocupada acomodando al niño en su carrito.

—¿Ese tal Guerra es el que mancilló a aquella muchacha tan mona con la que platicaba en La Veranda de Italia? —preguntó Alatraste, haciendo clara alusión al escándalo que Guerra y Laura protagonizaron durante la cena del Grito.

—El mismo.

—¿Y es de fiar, tú?

—Te lo puedo garantizar. Es un tipazo, pero anda muy emproblemado el pobre. Necesita mucho ese trabajo.

Mientras se acomoda el miembro, haciendo una suerte de media sentadilla, Taibo le cuenta lo de la Güera Anchondo, y la depresión en que Guerra se ha sumido después de las pornofotos y el divorcio. Alatraste sonríe. Tal vez piensa que podría hacer una *plaque* con las fotos (después de todo, siempre tuvo la tentación de ser editor de literatura pornográfica); o, tal vez, en que podría caerle a Laura; lo único que consta, sin embargo, es que decide contratar a Enrique Guerra con el sueldo de hambre que éste aceptó al día siguiente sin chistar.

Como dije, uno no sabe de qué sorprenderse más, si de la tortuosidad o de la infalibilidad del destino, pues gracias a que aceptó esos míseros empleos (el del Jeco y el de Alatraste), Guerra sufriría suficientes penurias salariales, pero, también, gracias a la vida casi ascética que se vio obligado a llevar, se iba a dar cuenta de que lo único que lo sacaría de la depresión posdivorcio era buscar y reencontrarse con Marina. Desconozco si todo lo que le contó a don Gustavo Rodríguez Alatorre, de esa época, es cierto: si fue verdad que en Hermosillo se lió con una gorda varicosa; si tuvo un encuentro alucinante con Alma Muriel; o si todas esas historias fueron una manera metafórica de revelar sus penurias. Lo que a mí me consta es que trabajaba como loco en la Cineteca, y que para no sentirse un ignorante en la librería, se impuso un programa de lecturas casi enciclopédico.

Nunca, como en ese tiempo, se sintió tan desamparado (por Marina); y nunca, tampoco, una carencia (la de la cultura), le había pesado tanto. Si repasamos su vida de esos días descubriremos que se pasaba las mañanas fichando películas mexicanas arrumbadas en el sótano de la Cineteca, leyendo a Kafka por las tardes (mientras mal atendía a los clientes de El Juglar), confundiendo a todas las clientas con la Güera,

haciendo en la noche notas extravagantes de lo que leía o de sus evocaciones de Marina, y soñando en las madrugadas que Gregorio Samsa quería cogerse a Miroslava a como diera lugar. Eran unas pesadillas horribles. Enrique Guerra sufría como loco: o sentía que Marina era entre una obsesión imposible y un fantasma cinematográfico, o que la cultura lo estaba dañando sin remedio.

Podrá parecerme curioso, pero no le dolía tanto la separación de Laura, ni aún lo que pudieran decir de él por las fotos, como su rompimiento con Marina y saber que no la volvería a ver. Ésta era la fuente real de su desazón, y se resistía a aceptar que ella estuviera tan campante lejos de él. A la menor provocación volvía a pensar en sus amoríos, y como dicen que les pasa a los que mueren en los accidentes, su aventura completa volvía a representarse frente a él, como si la estuviera contemplando en una pantalla.

—Yo no creo que Marina me haya mentido cuando me confesaba que yo le cuadraba, te lo juro —me decía muy circunspecto, meneando su bull de un lado a otro, como si estuviera revolviendo en él todas sus intuiciones—. Más bien creo que el cabrón de Anchondo la torturó para que me dejara ese horrible recado con el Jeo. Tampoco creo lo del diputado Quiñones.

—¿Y entonces qué? ¿Laura lo inventó todo?

—No sé, como dice la canción, tengo el presentimiento de algo fatal... pero Quiñones no es su tipo, a Marina le gustamos un poco más intelectualones, y el diputado parece sacado de una vecindad de la Bondonjito.

—¿A poco tú eres medio intelectualón?

—No me'stés chingando, Vikingo. Ves el temblor y no te hincas. Qué más quisiera yo.

Como es fácil comprobar, esta etapa intermedia de su romance con Marina, se caracteriza por una negación total de las evidencias (que da por sentado que sus intuiciones son ciertas), por un deseo irreprímible por reiniciar sus tormentos eróticos, por un trabajo excesivo que lo perturbaba todo, por una ausencia total de decisiones, y por una autodevaluación feroz.

Si nunca había sido de una brillantez enciclopédica, durante ese periodo, Guerra se juzgaba punto menos que un tarado. Decía que se había pasado la vida memorizando pendejadas que no le servían para maldita la cosa, y que ni siquiera sabía qué contestarles a los clientes de El Juglar cuando le preguntaban por un autor. Para demostrarnos que todo era cierto, en nuestra comida semanal nos salía con una hilera de preguntas idiotas que nos dejaban aturridos.

—A ver si se saben ésta —empezaba (normalmente después del tercer bull), cerrando los ojos, y poniendo cara de niño sabiendo— ¿cómo le decían a la lateral del Río Churubusco antes de que lo entubaran?

—El Pujadero —respondía Taibo, que junto con él, formaba una especie de mancuerna que hubiera podido escribir el libro de la Guinness de conocimientos inútiles—. Ahí iban a coger todas las criadas de Coyoacán al caer la noche, y

solamente se escuchaban sus pujidos.

—Tú eres de los míos Paco —contestaba Guerra casi lloriqueando—. ¿Y tú, primo, te acuerdas de la alineación del Guadalajara cuando perdió frente al Oro y se le fue la oportunidad de ser pentacampeón de liga?

—Ni madres, primito.

—Pus ahí te va: en la portería, el Tubo Gómez; en la defensa, Chaires, Sepúlveda y Villegas...

Y nos recitaba no sólo la alineación del Guadalajara, sino la del América, la del Toluca, o la de cualquier otro equipo que quisiéramos; nos contaba del jonrón de Pancho García, cuando los Tigres le ganaron a los Orioles de Baltimore; nos decía quiénes habían actuado en la primera telenovela Colgate de las seis y media, *Senda Prohibida*; y acababa (por el sexto bull), lamentándose de que saber todo aquello no le sirviera para nada, mucho menos para volver con Marina, o reestructurar su vida emocional.

Por más de una semana, Enrique Guerra tuvo una pesadilla que retrata perfectamente sus sentimientos, en la que veía que Marina bailaba la danza de los siete velos, custodiada por unos raros Faraones que cargaban libros; él era uno más de los espectadores que la admiraban en una suerte de Cabaret monumental, y, al verla contonearse por un escenario fastuoso, no pensaba más que en hacer el amor con ella; pero al darse cuenta de un letrero que había en los pasillos del teatro que decía «No fornicarás» (igualito a como se había aprendido el sexto Mandamiento), se aconsejaba calma y no arremetía contra la falsa Salomé. Se prometía visitarla cuando acabara de bailar, y, en efecto, una vez terminado el acto artístico, Guerra iba a buscarla a su camerino, y tenía que cruzar un largo pasillo lleno de un sinfín de velos de tul azul turquesa, que parecían telarañas en película de terror; al llegar al final del pasillo se topaba con una puerta que decía «camerino de la señorita Marina Campollo, vedette», y él pensaba que le había vuelto su anhelada oportunidad, pero cuando estaba a punto de forzar la puerta a empujones, se le aparecía William Faulkner vestido de Ramsés II, y no lo dejaba entrar al divino recinto, diciéndole «Absalón, Absalón... Absalón, Absalón».

Se despertaba asustado, sin entender lo que había pasado; iba al baño, y en el espejo del botiquín veía un hombre de rostro ajado, cuerpo amarillento, con una especie de tumefacción bajo la trusa, debida a la erección de su miembro caprichoso. Le llevó tres días entender que el sueño no solamente mezclaba su sensación de pendejez automática con su nostalgia por Marina, sino que hacía evidente el coraje que les tenía a unas alumnas de la facultad de letras, que todos los días llegaban a El Juglar preguntando por *Absalón, Absalón*, la novela de William Faulkner, que por ese tiempo estaba más agotada que la Revolución mexicana.

—Hay una, incluso —nos dijo desesperado— que me pregunta si ya me llegó el libro de William, así nada más, como si se tuteara con los titanes de la literatura universal. Pinche igualada, la odio como no he odiado a nadie en mi vida.

Para tratar de sacarlo de sus obsesiones, el Jeo planeó presentarlo con una mujer avasalladora, pero no hizo más que confirmarle que Marina había perturbado sin remedio su vieja sensualidad arrebatada:

Al poco tiempo de trabajar en la Cineteca, más bien en los sótanos de la misma, moviendo cajas y haciendo un inventario de empolvados rollos de película que había ahí amontonados, el Jeo lo presentó con una investigadora de la Cineteca que estaba haciendo un trabajo sobre la influencia de la historia en el cine mexicano, o algo parecido. Era una mujer alta, de rostro moreno (que recordaba los de la etapa de caballete de Diego Rivera), con voz clara y pausada, que inmediatamente amedrentaba a los hombres. Decía cosas trascendentales, a rajatabla, que no daban oportunidad a la menor duda. Guerra la conoció, después de una plática que dio en el Salón Rojo, sin poder evitar el estupor que su disertación le había causado, casi asustado de que estuviera tan segura de todo lo que decía.

—Es una mujer brillantísima —le susurró el Jeo, sin apartar la mirada de sus grandes ojos mexicanos.

Una semana después, la investigadora brillantísima se presentó al sótano donde Guerra tenía lo que él llamaba sus oficinas. Sus grandes ojos negros estaban enmarcados por unas tenues sombras verdes, que a Guerra le recordaron una canción de Luis Alcaraz; venía vestida con un huipil, y estaba peinada con una trenza que se le enredaba en la nuca. Cuando Guerra la vio —recortada entre las sombras de un rincón, mirándolo con una ceja levantada, y un brazo puesto en jarra sobre la cintura— sospechó que bajo el huipil no llevaba nada. Su cuerpo era delgado, largo y firme, Guerra pensó que podría inspirar un calendario de Helguera en homenaje a la Raza de Bronce, y sintió un calambre que confundió con un retortijón en el bajo vientre. Se habían visto escasamente dos veces (aparte del día en que se conocieron), apenas y sabían sus nombres, habrían cruzado unas cuantas palabras, pero esa mañana, en un paso en falso de su corazón atribulado, Guerra imaginó que una pasión inaudita los consumía, y la abrazó y besó pateando unas cajas vacías que estaban regadas por el suelo. El sótano —con sus besos, sus caricias, sus pujidos— adquirió el rumor y murmullo de un cabaret de segunda. Guerra tenía ya dos meses de divorciado y desde que había hecho el amor con Marina no cogía con nadie, había vuelto a la manía de los dibujos pornográficos, y se recitaba en voz baja, para consolarse de su pendejez y continencia, las sátiras de Novo («Está mi lecho lánguido y sombrío porque faltas tú, sol de mi antojo, ángel por cuyo beso desvarío. Miro la vida con mortal enojo; y todo esto me pasa dueño mío, porque hace una semana que no cojo»), sus últimas experiencias sexuales habían sido aterradoras, y ahí, abrazado a la investigadora, se dijo que un palito con aquel portento de belleza mexicana no le haría mal. La derribó sobre una mesa; le sacó el huipil por los hombros, comprobó que no tenía nada abajo; le besó los muslos largos y morenos; los senos incipientes y firmes; el vientre donde se prolongaba, con cabellos largos y solitarios, el vello de su pubis, y empezó a sentir pánico: no se le había parado a pesar de la pasión que lo consumía. Comprendió

demasiado tarde que no había candidez más peligrosa que la de querer hacer el amor con una mujer que no se desea. La investigadora jadeaba, se movía como culebra encima de la mesa, le acariciaba la cara, le besaba en las orejas, le jurgoneaba bajo la bragueta, pero nada, el miembro de Guerra se negaba a responder. Estuvieron así durante veinte minutos, él hizo todo lo posible para que se le parara, y ella también, pero no hubo caso. Al final, la investigadora se le quedó viendo con una mirada recriminatoria, y, sin decirle nada, se levantó de la mesa, se puso el huipil, y se marchó de la misma manera como había venido: sin palabras, como en una escena de cine mudo.

Enrique Guerra, con los pantalones en las rodillas, viéndose su escuálido miembro entre las piernas, quedó con la sensación de que aquél era el primer síntoma de una postración sin regreso, y que su jetatura lo condenaba a que solamente le atrajeran las relaciones atormentadas.

Dejó todo como estaba, salió a la calle, se subió al metro, y a todos los pasajeros les vio cara de degenerados sexuales. Se bajó en el zócalo, admiró, desde lejos, el Palacio Nacional, la calle de Moneda, la fachada del Museo de las Culturas (que hacía mucho que no visitaba), y, recargada en las rejas de Catedral, la larga fila de trabajadores que ofrecían sus oficios con un letrerito. Sintió que la plaza, los edificios, la gente, se iba alimentando con un aire de mitote estancado en la banqueta, y eso, era inevitable, siempre lo hacía pensar en su destino de amante atormentado, incapaz de incorporarse al entusiasmo festivo de la gente por la calle. Iba temblando, no le alarmaba «no haber podido», como se decía para sus adentros, sino algo peor: estaba seguro que no quería, ni podría, hacer el amor con nadie que no fuera Marina. Siguió por Cinco de Mayo y en Palma dobló a la derecha. Estaba admirando la ciudad como si se fundiera con ella, con la misma ciudad ardiente que le daba por recorrer cuando se sentía deprimido; la ciudad de sus terrores nocturnos; la ciudad en que se sentía protegido; la que lo ponía a salvo de los tormentos de la memoria, o lo entregaba, inmisericorde, a ellos; la ciudad donde se oxidaba el futuro y se derretía el pasado; la que era destruida cada día, y que, como Fénix, renacía en cada esquina. Se metió a Beatricita y, parado en la barra, pidió tepache y unos tacos. Para defenderse del olvido, se acordó de Marina en dos tiempos diferentes: diciéndole en su oficina que se había vuelto una mujer arrebatada, mientras se mordía el labio inferior; y cuando la tuvo desnuda en la cama, antes de hacerle el amor, y que ella le aporreara las nalgas con vehemencia. De ahí pasó a recordar, palmo a palmo, tanto su relación con Marina, como la ciudad de su infancia. Con un dejo de esperanza pensó en la calle de Madero, en los ojos claros de Marina, en la vieja sastrería que su abuelito tenía en Isabel la Católica, en la plaza de la Santa Veracruz, en la voz con resabios de naufragio con que Marina le había pedido que esperaran a que hubiera algo más entre los dos, en las fuentes de la Alameda, en El Caballito, y se dijo que ojalá y la Güera volviera pronto. Sólo entonces comprendió hasta qué punto había sido víctima fácil de las trampas de sus evasivas amorosas y de la nostalgia que Marina le imponía.

—Tengo que buscarla, Vikingo —me dijo cuando me contó, en la Provi, la escena completa de su frustración con la investigadora muda—. Sin Marina, como ves, soy hombre al agua.

—Que no se te haya parado una vez no quiere decir nada, preocúpate a la segunda o la tercera. Lo tuyo le pudo pasar a cualquiera.

A nuestras espaldas se oían los fichazos de una partida de dominó en la que un hombre gordo, de patillas rizadas que se le confundían con el bigote, se burlaba de sus contrincantes pues les estaba ganando de todas todas.

—Zapato —les decía con sonoras risotadas que le hacían retumbar los cachetes.

Yo no sé por qué, escucharlo produjo en Guerra una extraña melancolía. Entonces me contó que, con una solemnidad de toma de posesión (en Beatricita, con el tarro de tepache elevado en todo lo alto de su brazo, y con Lencha, la taquera, como testigo), había hecho una profesión de fe que iba a repetir ahí mismo, frente a mí:

—Marino soy y a Marina adoro; en Marina creo y a Marina amo —gritó, parándose de la silla, abriendo los brazos y mirando hacia la barra, donde Isidro lo aplaudió, mientras yo, de la pura vergüenza, perdía el tiempo sacudiéndome unas migajas que se me habían quedado prendidas en las barbas. Luego, volviéndose hacia mí, me hizo una confesión desconcertante—: es un juramento que me fusilé de *La Celestina*. Da una idea de que Marina me trae de nalgas, ¿o no?

No tenía la menor idea de cómo iba a hacer para reencontrarse con Marina, y mucho menos de que nosotros ya estábamos enterados de las tarugadas del ingeniero Anchondo, y que gracias a la habilidad de Jennie, le íbamos a dar una sorpresita. Tampoco sabía (ni yo, si he de confesarlo), que esa misma tarde sucedería algo que nos allanaría el camino para que se cumplieran sus ilusiones, pues al poco rato (tal vez cuando Guerra se confesó miembro de la secta de los «Marinos»), Jeudiel Alatorre, alias el Jeo, nos sorprendió con la noticia de que se casaba.

—Hoy me toca a mí —nos dijo, sentándose a la mesa, sin que lo hubiéramos visto llegar—, así que te aguantas tus pesares, primito.

—¡Quihúbole! —le dijo Guerra—. ¿Por qué esa cara solemne?

—Me caso.

—¿Que te qué? —pregunté yo.

—Eso, que me caso. La boda es este sábado y necesito que tú, Vikingo, seas mi testigo. Firma esta solicitud por favor —se volvió hacia donde estaban Guerra y Taibo (que acababa de llegar con él, pero que evidentemente no tenía la menor idea de la noticia), y agregó con gesto de desamparo—: a ustedes dos les tocó más dura, van a ser mis padrinos de anillos y de arras.

—¿Te casas por la Iglesia? —preguntó Taibo, anonadado, dando vueltas en su silla.

Yo miraba perplejo una solicitud del registro civil, donde, previamente, García Riera ya había firmado como futuro testigo del Jeo.

—Me caso por todo lo habido y por haber, con el numerito completo: damas,

padrinos, madrinas, banquete, marcha nupcial y jaqué. No se les vaya a ocurrir ir mal vestidos, ya ven cómo es la familia de mi novia.

Hacía como ocho meses, o un año, que Jeudiel salía con una muchacha de Satélite, de la cual nosotros no sabíamos nada. A veces hablaba de ella, pero se resistía a presentárnosla. Hasta que un día, casualmente, Taibo, la Pecas, Jennie y yo, nos lo encontramos comiendo con ella en la Fonda Santa Anita. Al vernos, ambos palidecieron como si se hubieran topado con el diablo. No sé si fue por la sorpresa, o por su timidez natural, pero en las dos horas que estuvimos juntos, ella no abrió la boca, ni siquiera cuando yo le dije, para animarla, que nos dijera algo, cualquier cosa, que de cualquier manera cuando nos fuéramos la íbamos a criticar igual. Se puso colorada, se sonrió, pero siguió sin hablarnos. Cuando se despidieron, nos dijo el «mucho gusto» más hipócrita que a alguien le habíamos escuchado jamás.

Nos pareció extraño, pero por aquella muchacha medio muda, el Jeo había perdido el seso. Mucho más extraño todavía, nos pareció que con ella se fuera a casar.

—Me pasó algo horrible —nos dijo—. La embaracé.

—Eso no es horrible, primo; es una pendejada, pero horrible, lo que se llama horrible, no es, ¿verdad Vikinguito?

—Es horrible porque María Luisa tiene un soplo en el corazón, y puede morir del embarazo. Me acabo de enterar.

—¿Ya?, ¿a poco? —intervino Taibo—. Parece novela de Ibarguengoitia. ¿La llevaste a un doctor?

—Ya lo hice todo. No se imaginan por las que he tenido que pasar.

María Luisa Garibay Archundia, la novia y prometida del Jeo, pertenecía a una de esas familias cuya evolución económica la había obligado a una especie de *tour* habitacional por la ciudad de México. De la Narvarte (donde sus padres habían rentado un departamentito muy mono cuando se casaron), se habían mudado a una casita en San José Insurgentes; de ahí, a otra de Campestre Churubusco; y por último, habían comprado una pequeña propiedad, el único patrimonio de la familia, en la zona conurbada del estado de México. Cuando el Jeo los conoció, vivían en Ciudad Satélite («En Circuito Ingenieros 130», le había dicho María Luisa, «tiene usted su casa, señor»), a pocas cuadras de todo lo que necesitaban: el Instituto Maddox, una iglesia, un Oxxo para las emergencias, Plaza Satélite, una panadería, la típica tiendita de la esquina, varias papelerías, y el Superama de Circuito Oradores. Su padre (después de este deambular que simbolizaba el largo periplo de todos sus empleos), se sentía, al fin, establecido y realizado; su madre, por su parte, era la única consciente de que, después de este largo peregrinar (pariendo hijos y fastidiándose con los avatares de la inflación), habían acabado en una zona igual a la Narvarte, pero más lejos del Centro.

María Luisa era la tercera, en un matrimonio de cinco hijos (tres mujeres y dos hombres), y desde chica fue víctima de una salud atroz. A los ocho años ya había padecido sarampión, escarlatina, fiebre reumática, tifo, tifoidea, y era susceptible a

eventuales ataques de asma. Por otro lado, debido a que su madre era una beata irredenta, cada enfermedad la había condenado a un suplicio, pues para que se curara, ella, su madre, ofrecía a algún santo que la vestiría con su hábito, durante seis meses, si le devolvía la salud; y así, María Luisa se pasó la mitad de su infancia enferma, y la otra mitad, vestida de San Martín de Porres, San Antonio, San Martín Caballero, Santa María Egipciaca, San Agustín, o el santo de turno. En la escuela la conocían como la Santona, pues a pesar de las quejas y lloriqueos de la niña, la madre fue incapaz de vestirla decentemente. «Estás viva», le replicaba doña Leonor, atándole el lazo de un hábito estrafalario, «gracias a San Francisco. Mal haríamos en vestirte de otra manera. No hagas caso de tus compañeros, ya aprenderás algún día qué tanto le debes a Dios nuestro Señor y a sus santísimos Santos». Gracias a ese mismo Señor misericordioso (y al itinerario al que los empleos y vicisitudes económicas del padre la obligaron), María Luisa no estuvo en ninguna escuela más de dos años, y por eso las burlas de sus compañeros no destrozaron su precaria confianza en sí misma; pero es indudable que creció en una ambigüedad de la que muy pocos en su casa se dieron cuenta: entre agradecer al cielo (por la intervención de sus santos patronos) que se hubiera curado de cuanta enfermedad era conocida; y el odiar (a los mismos santos patronos), por el mal gusto que tenían para vestirse.

De esa ambigüedad patente (y sus múltiples enfermedades) María Luisa recibió una herencia que habría de marcar su vida sentimental: fue débil del corazón. En el alma y memoria de su madre iba a quedar marcada, como una mancha indeleble, el día en que el doctor Olegario Molina, su médico de cabecera, después de auscultar a la chiquita, había sentenciado con voz grave: «Se salvará, pero su joven corazón ya ha recibido heridas profundas de las que difícilmente podrá restablecerse. Habrá que estar siempre muy al pendiente de esta niña, cualquier descuido puede traer consecuencias funestas. Los males del embarazo pueden llevarla a la tumba». Sólo ella, su madre, había escuchado la pavorosa advertencia; sólo ella, su madre, la guardó como un secreto de confesión, y aquella noche, velando a la más enclenque de sus hijas, se juró defender su salud a costa de lo que fuera. A la fecha, doña Leonor Archundia de Garibay era una mujer lozana que se había sobrepuesto a la adversidad con elegancia, pero cuyo ímpetu bullanguero de recién casada, se había marchitado en el fuego lento de la promesa de ser una madre abnegada. La altivez de su busto, su figura rellena, la lozanía de su rostro colorado, se contradecía en la melancolía que aparecía en su mirada cada vez que a su hija se acercaba un hombre.

Aunque el Jeo pertenecía a una familia de tradición liberal (uno de sus antepasados había sido el autor de la desamortización de los bienes del clero en Puebla; otro acompañó a Aquiles Serdán en el levantamiento frustrado del 19 de noviembre de 1910; y muchos más eran entre ladrones de oficio —su tío don Gustavo era un buen ejemplo de ellos— y políticos de una honradez sin igual), había acabado enamorado de una mocha. Yo (que a pesar de venir de una familia religiosa soy de un ateísmo a prueba de balas), me burlaba de él cada vez que podía.

—Si tu abuelito viviera (me refería al que se fastidió al clero poblano), se mataría si supiera que vas a misa todos los domingos con tu noviecita santa.

—Ya ves, mi querido Vikingo —me contestaba sonriente— me pasé al partido conservador. Tú te podrás burlar de María Luisa, pero ella está haciendo esfuerzos inauditos por liberarse de una infancia que la condena a una religiosidad hipócrita.

—Y ahora nos vas a decir que se acuesta contigo para irse liberando poco a poco, ¿no?

De no haber sido porque la embarazo, tal vez el Jeo hubiera tenido razón, y su novia habría acabado por rendirse a los hechizos de la liberalidad, pero apenas le confirmaron que estaba preñada, todos los atavismos de su familia la dominaron.

—No me va a quedar otra que casarme —siguió diciéndonos el Jeo aquella tarde en la Provi—. Ayer hablé con su mamá, y me confesó que María Luisa está muy enferma, que podría morir en el curso del embarazo o quizás en el mismo parto, y que en nuestra situación, sin casarnos, su deceso sería en pecado mortal. María Luisa se puso a llorar como una Magdalena.

Al enterarse de que su hija estaba embarazada, todos los años en que, con sacrificios y dolor, doña Leonor Archundia de Garibay había guardado celosamente el secreto de la enfermedad de la hija, se le vinieron encima con todo el peso de su verdad. Primero no supo qué hacer, dudaba entre reprender a la muchacha, correrla de la casa, reclamarle su irresponsabilidad, o decirle comprensivamente los males a los que estaba expuesta. Pasó dos noches (que en su criterio fueron un infierno), consumiéndose en el caldero de la indecisión, hasta que optó por lo único que le pareció civilizado. Hizo una cita con su médico (el mismo doctor Molina que hacía años había descubierto el mal de María Luisa), pero antes quedó de verse con los muchachos en el Vips del Gran Bazar. Ahí les confesó toda la verdad.

—Espero señor —le dijo al Jeo— que ahora que se ha enterado de todo a lo que ha expuesto a mi hija, sepa usted responderle como un hombre.

El doctor Olegario Molina (que ya era un viejo ñoño y medio sordo), les confirmó que el embarazo ponía en riesgo la vida de María Luisa y del producto (así se refirió al futuro vástago del Jeo), que era inútil intentar un aborto, que había que encomendarse a Dios y a María Santísima y esperar que todo saliera bien. Recetó a María Luisa unas píldoras, y baños semanales de temascal durante los primeros cinco meses. El Jeo pensó que sería bueno consultar otra opinión, pero por la cara de su suegra se dio cuenta que ella jamás lo permitiría, era una mujer inflexible que confiaba a ojos cerrados en aquel doctor decrepito. «¿Quisieron tentar a Dios de paciencia? Ora se casan», parecía decir con su gesto de sargento mal pagado. En esos casos límite, hay que contestar, sin inmutarse, que uno está dispuesto a asumir todos los riesgos («Faltaba más, me caso, sí señora», se dice); pero el Jeo se quedó callado, aunque hay que reconocerlo, su silencio lo llevó a asumir los mismos riesgos, pero sin la gloria de haber hecho público su heroísmo.

Todavía en el consultorio —entre la mamá, María Luisa y el Jeo— fijaron la

fecha de la boda, y, debido a un raptó de imbecilidad piadosa, fueron a dar gracias a una iglesia. Ahí, doña Leonor sugirió encomendar a la criatura al Papa Juan XXIII.

—Si en la infinita misericordia de Dios está que te salves con tu hijo, hija mía —dijo doña Leonor, reclinada frente al altar, con el rostro arrobado en lágrimas— nadie mejor que San Juan Veintitrés para interceder por ti.

—¿Y a poco —preguntó Taibo, cuando el Jeo terminó de contarnos su odisea— vas a disfrazar a tu hijito de Papa cuando nazca?

—Dios quiera que todo salga bien, Paquito —respondió el Jeo, abrumado por sus propios tormentos—. Ya ni sé de lo que soy capaz, pero por lo pronto me caso el sábado. Cuento con ustedes, ¿verdad?

Ya era tarde, quedarían en la cantina unas diez personas, nos habíamos bebido como ocho bulles, y la narración del Jeo nos había conmovido. En un movimiento simultáneo, nos levantamos, lo abrazamos, le dijimos que lo queríamos como si fuera nuestro hermano, y que claro que sí, que contara con nosotros hasta la muerte.

—Si tu chamaco vive —le dijo Guerra, moqueando— quiero que me permitas ser su padrino; y si ya se me hizo volver con Marina, que ella sea la madrina, ¿trato hecho?

—Trato hecho, primazo.

Viéndonos tan solidarios se nos acercó el gordo de las risotadas, que se había quedado solo, y nos preguntó que qué celebrábamos, luciendo una sonrisa llena de dientes de oro.

—Se casa mi primo, señor, ¿usted cree?

—No la... —exclamó el gordo, sacó un pañuelo de la bolsa trasera del pantalón, y se sonó con estruendo de tormenta.

—¿Cómo que no la? Felicíteme.

—A ver Isidro —agregó el gordo, restregándose las narices con el bodoque de su pañuelo—, dile al Pambazo que se arranque con Las Golondrinas, que yo pago, al fin hoy gané un chingo de pesos en el dominó.

La marimba Soledad Masculina, el Pambazo Oropeza, Isidro, el gordo, nosotros, y los que quedaban en la cantina, abrazados y meciéndonos como péndulo, cantamos a coro: «¿Adónde irá, veloz y fatigada, la golondrina que de aquí se va? ¡Oh si en el viento se hallará extraviada, buscando abrigo y no lo encontrará!».

De la cantina, todos juntos nos fuimos a Garibaldi; contratamos un mariachi; seguimos bebiendo en el Tenampa; a la una y media de la madrugada le llevamos gallo a María Luisa; regresamos al Tenampa para despedir dé su soltería al Jeo, y con unas putas que llegaron tan borrachas como nosotros, le volvimos a cantar Las Golondrinas: «Ave querida, amada peregrina, mi corazón al tuyo estrecharé, oiré tu canto, tierna golondrina, recordaré mi patria y lloraré», retumbaba nuestra voz aguardentosa por toda la plaza.

La boda civil se celebró en casa de la novia, antes que la religiosa, la mañana de aquel sábado memorable, y a ella asistimos solamente los íntimos. Por parte del Jeo

fueron sus papás, Emilio García Riera y nosotros tres. Por parte de la novia estaban sus papás, la prole de sus hermanos, dos sobrinos de brazos (que la primera media hora se la pasaron dando berridos), sus cuatro abuelitos, la tía Chona (que había venido desde San Juan de los Lagos con tal de no perderse tan magno acontecimiento), el tío Pepe (que tenía 94 años, y nos fue presentado como el patriarca de la familia), y la mejor amiga de María Luisa, una extraña mujer que dijo (con voz ronca y modulada) llamarse Katia quién sabe qué (y que en adelante llamaremos Katia Von Kant). Los hombres estábamos vestidos de jaqué, las mujeres de largo, y los niños de mecánicos, pero ellos decían que de una cosa rara que se llamaba «Parchises».

Aunque todos hicimos lo posible por parecer cordiales, desde el principio nos dividimos en dos bandos: los invitados del novio, y los invitados de la novia. Nos saludamos muy cortésmente y toda la cosa, pero nos veíamos con recelo. La Von Kant fue la única que, por su agresividad, resultó sincera:

—Esto parece un velorio, ¿no? —nos había dicho, dejándonos helados, en un momento en que los abuelitos de María Luisa pasaban a nuestro lado, caminando lentamente.

¿Sabía ella de la enfermedad de la novia?, ¿de su futuro incierto?, ¿de que su maternidad podría resultar maléfica? Taibo, Guerra, García Riera y yo, que la escuchamos, nos sentimos como enterradores, o peor, como padrinos de duelo en tránsito al velorio.

—Yo nunca me voy a perdonar haber participado en este enredo —me dijo García Riera, en su más puro acento español, masticando cada una de las palabras.

A las 10:30 llegó la juez, una señora bigotona, de anteojos grandotes, que daba la pala de mapache en festival, pues tenía el greñero pelirrojo alborotado en todo su esplendor. Nunca he visto a nadie, como ella, que actuara de tal manera su papel. Todo lo que dijo parecía como de ensayo para concurso de oratoria. Nos pidió silencio, levantando el brazo derecho, con los dedos crispados en punta, y empezó la boda con lo tradicional, pero que en su voz parecía interrogatorio de policía: que si el Jeo y María Luisa se casaban por su propia voluntad, que si eran mayores de edad, que si alguno de los presentes sabía de algún impedimento para celebrar la boda, que si las generales de los testigos eran tales y cuales, etcétera. Cuando tocó mi turno, dijo mis apellidos (Seligson Nissenbaun), con tal estruendo, que sentí como si el fantasma de mi abuelito materno, muerto durante el holocausto, rondara en mi derredor para prevenirme de un odio ancestral. Nadie hablaba, solamente la juez, y como fondo la acompañaba el moqueo de doña Leonor, que hacía esfuerzos inauditos por contenerse, pero no podía. Como nos había dicho en la mañana, cuando fuimos a saludarla, aquello estaba más allá de sus fuerzas. Por abajo de los anteojos oscuros que llevaba puestos, se le escurrían tremendos lagrimones. En esto del llanto, a la indudable lozanía de doña Leonor Archundia de Garibay, no la arredraba nada. Fue un espectáculo, relativamente desconcertante, escuchar la voz viriloide y engolada de

la juez, alternando con los chilliditos de la futura suegra del Jeo.

—Así se arregla mi tía la Conchona para ir a los velorios —me susurró Guerra, mirando hacia doña Leonor. Estaba vestida toda de negro, con una estola gris sobre los hombros, y un sombrero también negro (de un material que parecía peluche), con una malla que le cubría la mitad de la cara, es decir, los anteojos oscuros.

Cuando la juez empezó a leer los *highlights* de la Epístola de Melchor Ocampo, María Luisa le dio un coscorrón a su hermanita y le reclamó:

—¿Y el disco tarada?, ¿no quedamos que tú te encargabas de la música cuando me estuvieran casando?

Hubo un momento de desconcierto: la juez se calló (aprovechó para agitar la cabeza y alborotarse aún más el plumero), la mamá de María Luisa lanzó un agudo chillido, el papá del Jeo tosió furiosamente, y don Pepe se jaló una flema de la garganta con un estentóreo sonido gutural. Cuando volvimos a lo de la epístola, como fondo empezamos a escuchar «Un hombre y una mujer», con la orquesta de Paul Mauriat. Yo, que estaba junto a los novios, vi claramente que María Luisa se estremecía, el Jeo cerraba los ojos, y escuché que ella le decía muy quedo: «Nuestra canción, mi amor», perdiéndose la parte más emotiva del pensamiento de don Melchor Ocampo (donde se dice que las mujeres se deben quedar en casa, fastidiarse con los chamacos, y hacer rendir el gasto hasta lo verdaderamente indecible). La escena conmovió a los más allegados.

María Luisa era medio morena, de grandes ojos almendrados que se le volvían una raya oblicua cuando se reía; tenía nariz ganchuda, pómulos altos, y labios carnosos; era bajita, pero de cuerpo bien torneado y vivaracho. Nada en ella denotaba rastros de la enfermedad que amenazaba con llevársela a la tumba.

—¿Tú crees que en serio tenga un soplo? —me había preguntado Guerra cuando se formó la cola para abrazarla, y nosotros, discretamente, le mirábamos las caderas redondas, macizas, donde las nalgas se le paraban como en repisa.

Al rato nos pasaron copas con sidra del Gaitero. Guerra había ido a abrazar al Jeo, a María Luisa, al resto de la parentela de ambos, y se había quedado platicando con el señor Garibay. Quién sabe por qué lo trataba con tanta confianza, pero mientras el señor lo miraba muy seriecito, Guerra se reía, nerviosamente, de cuanta cosa decía.

—Me dijo el suegro del Jeo que les pidiera disculpas —nos comentó Guerra de regreso, bebiendo de su copa— que con las prisas no le había alcanzado para comprar el Champbrulé.

—¿Qué tanto le decías? —preguntó García Riera.

—Lo fui a felicitar. Me da la impresión que es a todo dar, pero medio cohibido. Él aprovechó para preguntarme que si yo creía que el Jeo era de fiar.

—¿Y qué le contestaste?

—Pus que no, Vikinguito. Ni modo que lo engañara.

—Pinche Guerra —dijo Taibo—. Ésa es una cabronada. ¿No ves que éstos son reformalotes?

—Fue de chiste, tú. Yo creí que era más jalador, pero se puso lívido, se los juro, ¡me dio una pena!

Guerra se sintió atraído por el señor Garibay, como si ambos fueran un alma gemela. El señor Garibay era más bien bajo, delgado, con un fino porte de señorito del siglo pasado. Usaba anteojos de fondo de botella, que disimulaban un tic del ojo izquierdo. Tenía un bigotito, canoso, finamente recortado sobre el labio, y eso, junto con la barbilla partida, le daba un enorme parecido con el palero del Gordo y el Flaco. Era uno de esos hombres de los que inmediatamente se siente compasión, y se dice uno para sus adentros: «Éste es un buen hombre», con el que le dan ganas de confesarse a primera vista. Como sacerdote podría ser un éxito, como alma gemela, en cambio, era capaz de conducir a cualquiera al borde del ridículo más espantoso, y con mucha más razón a un alma gemela como la de Enrique Guerra, tan propensa a los sentimientos abismales.

—Pues aunque fuera muy cuate —le dije yo— aquí todos están como para que los contraten para llorones de velorio.

—Por eso, quería hacerlo reír. Ni modo. Un chiste es un chiste, ¿no?

Él no lo demostraba (o tal vez su nerviosismo, su aparente alegría, era una de sus manifestaciones), pero la boda había ido poniendo tenso a Enrique Guerra. No se sabe bien por qué, pero desde que platicó con el señor Garibay se le recrudeció su viejo sentimiento de frustración, de que era un derrotado con espíritu épico y memoria de elefante. Hay que reconocer que Guerra era una calamidad, y que cualquier cosa le servía para atizar una sensación de fracaso, y en cierta forma, la vida entera de esos días (y aquella boda en particular), era un símbolo de la impotencia en la que todos estábamos atrapados: la que no debía embarazarse, estaba embarazada; el que no debía ser católico, se estaba casando por la Iglesia; la madre fuerte y poderosa, estaba derrumbada en su debilidad; él, que quería estar acompañado, no podía invitar a la mujer de sus sueños; los que querían evitar el estropicio, habían sido hasta testigos de la boda; en fin, podría recitar una letanía de frustraciones. Trataba, como era evidente, de liberarse de ese sentimiento, pero como le pasaba a doña Leonor, «aquello estaba más allá de sus fuerzas», y, por esos raros mecanismos de la mente, se había identificado con los padres de María Luisa. Inclusive, un rato después, antes de entrar a la iglesia, hasta lloró con doña Leonor.

—Se nos va, don Enrique, se nos va mi niña —se lamentaba la señora, dando muestras abrumadoras de dolor.

—No llore doña, véalo positivamente, como se dice, gana usted un hijo, ¿qué más quiere?

—Pero si ya me dijo mi marido que usted dice que este Jeudiel es una bala.

—Fue una metáfora, no hay que tomárselo al pie de la letra. Va a ver qué bien se lleva con él. Mírelo... ¿a poco no tiene cara de ser un yernazo?

—Pero si se cargó a mi hija, ¿dónde va usted a creer que piense que es un buen hombre?

Supuestamente, el embarazo de María Luisa era un secreto que ni siquiera nosotros sabíamos, pero por los lamentos de su madre, por sus gritos, alboroto y angustias, no sólo nosotros pudimos confirmarlo, sino que muchos otros que estaban cerca, y a los cuales no tenía por qué importarles, supieron los pormenores de cómo había sido vejada por el Jeo.

—Soy muy infeliz, don Enrique. No se imagina usted el calvario por el que estoy pasando.

El señor Garibay los miraba desde lejos, discretamente. Parecía incapaz de acercarse; incapaz de reventar, él mismo, la cáscara de su dolor; incapaz de acercarse a su mujer cuando estaba histérica. Guerra se tuvo que zampar todo el lamento de doña Leonor, viendo, de rebote, cómo aparecía el miedo en el rostro de su esposo; y tuvo que acompañarla hasta la puerta de la iglesia —abrazándola y sosteniéndola por una mano— para que se iniciara el desfile de entrada al ritmo de los majestuosos acordes de la Marcha Nupcial de Mendelssohn, con que su destino de madre embargada por la lástima empezaba a consumarse.

—Has traído mucho dolor a este hogar, primo —le dijo Guerra al Jeo—. A ver qué haces para ganarte su confianza.

Yo me salí de la iglesia antes de que terminara la misa; Katia Von Kant y García Riera insistieron en acompañarme. Nos fuimos al salón «Las Mariposas», donde nos encontramos con los que se habían ido directamente al brindis, y para cuando llegaron el resto de los invitados, ya estábamos, en la mesa del fondo, bebiendo como si se nos fuera a acabar el alcohol, Sealtiel Alatríste, Rafael Ramírez Heredia, García Riera, la Von Kant y yo. El primero (que estaba obsesionado con escribir una novela donde un sujeto desconocido decide transformar su vida en la de Rick —Humphrey Bogart— el personaje central de *Casablanca*), estaba vestido de smoking blanco; como no sabía fumar, llevaba colgado del labio un cigarrito de chocolate, y en una mano, un medio vaso de whiskey en las rocas, del que a cada rato daba un sorbito sin quitarse el cigarrito de la boca; para ese momento ya se había bebido media botella de Torys, y el cigarrito se le había caído como diez veces dentro del vaso. Ramírez Heredia (irreconocible con un smoking que pardeaba con tonalidades azulosas), platicaba con Alatríste de no se qué viaje que habían hecho juntos a Tampico, pero no le quitaba la vista a las piernas de la Von Kant. Ella, sin embargo, parecía estar cautivada conmigo. Katia era una mujer que uno podría calificar fácilmente de desconcertante: era, más que blanca, pálida; de cara alargada, donde unos ojos negros, bajo unos párpados pintados de todos colores, resaltaban sobre el resto de las facciones; no era fea ni guapa, sino extravagante; lo más notable era su larga y lacia cabellera negra, que se escurría por la espalda, disimulando un escotazo que le llegaba hasta el inicio de la nalga; su vestido negro, bordado con lentejuelas, aunado a su palidez, le daba un cierto aire cadavérico. Durante las dos horas y pico que estuve con ella, me pareció casi imposible que fuera la mejor amiga de María Luisa, pues dada la idea que me había hecho de la novia del Jeo (por lo que él me contó de

ella), y por lo que pude conocer de la Von Kant (por lo que ella me dijo de sí misma), ambas estaban en los extremos de la sensibilidad clasemediera. Por los fragmentos de conversación que había sostenido con Katia, era lo más parecido a una resentida social que había conocido. De María Luisa me dijo, por ejemplo, «ésta está enamorada de su padre, que es un pobre diablo, pero que ella ve como la quinta esencia del genio»; y de la madre (después de que se saludaron de beso, y doña Leonor le pidió que aunque María Luisita ya no estuviera, no dejara de darse sus vueltas por la casa), me comentó que era una mujer fálica y castradora; un niño como de trece años, que en la iglesia desfiló al frente de los novios, le dio la impresión de ser un querubín impoluto que le gustaría corromper en el altar. No sé, la verdad, qué me vio, pero me agarró de su confidente. Yo la escuchaba en silencio, sin saber con qué barbaridad corresponder a sus comentarios. Lo único que me preocupaba era que cuando llegara Jennie (que era quien iba a traer la sorpresita para Guerra), quién sabe qué cosa me estaría diciendo (o haciendo) la Von Kant, pues yo le veía muchas malas intenciones en los ojos pintarrajeados.

Cuando Ramírez Heredia le preguntaba a Alatraste que a quién le recordaba la Von Kant (sobándole el brazo y mirándola de arriba a abajo), llegó el resto de los invitados, entre los cuales inmediatamente se destacaban los que iban a sentarse con nosotros. De jaqué, Taibo II no hacía pareja con la Pecas, su mujer, que traía un vestido como de día de campo inglés; Benito Taibo venía de inconforme social, enfundado en un overol de agricultor norteamericano; Taibo I, con un traje café a cuadros y cachucha de tweed, parecía corredor de carreras de principios de siglo; Enrique Guerra, también de jaqué, se había puesto un sombrero de copa porque, según él, iba a bailar imitando a Fred Astaire; mi amigo Julio Varela, Julito para los cuates, estaba vestido con un traje de pana azul marino, que le había pedido prestado a no sé quién, y que le quedaba grande. Solamente doña Maricarmen Taibo, y Conchis, la esposa de Ramírez Heredia, estaban vestidas con propiedad, con sendos vestidos de tergal español. Los demás, era evidente, nunca habían asistido a una boda, o querían hacer repelar al Jeo, pues conformaban un grupo que le hubiera ido mejor a una fiesta de disfraces.

Lo que más me llamó la atención fue que Taibo I, el papá de mi amigo, hubiera asistido al banquete; no importaba su vestido ni nada, sino que hubiera aceptado tan de buena gana, como se le veía en la cara, la invitación del Jeo. Pero más, mucho más me admiró que viniera con Enrique Guerra, como si ambos fueran amigos de toda la vida. Casi ni saludaron a nadie (Taibo me dio una palmada en la espalda y Guerra tachó a Alatraste de patrón), se sentaron en un extremo de la mesa, y empezaron a platicar de «sus cosas».

Yo habría de recordar aquella boda, siempre, a través del cristal enrarecido de la desventura que Guerra traía pintada en la cara (y de la que Taibo I fue testigo); de la desventura del destino de María Luisa y el Jeo, que se olvidaron de lo que los había obligado a casarse, causando una crisis de espanto entre los invitados cuando se

escaparon al viaje de luna de miel; de la desventura de doña Leonor Archundia de Garibay, que por instantes parecía como si estuviera asistiendo a los preparativos de sus propias honras fúnebres; de la desventura de estar vestidos como estábamos, que causó un revuelo de crítica y rechazo en todo el salón «Las Mariposas»; de la desventura, en fin, de la infancia de Katia Von Kant (de la que ella me contó la parte más escalofriante), y que para mí, cuando vi llegar a Jennie, más que desventura, fue como un ramalazo de pánico.

De Taibo I, teníamos muchas otras imágenes y experiencias previas a las de ese día: el cariño con que nos trataba en su casa, la oportunidad que siempre nos dio para escribir en los periódicos que dirigía, su gentileza y su campechanería; pero, sin duda, el que más profunda admiración le guardaba era Enrique Guerra. Según él, Taibo I era una especie de héroe anónimo: había sido, en su juventud, un periodista exótico, que durante los cuarenta cubrió la vuelta ciclista de Francia; era un bebedor empedernido que en más de una ocasión dejó tirados a sus amigos Ángel González y Luis Rius, aunque ellos fueran capaces de beber galones enteros de Bacardí; fue guionista de muchas películas e, incluso, actor de sí mismo en la *Mecánica Nacional* de Alcoriza; y, sobre todo, había sido seductor anarquista de muchas mujeres famosas (aunque no de todas de las que se jactaba). Según nos contó Guerra, su famoso enredo con Dolores del Río (del que escribió una novela pseudoautobiográfica), no era tal, sino que a Lola había traspuesto el violento romance que sostuvo, en Monterrey, con Lucha Villa.

—¿Cómo vas a creer, pinche Guerra —lo interpelaba el Jeo—, que Taibo se haya ligado a la Villa?

Taibo II, que disfrutaba enormemente con que su amigo de la infancia engrandeciera la fama de su papá, permanecía callado.

—Se los juro, yo los vi con estos ojos. Ella alta, él chaparro; ella un cuerazo, él medio panzón; los dos mirándose como dos tórtolos; ella mordiéndose los labios, y él relamiéndose la punta de sus bigotes de aguacero.

Estaban en un baile medio privado, de los muchos que se organizaban en la casa de uno de los grandes industriales de la Sultana del Norte cuando los visitaba una celebridad. Era el tiempo glorioso en que Taibo I fue jefe de noticieros del difunto canal 8, con sede en Monterrey. Guerra había asistido a la fiesta de metiche (estaba dando un curso a vendedores de una sucursal de Sears, que se iba a abrir allá), y esa noche no tenía nada que hacer; el mismo Taibo lo había invitado sin saber a lo que se exponía.

—Vente conmigo, Enrique —le dijo por teléfono—. No te vayas a creer que son grandes pachangas, pero va a estar Lucha Villa, y seguro te diviertes.

Conocer a la Villa, el portento de la canción vernácula, podría ser una de las grandes experiencias en la vida de Guerra; tal vez, incluso, soñaba con tener un romance con ella; tal vez se vio a sí mismo, mientras se arreglaba, platicando con ella, diciéndole cuánto la admiraba, practicando su mejor coquetería; pero la realidad

lo desilusionó: a media fiesta (después de haber intentado todas las formas posibles de iniciar una plática), se percató que Lucha no tenía ojos más que para Taibo. Ya habían bailado rumba, fox trot, swing, y cuando se reventaban un danzón, Guerra (escondido entre un grupo de amigos), le gritó a la singular pareja que dejaran de hacerse guajes, que no ajustaban. La Villa —robusta, pechugona, desmelenada— se volvió hacia donde él estaba, y dijo, engallada, que con que ajustara por el medio, que sobrara por los lados. Se dio, al ritmo del danzón, una vuelta lenta, moviendo cadenciosamente las caderas bajo el brazo de Taibo (que tuvo que pararse de puntitas para dejarla pasar). El público coreó que «si Juárez no hubiera muerto, todavía viviría».

—Eso sí es cierto —comentó Taibo II— no sé lo demás, pero que Lucha decía que con que ajustara por el medio era suficiente, me consta, porque se lo escuché otra vez.

Que Taibo I hubiera transformado aquella pasión volcánica que debió vivir con Lucha, en el atormentado romance novelero que imaginó con la del Río, es uno de los momentos culminantes de la imaginación de la novela rosa mexicana. «Dolores», escribió, «se dejaba llevar por las suaves ondulaciones de aquel beso interminable, y se unía a mí de esa forma tan felizmente femenina que consiste en agregar la propia pasión a la pasión del hombre, sin que éste lo advierta, sin embargo, más que como una suave conformidad o una sumisa aquiescencia». ¿Cómo era posible imaginar suave a Lucha Villa, y no como a un vendaval sin rumbo? ¿Cómo era posible tal alquimia, si lo más fácil era imaginar a Taibo y a la Villa, acostados en una gran cama (con colchón de plumas de avestruz y cabecera estilo Imperio), en los escauceos previos a ajustársela por el medio: Lucha restregándose los pechos en los ojos de Taibo, y él sobeteándole las nalgas, evitando los rodillazos que le podían dar en las espinillas?

Pero ni estas excentricidades nos hubieran hecho pensar en Taibo I como una suerte de consejero sexual; bueno, a nosotros no, pero a Enrique Guerra sí, que al ratito ya le estaba contando todas sus desventuras amorosas, y lo estaba poniendo al tanto de la jefatura erótica que pesaba sobre él. Me acuerdo de ellos, sentados en la cabecera de la mesa, al lado de una charola de metal (de la cerveza Superior, su rubia de categoría, que uno de los meseros les había dejado mediante el intercambio de una corta feria); cada uno tenía una cuba en la mano, y en la charola había un platito con limones, una botella de ron (posteriormente Guerra me dijo que Taibo I preparaba unas cubas tumbadoras deliciosas: $\frac{1}{3}$ de ron, $\frac{1}{3}$ de coca, $\frac{1}{3}$ de agua mineral, un chorrito de limón, y una pizca de sal; en sus buenos tiempos, de ese menjurje, Taibo se empinaba más de diez). Pues ahí estaban, muy serios, en la casi penumbra del salón «Las Mariposas», el luchador social y el joven frustrado, dándole a las confidencias.

—Me tiene usted que ayudar, don Taibo —le dijo Guerra, y nada más le faltó que le dijera don Taibo I.

—Pues sí hijo —respondió el otro, con el tono más paternal que encontró, limpiándose la mano en la toallita que les había dejado el mesero—. Pero no sé cómo, a ver, cuénteme un poco más de esa chica.

Guerra ya le había dicho que Marina era una mujer de una cultura perturbadora, que había sido Miss Chiapas, y que si no llegó a Miss México, y aún, a Miss Universo, había sido porque se retiró de la competencia. «Ana Bertha Lepe le queda chica, don Taibo. Tiene un aire trágico, a lo Andrea Palma, que deja chica a cualquiera». Le contó que frecuentemente la soñaba como a *La Mujer del puerto*, y que incluso, en las madrugadas de insomnio, se la imaginaba caminando cadenciosamente a lo largo del cuarto, iluminada por el rubor mandarina de la aurora, fumando distraídamente, como si ella, y no él, fueran la realidad. Temiéndose que su interlocutor no hubiera captado toda la locura de la sensualidad mítica de Marina, la definió como una vampiresa del cine mudo mezclada con rumbera. Le contó que siempre andaba disfrazada de cosas raras, y concluyó con un retrato hablado (uno más), de la interfecta: empezó por sus ojos soñadores, donde se adormecía un gesto ausente (debido probablemente a que era miope y se negaba a usar anteojos), que le daba un aire a la Dietrich; siguió con las cejas redondas; el cutis terso; el talle esbelto y ondulado; los senos pequeños, erectos y puntiagudos; las caderas redondas, donde resaltaban los iliacos saltados; y terminó con las piernas torneadas, de muslo redondo, y pantorrillas flacas.

—Para qué le hablo de sus pies, son una locura, algo del otro mundo.

—No sigas —lo interrumpió Taibo— porque se me va a parar. Si eres capaz de distinguir unos pies sensuales, eres un erotómano. Un día de estos me presentas a ese pimpollo.

—Quiero que me ayude, don Taibo, no que me la baje.

—Sí, sí, ya sé. A ver, ¿hasta dónde has llegado?

—¿Qué quiere decir hasta dónde? —preguntó Guerra desconcertado.

—Que si la has besado, si ya le dijiste que te la quieres echar, que si le has acariciado los senos, la mano, o qué. Hasta dónde has llegado, pues.

Taibo no pudo evitar que su famoso gesto de pornógrafo profesional se asomara a sus ojos, y Enrique Guerra comprendió, con vergüenza, que si no le contaba todo, aquel hombre no lo podría ayudar, pero le mintió:

—Ya la dedié —contestó impertérrito.

—Ah chingaos, ¿y qué más quieres entonces?

—¿Cómo que qué más?

—Pero si ya la tienes servida en bandeja de plata, no te hagas tarugo.

—Es lo que yo creía, pero nanay... para serle sincero, ya hasta me la cogí.

—¿Y entonces?

—Pus que quiero volvérmela a coger.

—¿Y ella no quiere?, ¿le fallaste o te veniste muy rápido?

—El que no quiere es el marido.

Entonces, ante la cara de estupor mudo de su interlocutor, Guerra narró pormenorizadamente sus amores con Marina Campollo de Anchondo, alias la Güera; el chantaje del que fue objeto; el episodio de las fotos, y todo lo relativo a su divorcio.

—Pus tú si que eres una bala —le dijo Taibo I—. ¿No trais contigo una de las fotos para echarles un ojo?

Guerra se volvió hacia el salón como si quisiera olvidarse de la pregunta, o para encontrarse con su primo, extraviado (como la pobre muñeca fea) por alguno de los rincones, pero sólo vio a sus suegros. En una mesa lejana, los papás de María Luisa brindaban con unos parientes. Uno podía hacerse mil historias observándolos: ¿por qué doña Leonor se recargaba, alternativamente, en el hombro de su marido y en el de otro señor desconocido que estaba parado a su lado?, ¿por qué una señora, con un cierto parecido a doña Leonor, se había levantado de la mesa, y no conforme con el brindis, abrazaba al señor Garibay con un desenfado de cachondería al que ciertas tías son tan afectas?, ¿por qué el señor Garibay estaba tomado de la mano de una jovencita que no era ninguna de sus hijas?, ¿por qué el señor desconocido abanicaba a doña Leonor?

—A mí me late —continuó Guerra, con voz pausada, a lo Boris Karloff, sin que nadie supiera si se refería a la familia de María Luisa, o a su *affaire* con Marina— que hay gato encerrado en todo este asunto.

—Creo que la estás regando —dijo Taibo I, por decir algo, acicalándose la punta de sus bigotazos. Parecía forzado de circo, disfrazado para paseo dominical.

—Ayúdeme a superar este trauma —suplicó Guerra, reinstalado en sus tormentos—. Usted es un hombre culto, un escritor, un galanazo, y me cai que se las sabe de todas todas, no sea así, aconséjeme.

—No es para tanto, hombre —le contestó Taibo, acariciándole los cabellos—. Es que estás demasiado enamorado, se te nota a la legua y estás idealizando a esa muchacha. Eso siempre hace daño. Mira, si te conformas con ésta, la vas a pasar a chingar, a las mujeres hay que amarlas en bola, cuando más una tras otra, pero a todas las que sea posible.

Taibo I no sabía que Enrique Guerra había hecho un esfuerzo considerable por cumplir tal propósito, pero que ahora, ese día, no solamente estaba fatalmente enculado, sino que había perdido todo el interés por nadie que no fuera Marina, y que, de paso, la tercera cuba al estilo Taibo, que de un trago se acababa de beber, le estaba haciendo considerables estragos en su precario equilibrio físico y emocional.

En ese momento, la orquesta empezó a tocar la Marcha Nupcial, y por la puerta principal, a través de un caminito de pétalos de rosas rojas que recién había tirado una niña, apareció la feliz pareja. «Un aplauso a los novios», dijo desde el micrófono uno que parecía cantante, «un aplauso a los que hoy unen sus vidas en esta fiesta inolvidable». De un lado del salón se escuchó una rechifla de gallera alborotada, y del otro, un estruendoso aplauso de plaza de toros recibiendo al ídolo de las multitudes.

—Ése es mi gallo —gritó Ramírez Heredia, y todos en nuestra mesa aplaudimos a rabiar; la Von Kant soltó un chiflido de carretonero que se esparció por todo el salón, dejando a su paso un reguero de violencia que amenazó con desatar una ola de reclamos.

Guerra aplaudía con desgano, atolondrado y disperso, como si estuviera decidido a abandonarse al relámpago de nostalgia por Marina Campollo, en que se estremecían todas sus emociones. Hizo un gesto, avergonzado, de melancolía, pero no lo reprimió, sino al revés, su rostro se iluminó complaciéndose en el dolor.

—Lo que me pasa —le dijo a Taibo con la mirada enrojecida, viendo a todos los demás, alegres, gritando, alborotados por una voluntad de parranda sin ley, brindando a salud del Jeo—, es que yo sólo sé pendejadas. Me da vergüenza confesarlo, pero así es, ya ve, ni siquiera tengo ánimos para enfrentarme al ingeniero Anchondo y ver si Marina me quiere de verdad, o nomás me estuvo carniando.

—No hijo, esa muchacha te quiere, me late que te quiere bien.

Parecía que estaban haciendo un comercial de paternidad responsable: el padre, Taibo I, orientando al hijo, Guerra, para que se sintiera seguro y aprendiera a nadar en el océano de la vida sexual. Y al fondo, todos los crápulas desmadrosos, sin un papá que nos guiara por el espinoso camino de la vida, dándole rienda suelta al relajo.

Yo me encontraba cerca de ellos, sentado a un lado de Ramírez Heredia y Alatríste, dizque platicando con Katia Von Kant. Ella hablaba —con una voz grave, al estilo María Félix— acerca de las desventuras de su vida, y de los infortunios de sus relaciones. La vida la había enseñado que todos parecíamos como una llaga putrefacta, o, en el mejor de los casos, una suerte de vómito de Dios, donde muy pocos éramos dignos de ser tomados en cuenta. «Mi papá es un cabrón bien hecho», me había dicho en un inexplicable raptó de cariño, con el cuello echado hacia atrás, «pero le tengo un gran respeto». El resto de la humanidad (que había compartido con ella la sinrazón de vivir), le parecía una mierda. Yo dividía mi atención entre su edificante charla; un muslo —torneado, firme y agresivo— que se le asomaba por el larguísimo pijazo de su vestido de enlutada; las peripecias del Jeo y María Luisa en la pista de baile (no daban una, abrazados y tropezándose al ritmo de «Fascinación», su primer vals); la aclamación de una mesa, en que el tío Pepe, el patriarca de los Garibay, se había levantado y con paso inseguro se dirigía hacia donde estaba el micrófono; y las confesiones que Guerra le hacía a Taibo.

—Hay que tener vida para cogérselas a todas —dijo Taibo hinchando el pecho—. Ten fe, hijo, ten fe.

—Por lo pronto yo nada más quiero cogerme a ésta, don Taibo —respondió Guerra, acongojado, dejando ver los primeros síntomas de una de sus grandes borracheras.

—No sé qué vas a pensar de mí —me dijo Katia Von Kant, acerca de algo que yo me había perdido de su plática— pero no soy una marginada, ni de esas acomplejadas sociales. Soy algo más.

—Y ahora —dijo el cantante a punto de ceder los bártulos, como se dice— don José Garibay, tío de la feliz desposada, nos dirigirá unas palabras.

Los chiflidos y los aplausos se repitieron con un eco de saña, y con una voz cascada, que delataba un remedo de orador de cantina, don Pepe empezó a hablar sin que muchos le prestaran atención:

—Novios queridos... damas, caballeros... y demás invitados.

—Lo que yo he aprendido en mi vida, don Taibo, ya se habrá dado usted cuenta, son puras cosas inservibles. Es más, no conozco a nadie que sepa más que yo.

—Debe haber varios que te hagan la competencia.

—Nos encontramos aquí reunidos para felicitar a esta joven, ingenua, y por qué no, agradable pareja, que imbuida por un espíritu de... de... perdón, por un espíritu de hondo y profundo amor a las cosas más tiernamente enraizadas en el corazón del alma humana, ha decidido nutrirse en el vergel de la célula social, o lo que es lo mismo, estos dos tórtolos quieren formar una familia, sí señor.

—Soy una hambrienta de pasión y justicia, Vikingo, ¿así te llamas o así te dicen? No importa, da igual, pero quiero que sepas que la amargura de la vida me tiene hasta la coronilla.

—¿Sabe usted quién era el *Coronel Cosmos*?, ¿no verdad? Era una serie de televisión en que salía Raúl Meraz. Pasaba después de *Nera la Pirata* y *Dick Turpin*... Y ¿supo usted que cuando nos metieron el ocho-cero en Inglaterra, fue por culpa del Jamaicón Villegas, que estaba extrañando mucho a su mamacita? Hasta hay por ahí una carta, perfecto ejemplo del complejo de Edipo, que el pinche Jamaicón escribió desde Wembley, aunque no me lo crea.

—No, pues la verdad no lo sabía, pero me parece muy interesante, en serio.

—A veces siento que el coraje y la desilusión hierven en el horno de mi pecho amargado, pero que todavía me queda un residuo de buenos sentimientos en el corazón, Vikingo, y ¿qué crees? Siento como punzadas en el bajo vientre.

—¿Y que el mejor caldo de camarón de la ciudad de México lo hacían en la Casa Noste?, ¿y que el Tarzán Landeros fue el primer portero que otro portero le metió un gol?, ¿y sabe quién fue?, ¿no verdad?

—Claro que sí, ésa no me la cuentas: fue el Negro Arenzana, el mismito Negro Arenzana en persona.

—Porque nadie nos va a venir con el cuento de que la unión libre, el amasiato, el concubinato, o como se le quiera llamar a la pu... ahórrenme el trabajo de decir la palabreja... es el camino para que unos jóvenes como mi sobrina y el pelafustán con el que se casa... perdón de nuevo, como mi sobrina y el prelado hombre al que ha unido su vida, se dirijan hacia la cúspide de los altos valores nacionales, y hacia ellos sepan llevar, con mano firme y vigorosa, a sus ya inminentes chilpayates.

—Y tú tienes algo, mi Vikinguito, un no sé qué, entre escrutador de almas y hechicero, que convoca mis pasiones más desenfundadas.

—Pero ninguna de estas cosas son para que te sientas mal, al contrario. Mira, ahí

te van dos que yo me sé. Tin-Tan no filmaba con nadie, si en su contrato no se especificaba que su carnal Marcelo actuaría en la misma película. Y a Agustín Lara le escribían las letras de sus canciones, ¿sabes quién?

—El Chamaco Domínguez. Ésa es refácil don Taibo. Le echo una: ¿se acuerda quién la hacía de amigo de Gutierritos, y al final le pone cuernos con su esposa?

—Congratulémonos, entusiasmémonos, reculemos en el tiempo de nuestras vidas, y hallémonos en posesión de todo aquello que, en nuestra juventud, fue digno y santo en nuestro corazón, para hacer pontificios votos en favor de la felicidad de esta pareja acongojada por las inclemencias de la precaria salud de la hoy cónyuge, y veámoslos cómo se presentan, desposeídos de maldad, ante nuestra historia. Hijos... un siglo de amor os contempla. He dicho.

—Tal vez te interese saber que perdí la virginidad a los trece años a manos de mi profesor de dibujo constructivo, y que quedé marcada para siempre: nunca he podido dibujar una línea y odio a los arquitectos.

—Ésa también es fácil: David Reynoso.

—Ya ve, se equivocó, fue Mauricio Garcés.

Alguien (Guerra creyó que con muy mala leche), le había pedido a la orquesta que interpretara Luz y Sombra, con toda la intención de que la sorpresa que le teníamos guardada fuera anunciada con música de fondo, y de que los buenos deseos que acabábamos de escuchar para el Jeo y María Luisa, adquirieran un tinte macabro. Casi inmediatamente que el tío Pepe terminó su discurso, escuchamos una voz que imitaba la de José Feliciano: «Yo sé que te han dicho que no valgo nada, que no valgo nada, que vivo tan sólo para los caprichos de tu corazón». Una mirada de cocodrilo inundó los ojos de Guerra, como si la melodía le estuviera rompiendo el absceso de verdad amarga con el que sobrellevaba su jetatura, mientras que el Jeo y María Luisa se abrazaban con el patriarca al centro de la pista, y todos, al unísono, les aplaudían prolongadamente. «A quién le preocupa si vivo si muero, por esta pasión. Quien sepa de amores que calle y comprenda, que me dejen solo, sufriendo en silencio, mis penas de amores». Sin poder contenerse un minuto más, Enrique se estremeció y lanzó un auténtico berrido, diciéndole a su papá adoptivo, Taibo I, que se sentía un bueno para nada, y agregando, con otro grito hacia todos los que estábamos allí, que cómo lo iban a querer si sabía puras pendejadas, pero que no podía hacer nada, que simplemente no podía, las pendejadas se le grababan solitas. En las otras mesas coreaban «beso, beso, beso», y el Jeo, muy obedientito, le tomó la cara a María Luisa, le acercó los labios, pero ella le esquivó la boca. Nosotros guardamos un silencio sepulcral: estábamos enterrando la soltería del Jeo, y la integridad de Guerra. Katia Von Kant, con el menor respeto para con nuestros difuntos, me jaló del brazo, me obligó a levantarme, me apretó el vientre en un muslo, me llevó al centro de la pista, me forzó a bailar, y me dijo al oído que yo era alguien muy, muy, muy especial. Me hice una imagen de mí mismo que oscilaba entre Jack el destripador, Carill Chesman, y el Negro Durazo. Taibo, por su parte (dándose golpes en el pecho, al estilo Tarzán),

dio el campanazo de la noche diciéndole a Guerra que mandara al ingeniero Anchondo a que se hiciera un rollito con sus fotos, y le contara a Marina una buena sarta de sus pendejadas, que vería que así caía redondita. «Si yo soy dichoso teniéndote cerca, qué le importa a nadie, si eres luz y sombra de mi corazón. Si eres luz y sombra, ay, de mi corazón».

—Aguas —me susurró el Jeo, cuando pasó a mi lado— ya no tarda en entrar Jennie, y a mí se me hace que Katia se las da de intelectual, pero le hiede el mono.

No me quedó muy claro qué relación podía haber entre la intelectualidad de la Von Kant y sus humores vaginales, pero preferí retirarla de mí, por lo que ella, *ipso facto*, me introdujo en la enorme masa de la humanidad.

—Eres un mierda —me dijo apretándome un güevo, antes de retirar la mano que ya se deslizaba por mi vientre.

En ese momento vi que Taibo se abrazaba con Guerra, y le decía que no se preocupara. Su bigote puntiagudo, como si se lo engomara por la noche, hacía pensar en un poeta romántico, decepcionado de los sentimientos más caros al alma humana, metido a falso consejero del corazón.

Por el otro lado, en la puerta, apareció Jennie con Marina. Tal como lo planeamos, venía vestida como Andrea Palma en *La mujer del puerto*. A una orden del Jeo, se apagaron las luces, un reflector iluminó la entrada, y todo el salón «Las Mariposas» se convirtió en una especie de *set* cinematográfico, de fábrica de sueños; desde algún lugar se escuchó un disco con la voz de Lina Boytler: «Vendo placer a los hombres que vienen del mar, y se marchan al amanecer, ¿para qué yo he de amar?». Guerra se volvió y se quedó paralizado ante la aparición del mito. A través del humo que despedían los cigarrillos, que, curiosamente, en la oscuridad parecía haberse vuelto más denso, Guerra veía innumerables cabezas que se habían colocado frente a su mirada, que, al parecer, disfrutaban del mismo espectáculo, oscilando de un lado a otro, siguiendo siempre el compás de la música, como si fueran un campo de tulipanes agitados por el viento. El único brillo que se traslucía por la cortina de humo provenía de un resplandor en que Marina era y no, la misma mujer que lo atormentaba. Podía percibir un vestido negro, entallado a un cuerpo despampanante pero fragmentado: un brazo, un hombro, una pierna desnuda hasta la rodilla, o un trozo de su rostro esplendorosamente iluminado por un potente reflector; pero sin embargo, se sentía incapaz de acoplar los pedazos, de percibir el todo. Nadie hubiera dado crédito a que aquello fuera real, nadie, tampoco, a que fuera una fantasía. Otra luz, desde otro lado, creó un escenario de sombras y surgió una puerta, una columna, una ventana enrejada. Marina prendió un cigarro y empezó a caminar lentamente, balanceándose con la cadencia con que Lina Boytler seguía repitiendo las frases de su canción, de la única canción con que se perpetuaba en la bruma de aquella calle fantasmal que la luz había creado. «Faro de luz en la noche de amor, forma una cruz como el mismo dolor». A Guerra le pareció que entonces surgió un griterío, y que la música apenas resonaba sobre la escandalera, pero que, aun así, todo quedaba

eclipsado por el rostro de Marina, por su cuerpo incorpóreo, amaridado con la luz, enmascarado en el recuerdo de Andrea Palma, y que cualquier cosa era insuficiente para disminuir una ilusión tan encarnizada. Ahí, Guerra la recordó como la había visto en su casa, cuando con Godonche fue para planear la publicidad del vodka Anchondo. Se le encendió la luz del sueño, volvió a sentir la brisa saturada con el perfume de Marina, y sucumbió a la insidia de su genio publicitario: no atinó más que a darse valor con un *slogan*, «¡Impresione! tome vodka», con lo que se le olvidó que estaba haciendo una larga lista de sus pendejadas portentosas.

Antes de que se hubieran dado cuenta de que, con el guateque de la fiesta, la escena de ensueño estaba por terminar, y que estaban ahí, los dos, representando la película favorita de Guerra, alguien hizo que quitaran el disco, prendieran las luces y que la orquesta empezara a tocar la Marcha Fúnebre. De una mesa, como horda de indigentes a disgusto con el partido gobernante, se levantaron los primos del Jeo, y entre ocho, lo cargaron como si estuviera muerto. Hicieron un lento paseo de difunto alrededor de la pista (burlando el emblema de tristeza contrariada de doña Leonor), ante la complacencia de toda la prole de los Alatorre. El Jeo se dejaba hacer, y sonreía como si íntimamente todo lo que estaba pasando, todo lo que ya había pasado, le halagara con un sablazo de buen humor, con una alegría última del corazón que echaba por la borda su disgusto por lo cursi. Guerra lo miró largamente con un suspiro de alivio que le enchinó el pellejo de amante en el olvido, y con esa suerte de escalofrío metafísico, fue a encontrarse con Marina y la besó largamente.

Katia regresó junto a mí, me dio un nuevo apretón de güevos (que me perdone Jennie), y me dijo, otra vez, tratando de hacer una voz delicada, que era realmente un mierda, pero que le gustaba por mi barba roja.

La última imagen que conservo de esa noche, es la de los primos del Jeo, manteándolo, mientras María Luisa les suplicaba que lo dejaran en paz, que se lo iban a descalabrar antes de la noche de bodas; y la de Guerra bailando al centro de la pista con Marina, como si la Marcha Fúnebre fuera un vals de quince años.

De esa, y no otra forma, me hubiera gustado recordarlos siempre; o de querer darle un tinte ligeramente erótico a mi memoria, tendría que recordarlos (como tantas veces Guerra me contó que fue su reencuentro de esa noche), en el mismo hotel Palo Alto donde iniciaron sus amores: los dos están desnudos, devorándose con la mirada. Marina ha llevado una crema de color azul; se acerca a Enrique Guerra, lo abraza, y con la mano entera, recién embadurnada de crema, empieza a pintar su miembro de azul. Enrique se recuesta sobre la cama. Con un dedo, delicadamente, Marina cubre todos los poros de su sexo, y otra vuelta con la mano intenta una suerte de acabado de surrealista, duro que dale, como si quisiera que tuviera, en el miembro, todos los azules imaginables, de arriba a abajo, el pito azul, azul los güevos. Guerra, por su parte, con la mano extendida empieza a acariciar el sexo de ella, e imagina que esos labios tersos que se abren al contacto de sus dedos, son como una gran libélula que extiende sus alas, que revolotea en torno suyo, y que casi sale a su encuentro para

hacerse arrumacos con sus yemas, como las abejas que hacen el amor en pleno vuelo. En una erección monumental, que algo tiene de totem, algo de palo encebado, Marina le decora el glande con la lengua, agitando grumitos de crema de un lado a otro. Guerra, con los ojos cerrados, piensa en su libélula multicolor, formando una especie de trenza húmeda con su dedo, una trenza que da vueltas y más vueltas, volando en círculo, remontando las alturas. Sentían que ya nadie les podría disputar los frutos de aquel milagro prohibido en el que revoloteaban sus conciencias, que les pasaba como en las películas, cuando alguien pierde la noción del tiempo, y todo gira vertiginosamente. Marina recorre el miembro entero con su boca, disfruta la tersura de la crema en su paladar, y otra vez, con la palma de la mano, lo embadurna todo de azul, azul el miembro, azul sus labios, azul los güevos, azul la libélula ondulante, azules las pintitas que ambos vieron, en el cuerpo del otro, mientras se venían.

Enrique Guerra Pavón y Marina Campollo Santaella murieron el 24 de marzo de 1982, sin haber sabido que sus amores serían cosa pública, en una tragedia: el incendio de la Cineteca Nacional.

Estuve en el lugar de los hechos porque Taibo me avisó a mi casa, alarmado porque no sabía nada del Jeo, ni de Guerra.

—¿Vikingo? —me dijo al teléfono, gritando como loco.

—¿Qué pasó Paco?

—Pélate orita mismo para la Cineteca, se está quemando.

—¿Cómo?

—Andale, no te hagas güey, está ardiendo, así como lo oyes, ar-dien-do. Vete para allá y búscame.

Me subí a mi auto pensando en que la Cineteca, para Guerra, para el Jeo, para toda mi generación, era una especie de lugar aparte, de refugio: un refugio que ahora se quemaba, se destruía para siempre.

Todavía en Río Churubusco, a la altura de División del Norte, escuché una explosión. Mi Datsun se cimbró. Pocos metros antes de cruzar Tlalpan había un atorón de coches. Yo ya estaba como loco, venía escuchando La Pantera y habían interrumpido no sé qué para dar un *flash* de última hora: «La Cineteca está cubierta por las llamas de un inexplicable incendio. Todos los esfuerzos han sido inútiles, el fuego se extiende por todos lados. No se han podido determinar las causas del siniestro, parece que hubo una explosión en una de las bodegas, y de ahí, el fuego se extendió al edificio central. Las pérdidas son incalculables y se cree que hay mucha gente atrapada adentro». ¿Qué había pasado con el personal? ¿Cuántas personas estaban en la Fernando de Fuentes, cuántas en el Salón Rojo? ¿Dónde estaban Guerra y el Jeo? Me pegué al claxon, grité por la ventana, pero era inútil, nadie se movía. Subí el coche al camellón, salí y empecé a correr. Cuando llegué a la calzada de Tlalpan, se me apareció el edificio central con un penacho de llamaradas; la parte alta de la marquesina se desprendió y cayó con estruendo de vidrios que se rompían a un lado mío; la disonancia de imagen y sonido me hizo volverme hacia la casa de cuna: inconformes, rebeldes, los cristales de las ventanas se rompían uno tras otro. El cielo, como un espejo incrédulo, estaba teñido de lo rojo y anaranjado del fuego. Corrí hacia el paso de peatones; me tropecé en los escalones; seguí corriendo; me detuve a la mitad del puente; el espectáculo era aterrador: las llamas lo devoraban todo, la humareda crecía en nubes amontonadas, había mucha gente aventándose a lo largo de la reja, el chorro de la manguera de los bomberos parecía evaporarse antes de tocar las llamas. Ya no tenía caso apresurarse, ya no tenía caso nada; recorrí con paso lento lo que me restaba del puente, toda la reja, hasta que me detuve frente a la taquilla. Hacía un calor infernal, los aros de mis anteojos empezaron a quemarme la nariz, el aire traía, como llovizna, restos del agua con que los bomberos se afanaban en apagar el incendio. Me agarré a los barrotes y entonces (un entonces más, interminable, diabólico), vino la última explosión. La sentí en la cara y me ardió la boca del

estómago; me botó hacia atrás y escuché, lejano, un lloriqueo que se apagaba con el golpe sordo de un derrumbe. Me patearon en el suelo. Me pisaron las manos y la cara.

Cuando me levanté, me pareció que todo estaba en calma. Todavía me ardía la cara, y sobre todo las manos. El cielo era un remedo, cobijado por el humo, de las interminables llamas que salían por todos los lados de la Cineteca. Los que habían corrido hasta el camellón de Río Churubusco, empezaron a regresar. Un manguerazo nos bañó. Yo ya no pensaba más, me acerqué lentamente al enrejado. Los gritos se convirtieron en algo parecido a la onda de un radio descompuesto.

Dicen que más o menos en ese momento llegó doña Margarita con el director de la Cineteca; que los periodistas la rodearon y no pudieron sacarle una explicación clara de lo que estaba pasando. Dicen y dijeron muchas cosas: que le pusieron una bomba que estallaría cuando ella llegara; que fue por negligencia; que fue porque no le autorizaron el presupuesto para reparar las bodegas; que los sótanos (donde trabajaba Guerra), tenían cantidades intolerables de material inflamable; que el aire acondicionado se descompuso, provocando una temperatura de incendio; que la Cineteca Nacional era un polvorín; que hubiera podido pasar cualquier día. Dicen que doña Margarita estaba como idiota. En cualquier caso yo no la vi. Me abracé a los barrotes de la reja como si me tuvieran encerrado, como si empezara a vivir en la cárcel en que todo esto nos ha sumido, como si lo que presenciaba (como Taibo lo dijo más tarde), fuera el último bombazo de Tlatelolco 68, como lo hemos sabido después, la primera de las muchas explosiones con que en esta década ha ido destruyéndose, poco a poco, la ciudad de México.

Una señora vino corriendo desde el estacionamiento. Gritaba por su hija, que la ayudáramos por el amor de Dios, que la ayudáramos. Todos nos volvimos para verla, pero no nos movimos, nadie se daba cuenta en verdad de nada. Tres bomberos fueron por ella y aunque se resistía, se la llevaron a empellones.

Abrazado a los postes me encontró Taibo y me dijo que era una chingadera. Estaba fumando una colilla y se pasaba la mano estrepitosamente por el rostro y el cuello. Nos quedamos callados un rato, viendo el espectáculo, digno de una película de miedo, que teníamos enfrente.

—¿Dónde nos va a quedar la memoria, Paco? —le pregunté pensando en la obstinación del destino por destruir nuestra ciudad; pensando en la multitud de sitios que no existían más que en el recuerdo de algunos pocos.

—Qué memoria ni qué carajo, ¿dónde están los hijos de puta del gobierno para responder por esto?

En ese momento llegó el Jeo. Estaba sudoroso y ajado, con la cara cubierta por un tizne esparcido por todos lados. Tenía manchones de polvo y grasa en todo el cuerpo.

—Me salvé por un pelo. Hoy debería haber venido a una junta, pero me entretuve en mi casa. Me vine apenas me enteré, he tratado de ayudar en lo que se puede, salvar algo al menos, pero todo es un horror, a cada rato hay estallidos, y el incendio crece sin que lo podamos controlar.

—Estábamos preocupados por ti —le dije acariciándole el cabello—. ¿Sabes algo de Guerra?

Taibo nos interrumpió para gritarle a una muchacha que caminaba como una imbécil al otro lado de la reja. «Judith, Judith», después nos dijo que era una prima de Guerra. Estaba hecha un mar de lágrimas, con la cara manchada de polvo y hollín. Al vernos se nos lanzó encima. Taibo pasó los brazos por los barrotes y le acarició la cara. Sus sollozos me recordaron los de Maricruz Olivier, los de Martha Roth, los de las pecadoras arrepentidas del cine mexicano. Pensé que frente a mí se quemaban todas las lágrimas, todos los sufrimientos que a los espectadores les había sacado Prudencia Griffel. Con ese incendio se cerraban los festejos de los cincuenta años de vida del cine sonoro nacional. Judith no paraba de llorar, moviéndose espasmódicamente, con el gesto hecho un desastre, hasta que pudo decirnos que acababa de salir de la Fernando de Fuentes, que estaba con su primo y su compañera, pero que no sabía dónde se habían quedado.

—¿Qué pasó adentro? —la increpó Taibo.

Judith se soltó como un torrente. La película, curiosamente, trataba de incendios (había una fábrica quebrada y la incendiaban para cobrar el seguro o algo así), ella estaba metidaza en la trama, cuando Enrique, a su lado, le susurró a Marina que si llamaran a Emilio Tuero, él les arreglaba todo el negocio, que en una partida de billar con los acreedores los sacaba adelante. «Ya cállate que no dejas oír. No empieces con tus cosas, primo», le dijo Judith medio molesta. En eso encendieron la luz, dijeron algo muy confuso por el altoparlante, se escuchó un murmullo entre el público y vino el estallido, la oscuridad y la llamarada de la pantalla. Todo quedó en silencio, el público estaba aterrado.

—¡Qué poca madre! —dijo el Jeo— ¡pinche país de mierda!

Guerra les dijo que trataran de salir, que se pegaran a la pared y que procuraran no caerse. Fue la última vez que lo oyó, ni siquiera pudo verlo. Sintió una mano en el hombro, que pudo ser la de Marina o la de él, y empezaron a caminar. La sala se llenó de polvo y humo. La pantalla se consumió en unos segundos. Judith no supo a qué hora se separó de ellos, solamente pensaba en que todo se le iba a caer encima. Salió corriendo al vestíbulo. Se tropezó y gritó. No había mucha gente.

—¿Reconociste a alguien? —le preguntó Taibo—, alguien conocido, carajo, miles de cuates debían estar adentro.

No, no vio a nadie, estaba atolondrada, asustada, ni siquiera se dio cuenta que ya venía sola, que su primo y Marina no habían podido salir del cine. El vestíbulo estaba humeante, salían llamas por todos lados y se escuchaban muchos gritos. Pasó entre los escombros y vio los estantes de la librería tirados, aunque sin quemarse. El resto, en cambio, era un infierno.

—¿Tienes idea de cuánta gente había en el cine? —le preguntó Taibo, tranquilo ya, entrecerrando los ojos, mientras chupaba hondamente para que la colilla acabara de consumirse entre sus labios, después la aventó hacia la Cineteca de un garnuchazo.

—No, no sé. El cine estaba lleno... se deben haber muerto muchos.

A nuestro lado estaban dos señoras; una tenía puesto un mandil manchado de grasa, y la otra sostenía entre las manos una bolsa de pan. Estaban comiendo una concha y un chamuco. La cara les brillaba por las llamas. Seguramente estuvieron escuchando la narración de Judith, pues la del mandil grasoso me codeó y me dijo:

—Dicen que se murieron varios bomberos.

—No fueron varios —interrumpió la otra— fueron tres, y uno de ellos era el jefe. ¡Fíjese usted qué horror! Nos lo dijo una señora allá atrás.

Yo me les quedé viendo sin razón aparente. No pensaba en ellas, ni en los bomberos muertos, pensaba en Enrique Guerra. ¿Qué le había sucedido? Tal vez, me dije, sin asomo de tristeza, se le apareció Emilio Tuero, su guía, el que, según él, lo condujo a la Cineteca, el que le hizo concebirla como un recinto sagrado. Tal vez lo vio sentado en una de las butacas, muy tranquilo, con su traje beige, su sombrero de Tardán, fumando disimuladamente, esperando su final anunciado. Enrique, al descubrirlo, quizá sintió aquella antigua, ya añeja corazonada por seguirlo, dejó a su prima, y convenció a Marina de que fueran a sentarse al lado del Barítono de Argel. ¿Qué podían ya perder? Me di cuenta que pensaba en Guerra como un ser irreal; no como mi amigo de todos los días, sino como en un personaje entrañable, pero personaje al fin; como si lo que estaba viendo, oyendo, viviendo, fuera parte de una película y no de mi vida.

—Fíjense nomás —nos dijo la de la bolsa de pan— ¡hasta los bomberos!, ¡Dios de mi corazón!

¿Y ellas dónde quedaban? Había, en aquellas mujeres, algo de Ema Roldan, algo de Delia Magaña en *Nosotros los pobres*. ¿Se percataban que sus inspiradoras, sus modelos, se estaban quemando en ese mismo momento? Pensé en las miles de mujeres que habían rescatado su identidad del cine, en las sirvientas que diariamente salían a comprar el pan con una conciencia aprendida de Silvia Pinal en *María Isabel*, pensando que la resignación les podía alcanzar como a Marga López en *Un rincón cerca del cielo*; que vivían con la esperanza de una vejez como la de Sara García en *Los tres García*; anhelando un galán mezcla de Pedro Vargas y Jorge Negrete; inconscientes de que no tenían de otra, que ése era su destino, pero seguras de que al menos en el cine se verían a sí mismas, que verían a sus seres queridos aceptar, como ellas, ese no tener de otra.

¿Y Enrique Guerra, Emilio Tuero, y Marina Campollo? ¿No les sucedió acaso lo mismo? Los imaginé sentados en la sala, desapareciendo tras una nube de polvo...

Judith empezó nuevamente a llorar, con un chillido agudo, espantoso, hondo. Gritó que su primo se había muerto, que ella tenía la culpa. Se abrazó a Taibo a través de los barrotes mientras le volvían los espasmos. Yo le acariciaba el pelo.

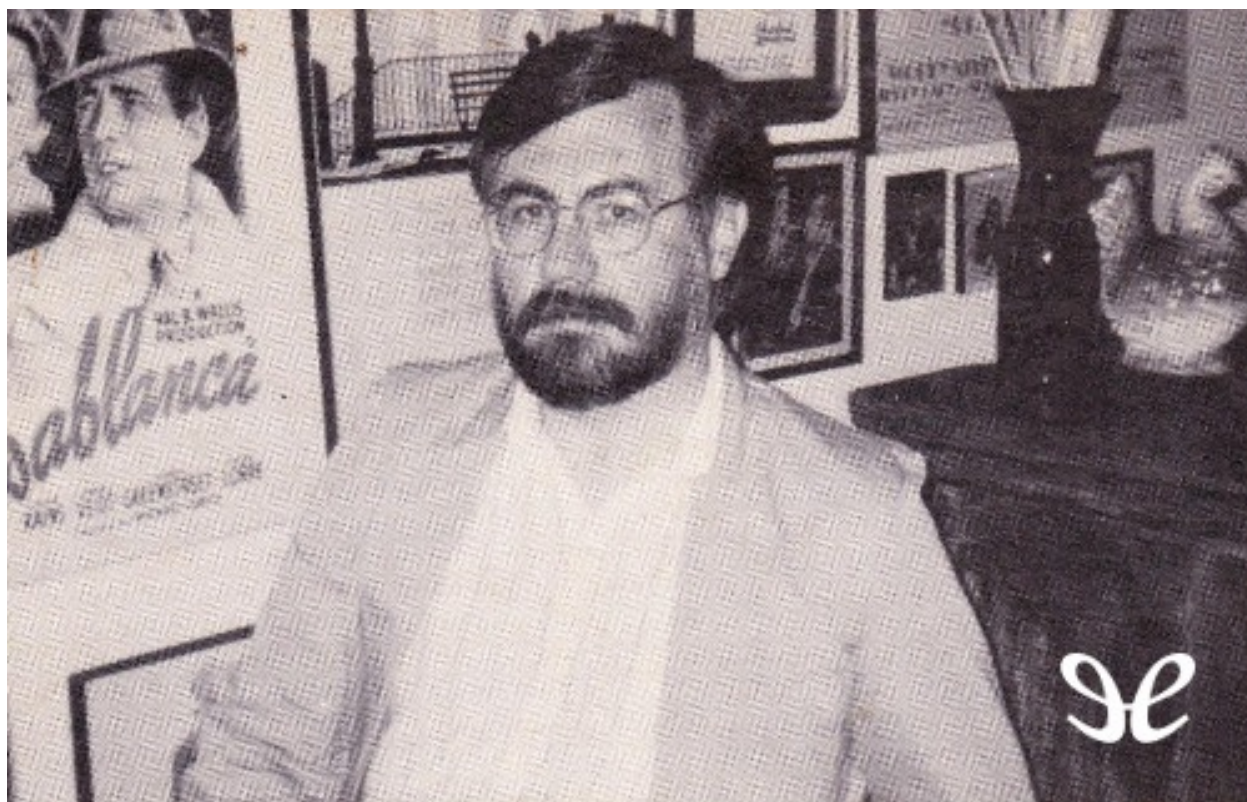
—Mejor salte y vámonos —le dijo el Jeo, lloriqueante, como ella—. Ya no hay nada que hacer aquí.

Pensé que el *Por venir en quinto patio* (que sabía que el Jeo preparaba a

escondidas del propio Guerra), se iba a quedar, para siempre, sin aclarar sus amores con Marina. Imaginé, como si estuvieran proyectados en una pantalla, al tío Fidencio y a la tía Conchona, inmóviles, como si la memoria, como una película, se hubiera roto en ese cuadro. Pensé en Guerra enseñándonos las fotos que le tomaron con la Güera Anchondo; lo recordé, abatido, vestido con su gabardina comprada en los saldos de una tienda de McAllen; vestido de jaqué, confesándose con Taibo I; imaginé a Marina en traje de baño, concursando para Miss Chiapas 65; o como Guerra nos la describió, cuando la presentó con su mamá en el Club Privado Mocamar: al pie de la escalera semiconstruida —orgullosa, altiva y altanera— luciendo su cuerpazo enfundado en la blusita y la falda de manta azul marino, con las manos blancas estampadas en las nalgas y las chichis, una moderna Andrea Palma al mismo tiempo elegante y cachonda; la recordé abrazada con Guerra, haciéndose las ilusiones de que su vida era una película, en el banquete de la boda del Jeo; repasé todo lo que les había pasado, como si su relación fuera una serie de secuencias fijas que no daba para una historia, que no alcanzaba más que para este dolor descompuesto en la indolencia. Imaginé a Guerra y a Marina, como si los estuviera viendo, frente a mí, en un *medium shot* —abrazados, mirándose y sonriendo— caminando por los pasillos de la agencia de publicidad, después de todo, ahí habían empezado sus amores. Sentí vértigo y un martillazo en la nuca. Al centro de la imagen apareció un circulito negro que se fue extendiendo rápidamente, mientras de sus contornos salían insignificantes llamas. Cerré los ojos. Cuando los abrí, la imagen del edificio, del cascarón de la Cineteca, se me mezcló con la otra, la que traicionaba mi memoria: el círculo negro ya no crecía, la imagen última se había convertido en una suerte de fotografía sepia con manchas marrón, producto sin duda de las quemaduras; el rostro de Guerra había desaparecido parcialmente, y Marina, todavía con el enamoramiento prendido a sus gestos, había perdido un seno.

A un lado mío había un montón de latas con rollos de película quemados, pedazos sueltos de cinta, y una fotografía de María Antonieta Pons vestida de rumbera. Ahí quedaba tirado el símbolo sexual de más de una década. Imaginé a María Antonieta arrollada por las llamas; su vestido, el moño de la cabeza, ardiendo sin fin; las piernas llagadas y el rostro desfigurado. Su foto ahí, en el suelo, olvidada, y su recuerdo condenado a quemarse eternamente en nuestra memoria, era lo único que nos quedaba de la época de oro del Cine Nacional. Nuestro infierno es recordar, es tener memoria y no lugares, tener difuntos, ídolos siempre de antaño. Siempre los buenos viejos tiempos. Me volví hacia el edificio. Me parecía que llevaba ahí horas enteras, que había estado abrazado a los barrotes de la reja mucho, mucho tiempo. Tenía irritados los ojos y me dolía todo el cuerpo. No se cómo, pero me vi a mí mismo caminar al frente, como fantasma, como un mal recuerdo. Atravesé la reja y entré al templo, apartando con el pie piedras y láminas dobladas. Ya no quedaba nadie. Estaba solo. Las columnas rojas se erguían inútiles para sostener un techo semidestruido, desgreñado de alambón y vigas sueltas. Tenía un ramo de flores en la mano y

venía vestido con mi saco de tricot. Daba la impresión de que estuviera visitando un cementerio. El interior era tenebroso, casi no se veía nada; rayos de luz dispersos caían como plomada sobre algunos rincones. Frente a mí apareció, iluminado sólo el contorno de su cuerpo, una mujer vestida de negro. Al principio no se movió, como si esperara que la reconociera, y, entonces, cuando me vio sonreír, empezó a caminar. No le veía la cara, pero sabía que era Andrea Palma; que era Rosario, la mujer del puerto; que era Marina vuelta mito. La seguí con paso cauteloso, como si ella me fuera a llevar a donde yacía Guerra. Dé repente, un rayo de luz oblicuo cayó sobre ella, descubriéndola como en un escenario. Me estaba dando la espalda. Todo parecía transcurrir en una pantalla, y yo era una sombra, un simple espectador de gayola. En la cabeza —Rosario, la Palma, Marina, el mito, la mujer, lo que hubiera sido— llevaba un gran sombrero lleno de flores. Giró el cuerpo y me vio, mitad vedette, mitad la muerte: la luz bañó el contorno de una calavera sonriente. Frente a mí tenía un esperpento con el cuerpo de Andrea Palma, y el rostro de la Catrina, la calaca de José Guadalupe Posada.



SEALTIEL ALATRISTE (México, D. F., 1949) siempre ha estado vinculado profesionalmente al mundo editorial y dirigió Aguilar, Altea, Taurus y Alfaguara. Fue colaborador asiduo de varias revistas y suplementos culturales. Publicó las novelas *Por vivir en quinto patio*, *Quien sepa de amores*, *En defensa de la envidia* y *La misma historia*. Con *Verdad de amor* obtuvo el Premio internacional Planeta/Joaquín Mortiz, 1994. El 15 de febrero de 2012, cuando ocupaba el cargo de coordinador de Difusión Cultural de la UNAM y poco después de haberse anunciado que él era el ganador del Premio Xavier Villaurrutia (2011) por *Ensayo sobre la ilusión y Geografía de la ilusión*, renunció a ese cargo y al premio tras una larga lista de acusaciones públicas de plagios literarios y periodísticos.